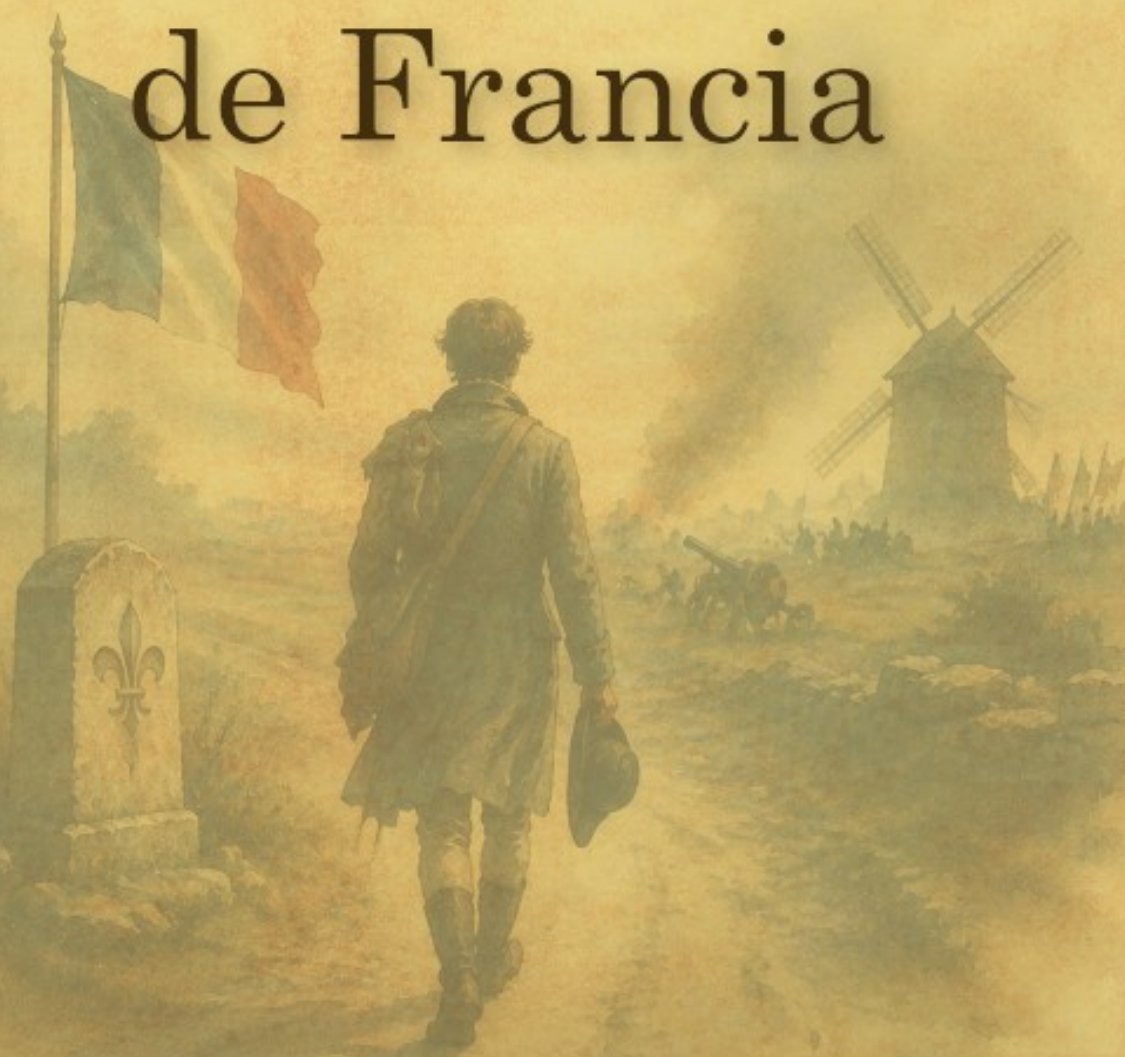


Julio Verne

El Camino
de Francia



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CAMINO DE FRANCIA

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1887
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I

Me llamo Natalis Delpierre. Nací en 1761, en Grattepanche, un pueblo de Picardía. Mi padre era labrador. Trabajaba las tierras del marqués de Estrelle. Mi madre le ayudaba en lo que podía. Mis hermanas y yo hacíamos como mi madre. Mi padre no poseía ningún bien y nunca había de tener nada propio. Además de labrador, era cantor de facistol, cantor de «confiteor». Tenía una voz fuerte que se oía desde el pequeño cementerio pegado a la iglesia. Bien podría haber sido cura —lo que llamamos nosotros un campesino empapado en tinta. Su voz es casi todo lo que he heredado de él.

Mi padre y mi madre trabajaron duro. Murieron el mismo año, en el 79. ¡Que Dios tenga su alma!

De mis dos hermanas, la mayor, Firminie, en la época en que sucedieron las cosas que voy a contar, tenía cuarenta y cinco años; la menor, Irma, cuarenta; yo, treinta y uno. Cuando murieron nuestros padres, Firminie estaba casada con un hombre de Escarbotin, Bénoni Fanthomme, simple oficial cerrajero, que nunca pudo establecerse, aunque era hábil en su oficio. En cuanto a los hijos, ya tenían tres en el 81, y les vino un cuarto algunos años después. Mi hermana Irma se había quedado soltera y lo sigue estando. Así que no podía contar ni con ella ni con los Fanthomme para labrarme un porvenir. Me lo labré yo solo. Por eso, en mis años de vejez, he podido ayudar a mi familia.

Mi padre murió primero, mi madre seis meses después. Aquello me dio mucha pena. ¡Sí! ¡Así es el destino! Hay que perder a los que se ama igual que a los que no se ama. Sin embargo, procuremos ser de los que son amados, cuando nos toque partir a nuestra vez.

La herencia paterna, pagado todo, no llegó a las ciento cincuenta libras — ¡los ahorros de sesenta años de trabajo! Se repartió entre mis hermanas y yo. Como quien dice, dos veces nada.

Me encontré, pues, a los dieciocho años, con una veintena de pistolas. Pero era robusto, de recia complexión, hecho a los trabajos duros. ¡Y además, buena voz! Sin embargo, no sabía leer ni escribir. No aprendí hasta más tarde, como veréis. Y cuando no se empieza a tiempo, cuesta mucho ponerse a ello. La manera de expresar las ideas siempre se resiente de eso — cosa que se notará de sobra en este relato.

¿Qué iba a ser de mí? ¿Continuar el oficio de mi padre? ¿Sudar sobre la hacienda ajena para recoger la miseria al final del campo? Triste perspectiva, que no era como para tentar a nadie. Una circunstancia vino a decidir mi suerte.

Un primo del marqués de Estrelle, el conde de Linois, llegó cierto día a Grattepanche. Era un oficial, capitán del regimiento de la Fère. Tenía un permiso de dos meses y venía a pasarlo en casa de su pariente. Se organizaron grandes cacerías de jabalí, de zorro, en batida, con perros de caza. Hubo fiestas con gente de alcurnia, con personas hermosas, sin contar a la señora del marqués, que era una hermosa marquesa.

Yo, en todo aquello, solo tenía ojos para el capitán de Linois. Un oficial de trato muy franco, que hablaba con cualquiera de buena gana. Me había entrado la afición de ser soldado. ¿No es acaso lo mejor, cuando hay que vivir de los propios brazos, y esos brazos van pegados a un cuerpo fuerte? Además, con buena conducta, con valor, ayudado de un poco de suerte, no hay motivo para quedarse a medio camino, aunque se salga con mal pie, con tal de marchar a buen paso.

Antes del 89, mucha gente se imagina que un simple soldado, hijo de burgués o de campesino, jamás podía llegar a oficial. Es un error. Primero, con resolución y buena conducta, se llegaba a suboficial sin demasiada pena. Luego, cuando se había ejercido ese empleo durante diez años en tiempo de paz, o cinco en tiempo de guerra, se reunían las condiciones para obtener la charretera. De sargento se pasaba a teniente, de teniente a capitán. Y luego... ¡alto ahí! Prohibido ir más lejos. Y la verdad es que ya era hermoso.

El conde de Linois había reparado a menudo, durante las batidas, en mi vigor y mi agilidad. Sin duda, yo no valía lo que un perro en olfato ni en inteligencia. Pero, en los grandes días, no había ojeador capaz de darme lecciones, y salía disparado como si llevara el fuego pegado a los talones.

— Me parece un mozo ardoroso y de buena pasta — me dijo un día el conde de Linois.

— Sí, señor conde.

— ¿Y fuerte de brazos?...

— Levanto unos ciento sesenta kilos.

— ¡Mis felicitaciones!

Y eso fue todo. Pero la cosa no había de quedar ahí, como se verá.

En aquella época había en el ejército una costumbre singular. Ya se sabe cómo se hacían los alistamientos para el oficio de soldado. Cada año, unos enganchadores venían a husmear por el país. Os hacían beber más de la cuenta. Se firmaba un papel, cuando se sabía escribir. Se ponía la cruz, cuando solo se sabía cruzar dos palos el uno sobre el otro. Valía tanto como la firma. Luego, se cobraban un par de cientos de libras que se bebían antes incluso de habérselas embolsado, se hacía el petate, y se iba uno a que le rompieran la cabeza por cuenta del Estado.

Pues bien, esa manera de proceder nunca hubiera podido convenirme. Si tenía la afición de servir, no quería venderme. Pienso que me comprenderán todos los que tienen alguna dignidad y algo de respeto por sí mismos.

Pues bien, en aquel tiempo, cuando un oficial obtenía un permiso, debía, según los reglamentos, traer a su regreso una o dos reclutas. Los suboficiales estaban obligados también a esto. El precio del alistamiento variaba entonces entre veinte y veinticinco libras.

No desconocía nada de todo esto, y tenía mi proyecto. Así que, cuando el permiso del conde de Linois tocaba a su fin, fui osadamente a pedirle que me tomara como recluta.

— ¿Tú? — dijo él.

— Yo, señor conde.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—¿Y quieres ser soldado?

—Si a usted le place.

—No se trata de si me place a mí, ¡sino de si te place a ti!

—Me place.

—¡Ah! ¿El cebo de las veinte libras?...

—No. Las ganas de servir a mi país. Y, como me daría vergüenza venderme, no tomaré sus veinte libras.

—¿Cómo te llamas?

—Natalis Delpierre.

—Pues bien, Natalis, me convienes.

—Encantado de convenirle, mi capitán.

—¡Y si tienes ánimo de seguirme, llegarás lejos!

—Le seguiremos con tambor batiente, mecha encendida.

—Te prevengo que voy a dejar el regimiento de la Fère para embarcarme.
¿No te repugna el mar?

—En absoluto.

—¡Bien! Lo cruzarás. —¿Sabes que allá se hace la guerra para echar a los ingleses de América?

—¿Qué es eso, América?

¡La verdad es que nunca había oído hablar de América!

—Un país en el quinto infierno —respondió el capitán de Linois—, ¡un país que lucha por conquistar su independencia! Allí es donde, desde hace ya dos años, el marqués de La Fayette ha dado que hablar. Pues bien, el año pasado, el rey Luis XVI prometió el concurso de sus soldados para socorrer a los americanos. El conde de Rochambeau va a partir con el almirante de Grasse y seis mil hombres. He formado el proyecto de embarcarme con él

hacia el Nuevo Mundo, y, si quieres acompañarme, iremos a liberar América.

—¡Vamos a liberar América!

Así fue como, sin saber mucho más, quedé alistado en el cuerpo expedicionario del conde de Rochambeau y desembarqué en Newport en 1780.

Allí, durante tres años, permanecí lejos de Francia. Vi al general Washington, un gigante de casi metro noventa, con pies grandes, manos grandes, casaca azul de solapas color gamuza, escarapela negra. Vi al marino Paul Jones a bordo de su navío el *Bonhomme Richard*. Vi al general Anthony Wayne, al que llamaban el Rabioso. Me batí en varios encuentros, no sin haberme santiguado con mi primer cartucho. Tomé parte en la batalla de Yorktown, en Virginia, donde, tras una paliza memorable, lord Cornwallis se rindió a Washington. Volví a Francia en el 83. Había salido de todo aquello sin heridas, simple soldado como antes. ¡Qué queréis, no sabía leer!

El conde de Linois había regresado con nosotros. Quería hacerme alistar en el regimiento de la Fère, donde iba a reincorporarse. Pero yo tenía como una idea de servir en la caballería. Amaba los caballos por instinto, y, de esperar a llegar a oficial montado, me habrían hecho falta grados, ¡y más grados!

Bien sé que es tentador el uniforme de infante, y muy favorecedor la coleta, los polvos, las alas de paloma, los correaes blancos en cruz. ¡Qué queréis! El caballo es el caballo, y, bien pensado todo, me encontraba con vocación de jinete.

Así que di las gracias al conde de Linois, quien me recomendó a su amigo el coronel de Lostanges, y me alisté en el regimiento de Royal-Picardie.

Lo quiero, a ese hermoso regimiento, y que se me perdone si hablo de él con una ternura tal vez ridícula. En él hice casi toda mi carrera, estimado por mis jefes, cuya protección nunca me faltó, y que me dieron un empujón, como se dice en mi pueblo.

Por lo demás, algunos años más tarde, en el 92, el regimiento de la Fère había de tener una conducta tan singular en sus relaciones con el general austríaco Beaulieu, que no puedo lamentar haber salido de él. No hablaré más de eso.

Vuelvo, pues, al Royal-Picardie. No se podía ver regimiento más hermoso. Se había convertido en mi familia. Le permanecí fiel hasta el momento en que fue disuelto. Allí se vivía feliz. Yo silbaba todas sus fanfarrias y toques, pues siempre tuve la mala costumbre de silbar entre dientes. Pero me lo consentían. En fin, ya os lo podéis imaginar.

Durante ocho años, no hice más que ir de guarnición en guarnición. Ni la menor ocasión de trabar fuego con el enemigo. ¡Bah! Esa existencia no carece de encantos, cuando se sabe tomarla por el buen lado. Y además, ver mundo es algo, para un picardo tan picardo como yo lo era. Después de América, un poco de Francia, en espera de meterme en las grandes jornadas por Europa. Estuvimos en Sarrelouis en el 85, en Angers en el 88, en el 91, en Bretaña, en Josselin, en Pontivy, en Ploërmel, en Nantes, con el coronel Serre de Gras; en el 92, en Charleville, con el coronel de Wardner, el coronel de Lostende, el coronel La Roque, y en el 93, con el coronel Le Comte.

Pero se me olvida decir que, el 1 de enero del 91, había entrado en vigor una ley que modificaba la composición del ejército. El Royal-Picardie quedó clasificado como 20.º regimiento de caballería de batalla. Esa organización duró hasta 1803. Sin embargo, el regimiento no perdió su antiguo título. Siguió siendo el Royal-Picardie, cuando, desde hacía ya algunos años, no había rey en Francia.

Fue bajo el coronel Serre de Gras cuando me hicieron brigada, para mi gran satisfacción. Bajo el coronel de Wardner, me nombraron sargento de caballería, lo que me dio aún más gusto. Tenía entonces trece años de servicio, una campaña y ni una herida. Era un buen ascenso, convendréis en ello. No podía subir más alto, puesto que, lo repito, no sabía leer ni escribir. Eso sí, seguía silbando siempre, y sin embargo, es poco propio de un suboficial hacerles la competencia a los mirlos.

¡El sargento de caballería Natalis Delpierre! ¿No había ahí motivo para envanecerse y darse tono? Así que, ¡qué agradecimiento guardé al coronel de Wardner, aunque fuera duro como el pan de cebada y hubiera que, con él, entender a la primera palabra! Aquel día, los soldados de mi compañía liquidaron mi bolsa a fuerza de brindis, y me hice coser en las mangas unos galones que nunca habían de subirme hasta el codo.

Estábamos de guarnición en Charleville, cuando pedí y obtuve un permiso de dos meses, que me fue concedido. Es precisamente la historia de ese

permiso la que he querido contar fielmente. He aquí mis razones.

Desde que estoy retirado, he tenido que contar a menudo mis campañas en nuestras veladas del pueblo de Grattepanche. Los amigos me han entendido todo al revés, o casi nada. Unas veces uno contaba que yo había estado a la derecha, cuando era a la izquierda; otras veces el otro, que era a la izquierda, cuando yo había estado a la derecha. Y entonces, disputas que no acababan nunca entre dos vasos de sidra o dos cafés —dos tacitas. Es sobre todo lo que me sucedió durante mi permiso en Alemania en lo que nadie se ponía de acuerdo. Pues bien, ya que he aprendido a escribir, bien está tomar la pluma para contar la historia de ese permiso. Me he puesto, pues, manos a la obra, aunque hoy tenga setenta años. Pero mi memoria es buena, y, cuando vuelvo la vista atrás, veo bastante claro. Este relato está, pues, dedicado a mis amigos de Grattepanche, a los Ternisien, a los Bettembos, a los Irondart, a los Pointefer, a los Quennehen, y a otros muchos, y espero que ya no se peleen más por mi culpa.

Había obtenido, pues, mi permiso el 7 de junio de 1792. Sin duda corrían ya entonces algunos rumores de guerra con Alemania, pero todavía muy vagos. Se decía que Europa, aunque aquello no le incumbiera en absoluto, veía con malos ojos lo que ocurría en Francia. El rey seguía en las Tullerías, si se quiere. Sin embargo, ya se presentía el 10 de agosto, y soplabá por el país como un viento de república.

Así que, por prudencia, no creí que debiera decir por qué pedía un permiso. En efecto, tenía asuntos en Alemania, e incluso en Prusia. Ahora bien, en caso de guerra, me habría visto muy apurado para hallarme en mi puesto. ¡Qué queréis! No se puede a la vez repicar y andar en la procesión.

Por lo demás, aunque mi permiso fuera de dos meses, estaba decidido a acortarlo si hacía falta. Sin embargo, aún esperaba que las cosas no llegaran a lo peor.

Ahora, para terminar con lo que me concierne a mí y a mi bravo regimiento, esto es lo que tengo que contaros en pocas palabras.

Primero, se verá en qué circunstancias empecé a aprender a leer, y luego a escribir —lo que había de ponerme en condiciones de llegar a oficial, general, mariscal de Francia, conde, duque, príncipe, igual que un Ney, un Davout o un Murat durante las guerras del Imperio. En realidad, no logré pasar

del grado de capitán —lo cual sigue siendo muy hermoso para un hijo de campesino, y campesino él mismo.

En cuanto al Royal-Picardie, me bastarán unas pocas líneas para terminar su historia.

Había tenido en el 93, como ya he dicho, al señor Le Comte por coronel. Y fue ese año cuando, a consecuencia del decreto del 21 de febrero, de regimiento pasó a media brigada. Hizo entonces las campañas del ejército del Norte y del ejército de Sambre y Mosa hasta 1797. Se distinguió en los combates de Lincelles y de Courtray, donde me hicieron teniente. Luego, tras haber permanecido en París de 97 a 1800, pasó a formar parte del ejército de Italia y se ilustró en Marengo, envolviendo a seis batallones de granaderos austríacos, que depusieron las armas tras la derrota de un regimiento húngaro. En esa acción fui herido de bala en la cadera —de lo cual no me quejé, pues me valió ser nombrado capitán.

Habiendo sido disuelto el regimiento de Royal-Picardie en 1803, entré en los dragones, hice todas las guerras del Imperio y me retiré en 1815.

Ahora bien, cuando hable de mí, será únicamente para contar lo que vi o hice durante mi permiso en Alemania. Pero que no se olvide, soy poco instruido. Apenas tengo el arte de decir las cosas. No son más que impresiones sobre las que no pretendo razonar. Y sobre todo, si en este simple relato se me escapan expresiones o giros picardos, me los disculparéis: no sabría hablar de otro modo. Iré deprisa y sin rodeos, por lo demás, y no meteré dos pies en un solo zapato. Lo diré todo igualmente, y, ya que os pido permiso para expresarme sin reservas, me responderéis, así lo espero: «¡Toda libertad, señor!»

CAPÍTULO II

En aquella época, según supe después por los libros de historia, Alemania estaba todavía dividida en diez Círculos; más tarde, nuevos arreglos establecieron la Confederación del Rin, hacia 1806, bajo el protectorado de Napoleón, y luego la Confederación Germánica en 1815. Uno de esos Círculos, que comprendía los electorados de Sajonia y de Brandeburgo, llevaba entonces el nombre de Círculo de la Alta Sajonia.

Ese electorado de Brandeburgo había de convertirse más tarde en una de las provincias de Prusia y dividirse en dos distritos, el distrito de Brandeburgo y el distrito de Potsdam.

Digo esto para que se sepa bien dónde se encuentra la pequeña ciudad de Belzingen, situada en el distrito de Potsdam, hacia la parte suroeste, a algunas leguas de la frontera.

Fue a esa frontera adonde llegué el 16 de junio, tras haber recorrido las ciento cincuenta leguas que la separan de Francia. Si había tardado nueve días en hacer ese trayecto, era porque las comunicaciones no eran fáciles. Había gastado más clavos de zapato que herraduras de caballo o ruedas de coche —de carreta, por mejor decir. Además, no andaba sobrado, como dicen los picardos. No poseía más que los magros ahorros de mi paga, y quería gastar lo menos posible. Por fortuna, durante mi estancia de guarnición en la frontera, había podido retener algunas palabras de alemán, de donde me venía más facilidad para salir de apuros. Sin embargo, hubiera sido difícil ocultar que era francés. Así que más de una mirada de través me fue lanzada al pasar. Por ejemplo, me había guardado muy bien de decir que era el sargento de caballería Natalis Delpierre. Se aprobará mi prudencia en tales

circunstancias, puesto que podía temerse una guerra con Prusia y Austria — ¡con toda Alemania, vamos!

En la frontera del distrito, tuve una grata sorpresa.

Iba a pie. Me dirigía hacia una posada para almorzar en ella, la posada del *Ecktvende* —en francés, el *Recodo*. Tras una noche bastante fresca, se levantaba una hermosa mañana. Tiempo agradable. El sol de las siete bebía el rocío de los prados. Todo un hormigueo de pájaros sobre las hayas, los robles, los olmos, los abedules. Poco cultivo en el campo. Muchos campos baldíos. Por lo demás, el clima es duro en este país.

A la puerta del *Ecktvende* esperaba una carretela pequeña, enganchada a un jamelgo flaco, capaz, justito, de hacer sus dos leguas cortas por hora, si no se le daban demasiadas cuestras que subir.

Allí había una mujer, una mujer alta, fuerte, de buena complexión, corpiño con tirantes adornados de pasamanería, sombrero de paja adornado con cintas amarillas, falda a franjas rojas y violetas —todo bien ajustado, muy limpio, como lo hubiera sido un traje de domingo o de día de fiesta.

Y, la verdad, aquel era bien un día de fiesta para aquella mujer, ¡aunque no fuese domingo!

Ella me miraba, y yo la miraba mirarme.

De pronto, abre los brazos, no se lo piensa dos veces, corre hacia mí y exclama:

— ¡Natalis!

— ¡Irma!

Era ella, era mi hermana. Me había reconocido. Verdaderamente, las mujeres tienen más ojo que nosotros para esos reconocimientos que vienen del corazón —o, al menos, un ojo más rápido. Y es que hacía ya casi trece años que no nos veíamos, y se comprenderá cuánto la echaba de menos.

¡Qué bien conservada estaba todavía, y qué animosa! Me recordaba a nuestra madre, con sus ojos grandes y vivos, y también su pelo negro, que empezaba a blanquear en las sienes.

La besé a placer en sus dos buenas mejillas, enrojecidas por el sol del campo, y os aseguro que, a su vez, ella hizo sonar las mías.

Era por ella, por verla, por lo que había pedido un permiso. Empezaba a inquietarme que estuviera fuera de Francia, en un momento en que las cosas amenazaban con enredarse. Una francesa en medio de aquellos alemanes, si llegaba a declararse la guerra, podía causar grandes apuros. En un caso así, más vale estar en el propio país. Y, si mi hermana quería, me la llevaría conmigo. Para eso, tendría que dejar a su señora, la señora Keller, y yo dudaba que consintiera en ello. En fin, eso habría que verlo.

— ¡Qué alegría volver a vernos, Natalis — me dijo —, encontrarnos, y tan lejos de nuestra Picardía! ¡Me parece que me traes un poco del buen aire de allá! ¡Cuánto tiempo llevamos sin encontrarnos!

— ¡Trece años, Irma!

— ¡Sí, trece años! ¡Trece años de separación! ¡Qué largo es eso, Natalis!

— ¡Querida Irma! — respondí.

Y allí estábamos, mi hermana y yo, yendo y viniendo, del brazo, a lo largo del camino.

— ¿Y cómo va todo? — le dije.

— Siempre más o menos, Natalis. ¿Y tú?...

— ¡Tirando!

— ¡Y además, sargento de caballería! ¡Vaya un honor para la familia!

— Sí, Irma, ¡y grande! ¿Quién habría pensado jamás que el pequeño guardador de ocas de Grattepanche llegaría a sargento de caballería? Pero no hay que gritarlo demasiado alto.

— ¿Por qué?... ¡A ver, dime!...

— Porque contar que soy soldado no dejaría de tener sus inconvenientes en este país. En un momento en que corren rumores de guerra, ya es grave para un francés encontrarse en Alemania. ¡No! Soy tu hermano, el señor Don Nadie, que ha venido a ver a su hermana.

— Bien, Natalis, seré muda al respecto, te lo prometo.

— Será lo prudente, ¡pues los espías alemanes tienen buen oído!

— ¡Quédate tranquilo!

— Y además, si quieres seguir mi consejo, Irma, ¡te llevaré conmigo a Francia!

Los ojos de mi hermana mostraron una gran pena, y me dio la respuesta que yo preveía.

— ¡Dejar a la señora Keller, Natalis! ¡Cuando la hayas visto, comprenderás que no puedo dejarla sola!

Ya lo comprendía yo, y dejé ese asunto para más tarde.

Dicho esto, Irma había recobrado sus buenos ojos, su buena voz. Ya no paraba de pedirme noticias del país, de la gente.

— ¿Y nuestra hermana Firminie?...

— Con perfecta salud. Tuve noticias tuyas por nuestro vecino Létocard, que vino, hace dos meses, a Charleville. ¿Te acuerdas bien de Létocard?

— ¡El hijo del carretero!

— ¡Sí! ¿Sabes o no sabes, Irma, que está casado con una Matifas?

— ¿La hija de aquel viejo abuelo de Fouencamps?

— El mismo. Me dijo que nuestra hermana no se quejaba de salud. ¡Ah, se ha trabajado y se trabaja duro en Escarbotin! Además, tienen cuatro hijos, y el último, difícil... ¡Un pícaro de cuidado! Por suerte, un marido honrado, buen trabajador, y no muy dado a la bebida, salvo el lunes. En fin, ¡todavía le queda bastante trabajo a su edad!

— ¡Ya es mayor!

— ¡Toma! Cinco años más que tú, Irma, y catorce más que yo. ¡Eso se nota!... ¿Qué quieres? Es una mujer valiente, como lo eres tú.

— ¡Oh, yo, Natalis! Si he conocido la pena, nunca ha sido más que la pena ajena. Desde que dejé Grattepanche, no he vuelto a pasar miseria. ¡Pero ver sufrir a alguien cerca de una, cuando no se puede hacer nada!...

El rostro de mi hermana se había ensombrecido de nuevo. Cambió de conversación.

— ¿Y tu viaje? — me preguntó.

— ¡Ha ido bien! ¡Tiempo bastante bueno para la estación! Y, como ves, tengo buenas piernas. Además, ¿qué es el cansancio, cuando se está seguro de ser bien recibido a la llegada?

— Como dices, Natalis, y te harán buena acogida, y te querrán en la familia como me quieren a mí.

— ¡Excelente señora Keller! ¿Sabes, hermana, que no la reconoceré? Para mí sigue siendo la señorita del señor y la señora Acloque, buena gente de Saint-Sauflieu. Cuando se casó, hará pronto veinticinco años de eso, yo no era más que un mocoso entonces. Pero nuestro padre y nuestra madre hablaban tan bien de ella que se me quedó grabado.

— Pobre mujer — dijo entonces Irma —, está muy cambiada, anda bastante regular de salud ahora. ¡Qué esposa ha sido, Natalis, y sobre todo, qué madre sigue siendo!

— ¿Y su hijo?...

— El mejor de los hijos, que se ha puesto valientemente a trabajar para sustituir a su padre, muerto hace quince meses.

— ¡Buen señor Jean!

— Adora a su madre, no vive más que para ella, ¡igual que ella no vive más que para él!

— Nunca lo he visto, Irma, y ardo en deseos de conocerlo. ¡Me parece que ya quiero a ese joven!

— No me extraña, Natalis. Por mí te viene ese cariño.

— Entonces, en marcha, hermana.

— En marcha.

— ¡Un momento! ¿A qué distancia estamos de Belzingen?

— Cinco leguas largas.

— ¡Bah! —respondí—, si estuviera solo, me lo quitaría de encima en dos horas. Pero habrá que...

— ¡Bueno! Natalis, iré más deprisa que tú.

— ¡Con tus piernas!

—No, ¡con las piernas de mi caballo!

E Irma me señalaba la carretela ya enganchada a la puerta de la posada.

—¿Eres tú —le pregunté— quien ha venido a buscarme en esta carretela?

—Sí, Natalis, para llevarte a Belzingen. Salí temprano esta mañana, y estaba aquí a las siete en punto. E incluso, si la carta que nos hiciste escribir hubiera llegado antes, habría ido a buscarte más lejos.

—¡Oh, no hacía falta, hermana! Vamos, ¡en marcha! ¿No tienes nada que pagar en la posada? Tengo aquí algunos kreutzers...

—Gracias, Natalis, ya está pagado, y ahora ya no nos queda más que partir.

Mientras hablábamos, el posadero del *Ecktvende*, apoyado en su puerta, parecía escuchar, sin dar la impresión de hacerlo.

Aquello no me dejó del todo satisfecho. ¿Quizá habríamos hecho mejor en ir a charlar más lejos?

Aquel tabernero, un hombre grueso, todo en mole, tenía un rostro desagradable, ojos como agujeros de barrena, de párpados arrugados, nariz apretada, boca grande, como si, de pequeño, le hubieran dado las papillas con un sable. En fin, ¡la mala cara de un tacaño de mala calaña!

Después de todo, no habíamos dicho nada comprometedor. ¡Quizá no había oído nada de nuestra conversación! Además, si no sabía francés, no había podido entender que yo venía de Francia.

Subimos a la carretela. El tabernero nos vio partir, sin hacer un solo gesto.

Tomé las riendas, arreé vivamente al jamelgo. Volábamos como el viento de enero. Eso no nos impedía seguir charlando, e Irma pudo ponerme al corriente de todo.

Así que, por lo que ya sabía y por lo que ella me contó, vais a conocer lo que concierne a la familia Keller.

CAPÍTULO III

La señora Keller, nacida en 1747, tenía entonces cuarenta y cinco años. Natural de Saint-Sauflieu, como ya he dicho, pertenecía a una familia de pequeños propietarios. El señor y la señora Acloque, sus padres, de muy modesta posición, habían visto disminuir su pequeña fortuna año tras año por las necesidades de la vida. Murieron con poco tiempo de diferencia el uno del otro, hacia 1765. La joven quedó al cuidado de una vieja tía, cuya muerte no tardaría en dejarla sola en el mundo.

Fue en estas circunstancias cuando el señor Keller la pretendió; había venido a Picardía por su comercio. Lo ejerció incluso durante dieciocho meses en Amiens y sus alrededores, donde se ocupaba del transporte de mercancías. Era un hombre serio, de buena presencia, inteligente, activo. En aquella época, no sentíamos todavía por la gente de raza alemana la repulsión que habrían de inspirar más tarde los odios nacionales, alimentados por treinta años de guerra. El señor Keller gozaba de cierta fortuna, que no podía sino acrecentarse gracias a su celo y a su buen conocimiento de los negocios. Pidió, pues, a la señorita Acloque que consintiera en convertirse en su esposa.

La señorita Acloque vaciló, porque tendría que dejar Saint-Sauflieu, y su Picardía, a la que su corazón estaba unido. Y además, ¿no perdería con ese matrimonio su condición de francesa? Pero por entonces ya no poseía más bien que una casita, que sería necesario vender. ¿Qué sería de ella después de ese último sacrificio? Así que la señora Dufrenay, la vieja tía, sintiendo que su fin se acercaba, y temiendo la situación en que quedaría su sobrina, la apremiaba a decidirse.

La señorita Acloque consintió. La boda se celebró en Saint-Sauflieu. La señora Keller dejó Picardía unos meses más tarde, y siguió a su marido más allá de la frontera.

La señora Keller no tuvo nunca que arrepentirse de la elección que había hecho. Su marido fue bueno con ella, como ella lo fue con él. Siempre atento, se esforzaba por que no sintiera demasiado que había perdido su nacionalidad. Aquel matrimonio, todo de razón y de conveniencia, no conoció, pues, más que días felices —cosa que, poco frecuente en nuestros tiempos, ya lo era en aquella época.

Un año después, en Belzingen, donde residía la señora Keller, le nació un hijo. Ella quiso consagrarse por entero a la educación de ese niño, del que se hablará en nuestra historia.

Fue algún tiempo después del nacimiento de este hijo, hacia 1771, cuando mi hermana Irma, que tenía entonces diecinueve años, entró en casa de los Keller. La señora Keller la había conocido de niña, cuando ella misma no era más que una chiquilla. Nuestro padre había trabajado alguna vez para el señor Acloque. Su esposa y su hija se interesaban por su situación. De Grattepanche a Saint-Sauflieu no hay mucho trecho. La señorita Acloque se encontraba a menudo con mi hermana, la besaba, le hacía pequeños regalos, le había tomado cariño —cariño que un día había de reconocer la más pura devoción.

Por eso, cuando supo de la muerte de nuestro padre y de nuestra madre, que nos dejaban casi sin recursos, a la señora Keller se le ocurrió hacer venir a Irma, que ya se había colocado en casa de una persona de Saint-Sauflieu. A lo cual mi hermana accedió de buena gana, y de lo que nunca tuvo que arrepentirse.

Ya he dicho que el señor Keller era de sangre francesa por sus antepasados. He aquí cómo:

Poco más de un siglo antes, los Keller habitaban la parte francesa de Lorena. Eran hábiles comerciantes, en una posición de fortuna ya bastante desahogada. Y sin duda habrían prosperado, de no ser por el grave suceso que vino a trastornar el porvenir de algunos miles de familias que se contaban entre las más laboriosas de Francia.

Los Keller eran protestantes. Muy apegados a su religión, ningún interés habría podido convertirlos en renegados. Bien se vio cuando fue revocado el Edicto de Nantes, en 1685. Tuvieron, como tantos otros, que elegir entre abandonar el país o renegar de su fe. Como tantos otros, prefirieron el exilio.

Manufactureros, artesanos, obreros de toda clase, agricultores, salieron de Francia para ir a enriquecer a Inglaterra, los Países Bajos, Suiza, Alemania, y más particularmente Brandeburgo. Allí recibieron una acogida solícita del elector de Prusia, en Potsdam, en Berlín, en Magdeburgo, en Battin, en Fráncfort del Óder. Precisamente unos naturales de Metz, veinticinco mil según me han dicho, vinieron a fundar las florecientes colonias de Stettin y de Potsdam.

Los Keller abandonaron, pues, Lorena, no sin esperanza de volver, sin duda, después de haber tenido que malvender su negocio por una miseria.

¡Sí! Uno se dice que volverá al país cuando las circunstancias lo permitan. Pero, mientras tanto, uno se instala en el extranjero. Se establecen nuevas relaciones, se crean nuevos intereses. Los años pasan, ¡y uno se queda! Y eso ha ocurrido para muchos, en perjuicio de Francia.

En aquella época, Prusia, cuya fundación como reino data solo de 1701, no poseía en el Rin más que el ducado de Cléveris, el condado de la Marca y una parte de Güeldres.

Fue precisamente en esta última provincia, casi en los confines de los Países Bajos, donde los Keller vinieron a buscar refugio. Allí crearon establecimientos industriales, reanudaron su comercio interrumpido por la inicua y deplorable revocación del Edicto de Enrique IV. De generación en generación, se establecieron relaciones, e incluso alianzas, con sus nuevos compatriotas; las familias se mezclaron, de tal modo que aquellos antiguos franceses se convirtieron poco a poco en súbditos alemanes.

Hacia 1760, uno de los Keller dejó Güeldres para ir a establecerse en la pequeña ciudad de Belzingen, en medio de aquel círculo de la Alta Sajonia que comprendía una parte de Prusia. Este Keller prosperó en su negocio, lo que le permitió ofrecer a la señorita Acloque el desahogo que ya no podía hallar en Saint-Saulfieu. Fue en la propia Belzingen donde nació su hijo,

prusiano de padre, aunque por su madre corría por sus venas sangre francesa.

Y lo digo con una emoción que todavía me hace latir el corazón: ¡era bien francés de alma, aquel bravo joven, en quien revivía el alma materna! La señora Keller lo había amamantado con su propia leche. Sus primeras palabras de niño las había balbuceado en francés. No había dicho «mama», sino «¡mamá!». Nuestra lengua fue la que oyó primero, la que habló después, pues era la que se empleaba más habitualmente en la casa de Belzingen, aunque la señora Keller y mi hermana Irma hubieran aprendido pronto a servirse de la lengua alemana.

La infancia del pequeño Jean fue, pues, mecida por las canciones de nuestro país. Su padre nunca pensó en oponerse a ello. Al contrario. ¿No era acaso la lengua de sus antepasados, esa lengua lorenesa, tan francesa, cuya pureza la vecindad de la frontera germánica no había alterado en absoluto?

Y no era solo de su leche que la señora Keller había alimentado a aquel niño, sino también de sus propias ideas, en todo lo que tocaba a Francia. Amaba profundamente su país de origen. Jamás había abandonado la esperanza de volver a él algún día. No ocultaba la felicidad que sería para ella volver a ver su vieja tierra picarda. El señor Keller no se oponía a ello. Sin duda, hecha su fortuna, habría dejado de buena gana Alemania para venir a instalarse en el país de su esposa. Pero le hacía falta trabajar aún algunos años, a fin de asegurar una situación conveniente a su esposa y a su hijo. Por desgracia, la muerte había venido a sorprenderlo apenas quince meses antes.

Tales fueron las cosas que mi hermana estaba contándome mientras la carretela rodaba hacia Belzingen. Ante todo, aquella muerte inesperada había tenido como resultado retrasar el regreso de la familia Keller a Francia, ¡y cuántas desgracias habían de seguirse de ello!

En efecto, cuando el señor Keller murió, estaba metido en un gran pleito con el Estado prusiano. Desde hacía dos o tres años, como contratista de suministros por cuenta del gobierno, había arriesgado en ese negocio, junto con toda su fortuna, fondos que le habían confiado. Con los primeros ingresos había podido reembolsar a sus socios, pero todavía estaba reclamando el saldo de la operación, que constituía casi todo su haber. Ahora bien, el pago de ese saldo no acababa nunca. Al señor Keller se le ponían trabas, se le

desplumaba, como decimos nosotros, se le creaban toda clase de dificultades, y había tenido que recurrir a los jueces de Berlín.

El pleito se eternizaba, pues, en su duración. Ya se sabe, por lo demás, que no es bueno pleitear contra los gobiernos, sea cual sea el Estado. Los jueces prusianos mostraban una mala voluntad demasiado evidente. Sin embargo, el señor Keller había cumplido sus compromisos con perfecta buena fe, pues era un hombre honrado. Se trataba para él de veinte mil florines — una fortuna en aquella época —, y la pérdida de ese pleito sería su ruina.

Lo repito: de no haber sido por ese retraso, la situación tal vez se habría resuelto en Belzingen. Era, por lo demás, el resultado que perseguía la señora Keller desde la muerte de su marido, siendo su más vivo deseo volver a Francia, cosa que se comprende.

He aquí lo que me contó mi hermana. En cuanto a su posición, se adivina. Irma había criado al niño casi desde su nacimiento, sumando sus cuidados a los de la madre. Lo quería con verdadero amor maternal. Por eso no se la consideraba en la casa como una criada, sino como una compañera, una humilde y modesta amiga. Era de la familia, tratada como tal, entregada sin reservas a aquella buena gente. Si los Keller dejaban Alemania, sería para ella una gran alegría seguirlos. Si se quedaban en Belzingen, ella se quedaría con ellos.

— ¡Separarme de la señora Keller!... ¡Me parece que me moriría! — me dijo.

Comprendí que nada podría decidir a mi hermana a volver conmigo, puesto que su señora se veía obligada a quedarse en Belzingen hasta que se resolvieran sus asuntos. Y, sin embargo, verla en medio de aquel país, a punto de levantarse contra el nuestro, no dejaba de causarme grandes inquietudes. Y con razón, pues si estallaba la guerra, ¡no sería cosa pequeña!

Luego, cuando Irma acabó de darme estos informes sobre los Keller:

— ¿Vas a quedarte con nosotros todo tu permiso? — añadió.

— Sí, todo mi permiso, si puedo.

— Pues bien, Natalis, es posible que asistas pronto a una boda.

— ¿Quién se casa?... ¿El señor Jean?

—Sí.

—¿Y con quién se casa?... ¿Con una alemana?

—No, Natalis, y eso es lo que nos alegra. Si su madre se casó con un alemán, es una francesa la que va a ser su esposa, a él.

—¿Guapa?...

—Guapa como una custodia.

—Eso que me cuentas me alegra, Irma.

—¡Y a nosotros también! —Pero tú, Natalis, ¿no piensas casarte?

—¿Yo?

—¿No has dejado allá...?

—Sí, Irma.

—¿Y a quién?...

—¡A la patria, hermana! ¿Y qué más necesita un soldado?

CAPÍTULO IV

Belzingen, pequeña ciudad situada a menos de veinte leguas de Berlín, está construida cerca de la aldea de Hagelberg, donde, en 1813, los franceses habrían de medirse con la landwehr prusiana. Dominada por la loma del Flammeng, se extiende a sus pies con un aire bastante pintoresco. Su comercio comprende los caballos, el ganado, el lino, el trébol, los cereales.

Allí llegamos, mi hermana y yo, hacia las diez de la mañana. Pocos instantes después, la carretela se detenía ante una casa muy limpia, muy agradable, aunque modesta. Era la casa de la señora Keller.

En este país, uno se creería en plena Holanda. Los campesinos llevan largas levitas azuladas, chalecos escarlata, rematados por un cuello alto y sólido, que los protegería bien de un sablazo. Las mujeres, con sus dobles y triples enaguas, sus cofias de alas blancas, parecerían monjas, de no ser por el pañuelo de colores vivos que les ciñe el talle y por su corpiño de terciopelo negro, que no tiene nada de monacal. Esto es, al menos, lo que vi por el camino.

En cuanto a la acogida que me hicieron, fácil es imaginarla. ¿Acaso no era yo el propio hermano de Irma? Bien comprendí que su situación en la familia no era menos de lo que me había dicho. La señora Keller me honró con una sonrisa afectuosa; el señor Jean, con dos buenos apretones de mano. Como es de suponer, mi condición de francés debía de contar bastante en ello.

— Señor Delpierre — me dijo —, mi madre y yo contamos con que pasará usted aquí todo el tiempo de su permiso. Unas semanas no es dar demasiado a su hermana, ¿pues no la ha visto usted en trece años!

—Para dárselo a mi hermana, a su señora madre y a usted, señor Jean —respondí—. No he olvidado el bien que su familia hizo a la mía, ¡y es una gran dicha para Irma haber sido acogida por ustedes!

Lo confieso, había preparado ese pequeño cumplido para no quedarme como un pasmarote al entrar. Fue del todo inútil. Con gente tan buena, basta con dejar salir lo que uno lleva en el corazón.

Al mirar a la señora Keller, reencontré sus rasgos de joven, que tenía grabados en la memoria. Su belleza no parecía haber cambiado con los años. Ya en su juventud, la gravedad de su rostro llamaba la atención, y la volvía a ver poco más o menos como era entonces. Si sus cabellos negros encane-cían aquí y allá, sus ojos no habían perdido nada de su antigua vivacidad. Aún ardía en ellos un fuego, pese a las lágrimas que los habían anegado desde la muerte de su esposo. Su actitud era serena. Sabía escuchar, no sien-do de esas mujeres que cotorrean como urracas o zumban como colmenas. Y, francamente, esas no me gustan demasiado. Se la sentía llena de sensa-tez, sabiendo apelar a la razón antes de hablar o de actuar, y muy entendida en llevar sus asuntos.

Además, como pronto vi, salía rara vez del hogar doméstico. No hacía vi-sitas de vecindad. Rehuía las amistades. Se encontraba a gusto en su casa. Eso es lo que me gusta en una mujer. Tengo en poco a esas que, como los violinistas, nunca están mejor que fuera de casa.

Una cosa me dio también gran alegría, y es que, sin desdeñar las costum-bres alemanas, la señora Keller había conservado algunas de nuestras cos-tumbres picardas. Así, su casa recordaba las de Saint-Saulfieu. Por la dispo-sición de los muebles, la organización del servicio, la manera de preparar las comidas, uno se habría creído en el país. Lo he guardado en mi memoria.

El señor Jean tenía entonces veinticuatro años. Era un joven de estatura superior a la media, moreno de cabello y de bigote, con unos ojos tan oscu-ros que parecían negros. Aunque alemán, no tenía, al menos, nada de la rigi-dez teutónica, que contrastaba con la gracia de sus modales. Su carácter franco, abierto, simpático, atraía. Se parecía mucho a su madre. Natural-mente serio como ella, agradaba pese a su aire grave, siendo servicial y complaciente. A mí me cayó del todo bien en cuanto lo vi. ¡Si alguna vez necesita a alguien entregado, lo encontrará en Natalis Delpierre!

Añado que se servía de nuestra lengua como si se hubiera criado en mi país. ¿Sabía alemán? Sí, sin duda, y muy bien. Pero, en verdad, se le podría haber preguntado lo mismo que se le preguntaba a no sé qué reina de Prusia que, habitualmente, solo hablaba francés. Y, además, se interesaba sobre todo por las cosas de Francia. Amaba a nuestros compatriotas, los buscaba, los ayudaba. Las noticias que llegaban de allá, se ocupaba de recogerlas, hacía de ellas el tema favorito de su conversación.

Por lo demás, pertenecía a la clase de los industriales, de los comerciantes, y, como tal, sufría la altivez de los funcionarios, de los militares, como sufren todos los jóvenes que, consagrados al comercio, dedicados a los negocios, no tienen ningún vínculo directo con el gobierno.

¡Qué lástima que el señor Jean Keller, en lugar de serlo solo a medias, no fuera del todo francés! ¿Qué queréis? Digo lo que pienso, lo que se me ocurre, sin razonarlo, tal como lo siento. Si no soy partidario de los alemanes, es porque los he visto de cerca durante mis guarniciones en la frontera. En las clases altas, aunque sean corteses, como se debe ser con todo el mundo, su altanería natural asoma siempre. No niego sus cualidades, pero los franceses tienen otras. Y no ha sido este viaje a Alemania el que me haya hecho cambiar de opinión.

A la muerte de su padre, el señor Jean, entonces estudiante en la Universidad de Gotinga, tuvo que venir a hacerse cargo de los negocios de la casa. La señora Keller encontró en él una ayuda inteligente, activa, laboriosa. Mas no se limitaban a esto sus aptitudes. Fuera de las cosas del comercio, era muy instruido, según me dijo mi hermana, pues yo no habría podido juzgarlo por mí mismo. Amaba los libros. Amaba la música. Tenía una voz bonita, no tan fuerte como la mía, pero más agradable. A cada cual lo suyo, por lo demás. Yo, cuando gritaba: «¡Adelante!... ¡Paso ligero!... ¡Alto!...» a mis hombres —alto, sobre todo— ¡no se quejaban de oírme demasiado! Volvamos al señor Jean. Si me dejara llevar, no acabaría de hacer su elogio. Ya se le verá en acción. Lo que hay que retener es que, desde la muerte de su padre, todo el peso de los negocios había recaído sobre él. Tenía que trabajar duro, pues las cosas estaban bastante enredadas. No aspiraba más que a un objetivo: aclarar la situación y dejar el comercio. Por desgracia, aquel pleito que sostenía contra el Estado no parecía próximo a terminar. Convenía seguirlo con asiduidad, y, para no descuidar nada, ir a menudo a Berlín. Porque de ello dependía el porvenir de la familia Keller. Después de todo,

sus derechos eran tan ciertos que no podía perderlo, cualquiera que fuese la mala voluntad de los jueces.

Aquel día, al mediodía, comimos en la mesa común. Estábamos en familia. Así es como se me trataba. Yo estaba junto a la señora Keller. Mi hermana Irma ocupaba su sitio habitual, junto al señor Jean, que quedaba frente a mí.

Se habló de mi viaje, de las dificultades que había podido encontrar en el camino, del estado del país. Adiviné las inquietudes de la señora Keller y de su hijo a propósito de lo que se preparaba, de aquellas tropas en marcha hacia la frontera de Francia, tanto las de Prusia como las de Austria. Sus intereses corrían el riesgo de quedar comprometidos por mucho tiempo si estallaba la guerra.

Pero era mejor no hablar de cosas tan tristes en aquella primera comida. Así que el señor Jean quiso cambiar de conversación, y a mí me tocó ponerme en el banquillo.

—¿Y sus campañas, Natalis? —me preguntó—. Ya hizo usted fuego en América. Allí conoció usted al marqués de La Fayette, ese heroico francés que ha consagrado su fortuna y su vida a la causa de la independencia.

—Sí, señor Jean.

—¿Y vio usted a Washington?

—Como lo veo a usted —respondí—, un hombre soberbio, de grandes pies, de grandes manos, ¡un gigante!

Evidentemente, eso era lo que más me había impresionado del general americano.

Hubo entonces que contar lo que sabía de la batalla de Yorktown, y cómo el conde de Rochambeau había zurrado como es debido a lord Cornwallis.

—¿Y desde su regreso a Francia —me preguntó el señor Jean—, no ha hecho usted campaña?

—Ni una sola vez —repliqué—. El Royal-Picardie ha ido de guarnición en guarnición. Estábamos muy ocupados...

—Ya lo creo, Natalis, ¡y tan ocupados que nunca ha tenido usted tiempo de dar noticias tuyas y escribir una línea a su hermana!

Ante esto, no pude evitar ruborizarme. Irma pareció también un tanto incómoda. Al fin me hice a la idea. No había, después de todo, ninguna vergüenza en ello.

— Señor Jean —respondí—, si no le he escrito a mi hermana, es porque, cuando se trata de escribir, soy manco de los dos brazos.

—¿No sabe usted escribir, Natalis? —exclamó el señor Jean.

—No, para mi gran pesar.

—¿Ni leer?

—Tampoco. Durante mi infancia, aun suponiendo que mi padre y mi madre hubieran podido disponer de algunos sueldos para hacerme instruir, no teníamos maestro de escuela en Grattepanche ni en los alrededores. Desde entonces, siempre he vivido con la mochila al hombro y el fusil en bandolera, y apenas hay tiempo de estudiar entre etapa y etapa. ¡Así es como un sargento de caballería, a los treinta y un años, todavía no sabe ni leer ni escribir!

—Bueno, nosotros le enseñaremos, Natalis —dijo la señora Keller.

—¿Usted, señora?...

—Sí —añadió el señor Jean—, mi madre, yo, todos nos pondremos a ello... ¿Tiene usted dos meses de permiso?...

—Dos meses.

—¿Y su intención es pasarlos aquí?

—Si no les estorbo.

—¡Estorbarnos —respondió la señora Keller—, usted, el hermano de Irma!

—Querida señora —dijo mi hermana—, cuando Natalis la conozca mejor, no tendrá esas ideas.

—Estará usted aquí como en su casa —repuso el señor Jean.

—¡Como en mi casa!... ¡Un momento, señor Keller!... Yo nunca he tenido casa propia...

—Pues bien, en casa de su hermana, si lo prefiere. Se lo repito, quédese aquí todo el tiempo que guste. Y, en sus dos meses de permiso, me encargo de enseñarle a leer. La escritura vendrá después.

No sabía cómo darle las gracias.

—Pero, señor Jean —dije—, ¿no está usted muy ocupado con su tiempo?...

—Dos horas por la mañana, dos horas por la tarde, será suficiente. Le daré tareas y usted las hará.

—Yo te ayudaré, Natalis —me dijo Irma—, porque yo sé un poco de leer y escribir.

—Ya lo creo —añadió el señor Jean—, ¡ha sido la mejor alumna de mi madre!

¿Qué responder a una propuesta hecha de tan buen corazón?

—Sea, acepto, señor Jean, acepto, señora Keller, y, si no hago bien mis tareas, ¡me pondrán en penitencia!

El señor Jean prosiguió:

—Verá usted, mi querido Natalis, es preciso que un hombre sepa leer y escribir. ¡Piense en todo lo que deben de ignorar los pobres que no han aprendido nada! ¡Qué oscuridad en su cerebro! ¡Qué vacío en su inteligencia! Es tan desgraciado como estar privado de un miembro.

—Y además, ¿no podría usted ascender de grado? Ahí lo tiene, sargento de caballería, está bien, pero ¿cómo llegaría usted más alto? ¿Cómo se convertiría en teniente, capitán, coronel? Se quedaría usted donde está, y no conviene que la ignorancia pueda detenerlo en el camino.

—No sería la ignorancia lo que me detendría, señor Jean —respondí—, sino los reglamentos. A los que somos del pueblo, no se nos permite ir más allá de capitán.

—Hasta ahora, Natalis, es posible. Pero la revolución del 89 ha proclamado la igualdad en Francia, y hará desaparecer los viejos prejuicios. En su país, ahora, cada cual es igual a todos. Sea usted, pues, igual a los que están instruidos, para llegar hasta donde la instrucción pueda llevarlo. ¡La igualdad! ¡Es una palabra que Alemania no conoce todavía! —¿Trato hecho?

—Trato hecho, señor Jean.

—Pues bien, empezaremos hoy mismo, y, dentro de ocho días, sabrá usted hasta la última letra del abecedario. Aquí está la comida terminada. Venga a dar un paseo. A la vuelta, ¡nos pondremos manos a la obra!

Y así fue como empecé a aprender a leer en casa de los Keller.

¡No podía haber gente más buena!

CAPÍTULO V

Dimos un buen paseo, el señor Jean y yo, por el camino que sube hacia el Hagelberg, del lado de Brandeburgo. Hablábamos más de lo que mirábamos. En resumidas cuentas, no había nada muy curioso que ver.

Lo que sí observé fue que la gente me miraba fijamente. ¿Qué queréis? Una cara nueva en una ciudad pequeña es todo un acontecimiento.

También reparé en que el señor Keller parecía gozar de la estima general. Entre los que iban y venían, eran pocos los que no conocían a la familia Keller. ¡Cuántos sombrerozcos, que yo creía deber devolver muy cortésmente, aunque no fueran dirigidos a mí! No había que faltar a la vieja cortesía francesa.

¿De qué me habló el señor Jean durante aquel paseo? ¡Ah! De lo que más preocupaba a su familia, de aquel pleito que no acababa nunca.

Me contó el asunto de cabo a rabo. Los suministros contratados se habían entregado en los plazos previstos. El señor Keller, por ser prusiano, cumplía las condiciones exigidas por el pliego de condiciones, y el beneficio, legítimo y honradamente adquirido, debería habersele concedido sin discusión. Si alguna vez hubo pleito que mereciera ganarse, era aquel. En este asunto, los agentes del Estado se portaban como unos pícaros.

— ¡Pero un momento! — añadí —. ¡Esos agentes no son jueces! Los jueces le harán justicia, y no puedo creer que pierda usted...

— Siempre se puede perder un pleito, hasta el mejor. Si se mezcla la mala voluntad, ¿puedo esperar que se nos haga justicia? He visto a nuestros jueces, todavía los veo, y bien siento que están prevenidos contra una familia que tiene algún lazo con Francia, sobre todo ahora que las relaciones están

tirantes entre los dos países. Hace quince meses, cuando murió mi padre, nadie habría dudado de lo justo de nuestra causa. Ahora ya no sé qué pensar. Si perdiéramos este pleito, ¡sería casi toda nuestra fortuna sepultada!... ¡Apenas nos quedaría con qué vivir!

— ¡Eso no será! —exclamé.

— Hay que temerlo todo, Natalis. ¡Oh, no por mí! —añadió el señor Jean—. Soy joven, trabajaré. ¡Pero mi madre!... Mientras no consiga rehacerle una posición, se me encoge el corazón al pensar que, durante años, pasaría estrecheces.

— ¡Buena la señora Keller! ¡Mi hermana me ha hablado tan bien de ella!... ¿La quiere usted mucho?...

— ¡Que si la quiero!

El señor Jean guardó silencio un instante. Luego prosiguió:

— De no ser por ese pleito, Natalis, ya habría hecho efectiva nuestra fortuna, y puesto que mi madre no tiene más que un deseo, volver a esa Francia que veinticinco años de ausencia no le han hecho olvidar, habría arreglado nuestros asuntos de modo que pudiera darle esa alegría dentro de un año, ¡quizá dentro de unos meses!

— Pero —pregunté—, gane o pierda el pleito, ¿no podrá la señora Keller dejar Alemania?

— ¡Ah, Natalis! Volver al país, a esa Picardía que tanto quiere, para no volver a encontrar allí el modesto desahogo al que está acostumbrada, ¡qué penoso sería! Trabajaré, sin duda, y con tanto más ánimo cuanto que será por ella. ¿Lo conseguiré? ¿Quién puede saberlo, sobre todo en medio de los trastornos que preveo, y de los que el comercio ha de sufrir tanto?

Oír hablar así al señor Jean me causaba una emoción que no trataba de ocultar. Varias veces me había tomado la mano. Yo respondía a su apretón, y él debía de comprender todo lo que yo sentía. ¡Ah, qué no habría hecho yo por ahorrarle una pena a su madre y a él!

Entonces dejaba de hablar, con los ojos fijos, como un hombre que mira hacia el porvenir.

—Natalis —me dijo entonces con un tono singular—, ¿ha notado usted qué mal se arreglan las cosas en este mundo? Mi madre se hizo alemana por su matrimonio, y yo seguiría siendo alemán, aunque me casara con una francesa.

Fue la única alusión a aquel proyecto del que Irma me había dicho dos palabras por la mañana. Sin embargo, como el señor Jean no se extendió más, no creí que debiera insistir. Hay que ser discreto con las personas que os dan muestras de amistad. Cuando al señor Keller le conviniera hablarme de ello más largamente, siempre encontraría un oído dispuesto a escucharle, una lengua pronta a felicitarle.

El paseo continuó. Se habló de esto y de aquello, y más particularmente de lo que a mí me concernía. Tuve que contar otra vez algunos hechos de mi campaña en América. Al señor Jean le parecía muy hermoso que Francia hubiera prestado su apoyo a los americanos para ayudarles a conquistar su libertad. Envidiaba la suerte de nuestros compatriotas, grandes o pequeños, cuya fortuna o cuya vida se habían puesto al servicio de aquella justa causa. Sin duda, de haberse hallado en condiciones de hacerlo, no habría vacilado. Se habría alistado entre los soldados del conde de Rochambeau. Habría desgarrado el cartucho en Yorktown. Se habría batido por arrancar América al dominio inglés.

Y solo por el modo en que decía aquello, por su voz vibrante, por su acento que me llegaba al corazón, puedo afirmar que el señor Jean habría cumplido con su deber con gallardía. Pero rara vez se es dueño de la propia vida. ¡Cuántas grandes cosas no se han hecho y que se habrían podido hacer! En fin, así es el destino, y hay que tomarlo como viene.

Volvíamos entonces hacia Belzingen, bajando por el camino. Las primeras casas blanqueaban al sol. Sus tejados rojos, muy visibles entre los árboles, resaltaban como flores en medio del verdor. No estábamos ya sino a dos tiros de fusil, cuando el señor Jean me dijo:

—Esta noche, después de cenar, mi madre y yo tenemos que hacer una visita.

—¡Que no les estorbe yo! —respondí—. Me quedaré con mi hermana Irma.

—No, al contrario, Natalis, y le pediré que venga con nosotros a casa de esas personas.

—¡Como usted guste!

—Son compatriotas suyos, el señor de Laurantay y la señorita de Laurantay, que viven desde hace mucho tiempo en Belzingen. Tendrán gusto en verle, puesto que viene usted de su país, y deseo que le conozcan.

—A su gusto —respondí.

Comprendí bien que el señor Jean quería introducirme más adentro en los secretos de su familia. Pero, pensé yo, ¿no será ese matrimonio un obstáculo para el proyecto de volver a Francia? ¿No creará un lazo que ate más obstinadamente a la señora Keller y a su hijo a este país, si el señor de Laurantay y su hija se quedan fijos aquí sin intención de volver? Sobre esto, pronto habría de saber a qué atenerme. ¡Un poco de paciencia! No hay que girar más deprisa que el molino, o se hace mala harina.

Habíamos llegado a las primeras casas de Belzingen. Ya el señor Jean se internaba por la calle principal, cuando oí a lo lejos un redoble de tambores.

Había entonces en Belzingen un regimiento de infantería, el regimiento de Leib, mandado por el coronel von Grawert. Supe más tarde que aquel regimiento llevaba ya de cinco a seis meses de guarnición allí. Muy probablemente, a consecuencia del movimiento de tropas que se acentuaba hacia el oeste de Alemania, no tardaría en incorporarse al grueso del ejército prusiano.

A un soldado siempre le gusta mirar a otros soldados, aunque sean extranjeros. Se busca ver lo que está bien, lo que está mal. Cuestión de oficio. Desde el último botón de las polainas hasta la pluma del sombrero, se examina su uniforme y cómo desfilan. No deja de ser interesante.

Me detuve, pues. El señor Jean se detuvo.

Los tambores tocaban una de esas marchas de ritmo continuo, de origen prusiano.

Detrás de ellos, cuatro compañías del regimiento de Leib marcaban el paso. No se trataba de una marcha de partida, sino de un simple paseo militar.

El señor Jean y yo nos habíamos apartado a un lado del camino para dejar paso. Los tambores habían llegado a nuestra altura, cuando sentí que el señor Jean me agarraba vivamente del brazo, como si quisiera obligarse a quedarse quieto.

Le miré.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Nada!

El señor Jean se había puesto pálido al principio. Ahora la sangre le subía a las mejillas. Se hubiera dicho que acababa de sufrir un vahído, lo que nosotros llamamos ver las estrellas. Luego su mirada se volvió fija, y habría sido difícil hacerle bajar los ojos.

A la cabeza de la primera compañía, por la izquierda, marchaba un teniente, y, por consiguiente, por el lado que nosotros ocupábamos a lo largo del camino.

Era uno de esos oficiales alemanes como se veían tantos entonces y como se han visto tantos después. Un hombre bastante bien parecido, rubio tirando a rojizo, ojos azules de loza, fríos y duros, aire fanfarrón y un contoneo de gallito. A pesar de sus pretensiones de elegancia, se le notaba pesado. Por mi parte, aquel currutaco me habría inspirado antipatía, incluso repulsión.

Sin duda, era lo que le inspiraba al señor Jean, quizá incluso algo más que repulsión. Observé, además, que el oficial no parecía animado de mejores sentimientos hacia él. La mirada que le lanzó no fue, ni mucho menos, benévola.

Los dos ya no estaban sino a unos pasos el uno del otro, cuando se cruzaron. El joven oficial hizo intencionadamente un desdeñoso movimiento de hombros al pasar. La mano del señor Jean me apretó violentamente en un arrebatado de cólera. Por un instante creí que iba a saltar sobre él: logró dominarse.

Evidentemente, entre aquellos dos hombres había un odio cuya causa yo no sospechaba, pero que no tardaría en serme revelada.

Luego la compañía pasó, y el batallón se perdió en el recodo del camino.

El señor Jean no había pronunciado una palabra. Miraba alejarse a los soldados. Parecía como clavado en aquel sitio. Allí se quedó hasta que el redoble de los tambores dejó de oírse.

Entonces, volviéndose hacia mí, me dijo:

—Vamos, Natalis, a la escuela.

Y volvimos a casa de la señora Keller.

CAPÍTULO VI

Tenía un buen maestro. ¿Le haría yo honor? No lo sabía. Eso de aprender a leer, a los treinta y un años, no deja de ser bastante difícil. Hace falta tener un cerebro de niño, esa cera blanda donde toda impresión se graba sin necesidad de apretar. Y mi cerebro era tan duro como el cráneo que lo cubría.

Con todo, me puse resueltamente a la tarea, y, la verdad, estaba dispuesto a aprender deprisa. Todas las vocales pasaron por aquella primera lección. El señor Jean mostró una paciencia que le agradecí. Incluso, para fijar mejor esas letras en mi memoria, me las hizo trazar a lápiz, diez veces, veinte veces, cien veces seguidas. De ese modo, aprendería a escribir al mismo tiempo que a leer. Recomendando este procedimiento a los viejos escolares de mi edad.

No me faltaron celo ni atención. Incluso me habría obstinado con mi alfabeto hasta la noche, si, hacia las siete, la criada no hubiera venido a avisar que la cena esperaba. Subí al cuartito dispuesto cerca del de mi hermana, me lavé las manos, volví a bajar.

La cena no nos llevó más que media hora. Como no había de irse a casa del señor de Luranay hasta un poco más tarde, pedí permiso para esperar fuera. Se me concedió. Allí, en el umbral de la puerta, me entregué al placer de fumar, lo que nosotros los picardos llamamos una buena pipa de tranquilidad.

Hecho esto, entré de nuevo. La señora Keller y su hijo estaban listos. Irma, que tenía que hacer en casa, no debía acompañarnos. Salimos los tres. La señora Keller me pidió el brazo. Se lo di, quizá con bastante torpeza. No importa, me sentía orgulloso de notar que aquella excelente señora se apoyaba en mí. Un honor y una dicha a la vez.

No tuvimos que andar mucho. El señor de Luranay vivía en lo alto de la calle. Ocupaba una bonita casa, de colores frescos, de aspecto atractivo, con un parterre de flores por delante, dos grandes hayas a cada lado, y, detrás, un jardín bastante amplio, con céspedes y sombras. Aquella vivienda indicaba un buen desahogo en su propietario. El señor de Luranay se encontraba, en efecto, en una agradable situación de fortuna.

En el momento de entrar, la señora Keller me hizo saber que la señorita de Luranay no era la hija del señor de Luranay, sino su nieta. Así que no me sorprendió la diferencia de edad entre ambos.

El señor de Luranay tenía entonces setenta años. Era un hombre de elevada estatura, al que la vejez no había encorvado todavía. Sus cabellos, más grises que blancos, enmarcaban un rostro bello y noble. Sus ojos os miraban con dulzura. En sus modales se reconocía fácilmente al hombre de calidad. Nada más simpático que su trato.

El «de» del apellido del señor de Luranay, que no iba acompañado de ningún título, probaba solamente que pertenecía a esa clase, situada entre la nobleza y la burguesía, que no ha desdeñado la industria ni el comercio, cosa de la que solo cabe felicitarla. Si el señor de Luranay, personalmente, no se había metido en negocios, su abuelo y su padre lo habían hecho antes que él. Así que, por haber encontrado una fortuna ya hecha al nacer, no sería justo reprochárselo.

La familia de Luranay era de origen lorenés, y de religión protestante, como la del señor Keller. Sin embargo, si sus antepasados habían tenido que abandonar el suelo francés tras la revocación del Edicto de Nantes, no fue con la intención de quedarse en el extranjero. Así que volvieron a su país en cuanto el retorno a ideas más liberales lo permitió, y, desde entonces, no volvieron a salir de Francia.

En cuanto al señor de Luranay, si vivía en Belzingen era porque, en aquel rincón de Prusia, había heredado de un tío unas propiedades bastante buenas que hubo que hacer producir. Sin duda habría preferido venderlas y volver a Lorena. Por desgracia, no se presentó la ocasión. El señor Keller padre, encargado de sus intereses, solo encontró compradores a vil precio, pues el dinero no abundaba en Alemania. Antes que desprenderse de ellas en malas condiciones, el señor de Luranay tuvo que conservar sus bienes.

A raíz de las relaciones de negocios entre el señor Keller y el señor de Luranay, no tardaron en establecerse relaciones de amistad entre una familia y otra. Eso duraba ya veinte años. Jamás una nube había oscurecido una intimidad fundada en la semejanza de gustos y de costumbres.

El señor de Luranay había quedado viudo siendo aún joven. De su matrimonio había tenido un hijo al que los Keller apenas conocieron. Casado en Francia, ese hijo no vino a Belzingen más que una o dos veces. Era su padre quien iba a verlo cada año, lo que le procuraba al señor de Luranay el placer de pasar unos meses en su país.

El señor de Luranay hijo tuvo una hija, cuyo nacimiento costó la vida a su madre. Él también, muy afligido por esa pérdida, no tardó en morir. Su hija apenas lo conoció, pues no tenía más que cinco años cuando quedó huérfana. Como toda familia, ya no le quedaba entonces sino su abuelo.

Este no faltó a sus deberes. Fue a buscar a la niña, se la llevó a Alemania, se consagró por entero a su educación. Digámoslo enseguida: en esto lo ayudó mucho la señora Keller, que tomó gran cariño a la pequeña y le dio los cuidados de una madre. Si el señor de Luranay se sintió feliz de poder confiarse a la amistad, a la abnegación de una mujer como la señora Keller, es inútil insistir en ello.

Mi hermana Irma, se creará de buena gana, secundó a su señora de todo corazón. Cuántas veces, estoy seguro, hizo saltar a la niña en su regazo o la durmió entre sus brazos, y ello no solo con la aprobación, sino con el agradecimiento del abuelo. En fin, la niña se convirtió en una joven encantadora, a la que yo miraba, en ese momento, con mucha discreción, por lo demás, para no molestarla.

La señorita de Luranay había nacido en 1772. Tenía, pues, veinte años entonces. De estatura bastante alta para una mujer, rubia, de ojos azules muy oscuros, de rasgos encantadores, de un porte lleno de gracia y desenvoltura, apenas se parecía a nada de lo que yo había podido ver de la población femenina de Belzingen. Admiraba su aire honesto y dulce, no más serio de lo debido, su fisonomía dichosa. Poseía algunos talentos, tan agradables para ella misma como para los demás. Tocaba con gracia el clave, defendiéndose de ser una gran intérprete, aunque a un sargento de caballería como yo me pareciera de primera fuerza. Pintaba también bonitos ramos de flores sobre pantallas de papel.

No sorprenderá, pues, que el señor Jean Keller se hubiera enamorado de aquella persona, ni que la señorita de Luranay hubiera notado todo lo que había de bueno, de amable, en aquel joven, ni que las familias hubieran visto con alegría cómo la intimidad de dos niños, criados el uno cerca del otro, se transformaba poco a poco en un sentimiento más tierno. Se convenían, habían podido apreciarse. Y si el matrimonio no se había celebrado todavía, era por un exceso de delicadeza del señor Jean, delicadeza que comprenderán todos los que tienen el corazón bien puesto.

En efecto, no se ha olvidado, la situación de los Keller no dejaba de estar muy comprometida. Antes de la boda, el señor Jean habría querido que aquel pleito, del que dependía su porvenir, quedara terminado. Si lo ganaba, mejor que mejor. Aportaría a la señorita de Luranay cierta fortuna. Pero, si el pleito se perdía, el señor Jean se quedaría entonces sin nada. Ciertamente, la señorita Marthe era rica, y lo sería más aún después de su abuelo. Pues bien, al señor Jean le repugnaba venir a tomar su parte de aquella riqueza. A mi juicio, ese sentimiento solo puede honrarle.

Sin embargo, las circunstancias se volvían lo bastante apremiantes como para que el señor Jean se viera obligado a tomar una decisión. Las conveniencias de familia se reunían en aquel matrimonio: la misma religión por ambas partes, el mismo origen, al menos en el pasado. Si los jóvenes esposos venían a establecerse en Francia, ¿por qué no habrían de ser naturalizados franceses los hijos que de ellos nacieran? En fin, todo estaba a favor, como suele decirse.

Así que importaba decidirse, y sin tardanza, tanto más cuanto que aquel estado de cosas podía autorizar, en cierta medida, las asiduidades de un rival.

¡No es que el señor Jean tuviera motivos para estar celoso! ¿Y cómo habría podido estarlo, si le bastaba una palabra para que la señorita de Luranay se convirtiera en su esposa?

Pero, si no era celos lo que sentía, era una irritación profunda y muy natural contra aquel joven oficial que habíamos encontrado con el regimiento de Leib, durante nuestro paseo por el camino de Belzingen.

En efecto, desde hacía varios meses, el teniente Frantz von Grawert se había fijado en la señorita Marthe de Luranay. Perteneciente a una familia

rica e influyente, no dudaba de que se sintieran muy honrados con sus atenciones y galanteos.

Así, aquel Frantz fatigaba a la señorita Marthe con sus atenciones. La seguía por las calles con tal obstinación que, a menos de verse obligada, ella dudaba en salir.

El señor Jean lo sabía. Más de una vez estuvo a punto de ir a poner en razón a aquel currutaco, que tanto se pavoneaba en la alta sociedad de Belzingen. Pero el ver el nombre de la señorita Marthe mezclado en aquel asunto siempre lo había contenido. Cuando ella fuera su esposa, si el oficial seguía persiguiéndola, ya sabría atraparlo sin prisa y hacerlo entrar en vereda. Hasta entonces, convenía no hacer caso de aquellas asiduidades. Más valía evitar un escándalo del que sufriría la reserva de una joven.

Sin embargo —hacía como mucho tres semanas de esto—, se había pedido la mano de la señorita Marthe de Luranay para el teniente Frantz. Su padre, el coronel, se había presentado en casa del señor de Luranay. Allí había desplegado su fortuna, sus títulos, el brillante porvenir que esperaba a su hijo. Era un hombre rudo, acostumbrado a mandar militarmente —ya se sabe lo que eso quiere decir—, que no admitía ni vacilación ni negativa, en fin, bien prusiano desde la rodaja de sus espuelas hasta la punta de su penacho.

El señor de Luranay dio las gracias al coronel von Grawert, se declaró muy honrado con su petición; pero unos compromisos anteriores hacían imposible aquel matrimonio.

El coronel, cortésmente despedido, se había retirado, muy contrariado por su fracaso. El teniente Frantz se sintió profundamente irritado por ello. No ignoraba que Jean Keller, alemán igual que él, era recibido en casa del señor de Luranay con un título que a él se le negaba. De ahí un odio, y además, un deseo de venganza que sin duda solo esperaba la ocasión para manifestarse.

Sin embargo, el joven oficial, ya lo empujaran los celos o la cólera, no dejó de cortejar a la señorita Marthe. Por eso, desde aquel día, la joven había tomado el partido de no salir ya sola, como lo permiten las costumbres alemanas, ni con su abuelo, ni con la señora Keller o mi hermana.

He aquí las cosas que no supe hasta más tarde. Sin embargo, he preferido contáros las enseguida.

En cuanto a la acogida que recibí en la familia del señor de Luranay, habría sido imposible desear una mejor.

—El hermano de mi buena Irma es de los nuestros —me dijo la señorita Marthe—, ¡y me alegro de poder estrecharle la mano!

¿Y creeríais que no encontré nada que responder? En verdad, si alguna vez fui necio, fue bien aquel día. Turbado, desconcertado, me quedaba callado. ¡Y aquella mano tendida con tan buena gracia!... Al fin la así y apenas la apreté, de tanto miedo que tuve de romperla. ¡Qué queréis! ¡Un pobre sargento de caballería!

Luego pasamos al jardín, paseamos. La conversación me puso más a mis anchas. Se habló de Francia. El señor de Luranay me preguntó sobre los acontecimientos que allí se preparaban. Parecía temer que aquello fuera de tal índole que causara muchos disgustos a sus compatriotas establecidos en Alemania. Se preguntaba si no haría mejor en dejar Belzingen y volver a establecerse en su país, en Lorena.

—¿Pensaría usted en marcharse? —dijo vivamente el señor Keller.

—Me temo que nos veremos obligados a ello, mi querido Jean —respondió el señor de Luranay.

—Y no queríamos marcharnos solos —añadió la señorita Marthe—. ¿Cuánto dura su permiso, señor Delpierre?

—Dos meses —respondí.

—Pues bien, mi querido Jean —prosiguió ella—, ¿no asistirá el señor Delpierre, antes de marcharse, a nuestra boda?...

—Sí... Marthe... ¡Sí!

El señor Jean no sabía qué responder. Su razón se resistía contra su corazón.

—Señorita —dije—, sería yo demasiado feliz...

—Mi querido Jean —prosiguió ella, acercándose a él—, ¿no le procuraremos esa dicha al señor Natalis Delpierre?

—Sí... ¡querida Marthe!... —respondió el señor Jean, que no pudo decir otra cosa, pero aquello me pareció suficiente.

Y, en el momento en que íbamos a retirarnos los tres, pues se hacía tarde:

—¡Hija mía! —dijo la señora Keller, abrazándola con profunda emoción—, ¡serás feliz!... ¡Él es digno de ti!

—Lo sé, ¡puesto que es hijo suyo! —respondió la señorita Marthe.

Volvimos a casa. Irma nos esperaba. La señora Keller le dijo que ya no quedaba sino fijar el día de la boda.

Luego nos fuimos a acostar. Y si alguna vez pasé una noche excelente, a pesar de las vocales del alfabeto que saltaban en mis sueños, fue sin duda aquella, durante la cual dormí de un tirón, en casa de la señora Keller.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente no desperté hasta muy tarde. Debían de ser por lo menos las siete. Me apresuré a vestirme para ir a «hacer mis deberes», con todas mis vocales por repasar, a la espera de las consonantes.

Cuando llegaba a los últimos peldaños de la escalera, me encontré con mi hermana Irma, que subía.

—Iba a despertarte — me dijo.

—¡Sí, me he quedado dormido y llego tarde!

—No, Natalis, no son más que las siete. Pero hay alguien que te busca.

—¿Alguien?

—Sí... un agente.

¿Un agente? ¡Diablos! No me gustan nada esa clase de visitantes. ¿Qué podían querer de mí? Mi hermana no parecía muy tranquila.

Casi al instante apareció el señor Jean.

—Es un agente de policía — me dijo—. Tenga mucho cuidado, Natalis, de no decir nada que pueda comprometerle.

—¡Mal vendría que supiese que soy soldado! —respondí.

—¡No es probable!... Ha venido usted a Belzingen a ver a su hermana, y nada más.

Era la verdad, por lo demás, y me prometí mantenerme en la más extrema reserva.

Llegué al umbral de la puerta. Allí divisé al agente, una fea catadura a buen seguro, todo torcido, todo desgarrado, las piernas en pata de banco, una cara de borracho con el gaznate en pendiente, como se dice.

El señor Jean le preguntó en alemán qué quería.

—¿Tienen aquí a un viajero llegado ayer a Belzingen?

—Sí. ¿Y qué?

—El director de policía le manda orden de pasar por su despacho.

—Está bien. Irá.

El señor Jean me tradujo aquel trozo de conversación. No era ni siquiera una invitación, era una orden la que yo recibía. Había, pues, que obedecer.

Aquel zoquete se había marchado. Mejor así. No me hacía ninguna gracia atravesar las calles de Belzingen con aquel espantoso esbirro. Ya me indicarían dónde vivía el director de policía, y bien sabría yo encontrar su casa.

—¿Qué clase de individuo es ese? —pregunté al señor Jean.

—Un hombre que no carece de cierta astucia. Tendrá usted que desconfiar de él, Natalis. Se llama Kalkreuth. Ese Kalkreuth no ha buscado nunca sino causarnos disgustos, porque le parece que nos ocupamos demasiado de Francia. Por eso lo mantenemos apartado, y él lo sabe. No me extrañaría que quisiera implicarnos en algún mal asunto. Así que vigile bien sus palabras.

—¿Por qué no me acompaña usted a su despacho, señor Jean? —respondí.

—Kalkreuth no me ha mandado llamar, y es probable que no le agradara verme.

—¿Chapurrea al menos el francés?

—Lo habla perfectamente. Pero no olvide, Natalis, reflexionar bien antes de responder, y no diga a Kalkreuth más que lo justo y necesario.

—Esté usted tranquilo, señor Jean.

Me indicaron la morada de dicho Kalkreuth. No tenía más que unos cientos de pasos que dar para llegar a su casa. Llegué en un instante.

El agente se hallaba en la puerta y me introdujo enseguida en el despacho del director de policía.

Al parecer, fue una sonrisa lo que aquel personaje tuvo a bien dedicarme, pues sus labios se distendieron de una oreja a la otra. Luego, para invitarme a sentarme, hizo un gesto que, en su idea, debía de ser de lo más gracioso.

Al mismo tiempo, seguía hojeando unos papelotes desparramados sobre su mesa.

Aproveché para observar a mi Kalkreuth. Era un tipo larguirucho, vestido con calzón bombacho y alamares, de cerca de metro ochenta, muy largo de busto —lo que llamamos nosotros un quince-costillas—, flaco, huesudo, con unos pies de un largo...; una cara apergaminada que debía de estar siempre sucia, incluso recién lavada, la boca ancha, los dientes amarillentos, la nariz chata de la punta, las sienes arrugadas, unos ojillos como agujeros de barrena, un puntito luminoso bajo unas cejas espesas, en fin, una verdadera cara de cataplasma. Me habían prevenido para que desconfiara —recomendación bien inútil—. La desconfianza venía sola, en cuanto uno se hallaba en su presencia.

Cuando acabó de trajinar con sus papeles, Kalkreuth levantó la nariz, tomó la palabra y, en un francés muy claro, me interrogó. Pero, para ganar tiempo y reflexionar, hice como quien tiene alguna dificultad para entender. Hasta tuve buen cuidado de hacerle repetir cada frase.

He aquí, en resumen, lo que se preguntó y respondió en aquel interrogatorio:

—¿Su nombre?

—Natalis Delpierre.

—¿Francés?...

—Francés.

—¿Y de oficio?

—Feriante.

—¿Feriante... feriante?... Explíquese... ¡No comprendo lo que eso significa!

—Sí... voy de feria en feria, de mercado en mercado... para comprar... para vender... ¡Feriante, vamos!

—¿Ha venido a Belzingen?

—Por lo visto.

—¿A qué?

—A ver a mi hermana, Irma Delpierre, a quien no he visto en trece años.

—Su hermana, una francesa que sirve en casa de la familia Keller...

—¡Como usted dice!

Y, tras esto, hubo una leve pausa en las preguntas del director de policía.

—Así pues —prosiguió Kalkreuth—, ¿su viaje a Alemania no tiene otro objeto?

—Ningún otro.

—¿Y cuándo se marchará?...

—Volveré por el mismo camino por el que he venido, sencillamente.

—Y hará bien. ¿Hacia qué fecha, más o menos, piensa marcharse?

—Cuando lo juzgue conveniente. No creo que a un extranjero le esté vedado ir y venir por Prusia a su antojo.

—¡Puede!

Al oír esto, aquel Kalkreuth clavó en mí sus ojos con más viveza. Mis respuestas, sin duda, le parecían un poco más resueltas de lo que convenía. Pero no fue más que un relámpago, y el trueno no retumbó todavía.

—¡Un momento! —me dije—. Este mozo tiene toda la pinta de un tunante que solo espera cogerme en un renuncio, como dicen los nuestros en Picardía. ¡Ahora es cuando hay que andarse con cien ojos!

Kalkreuth volvió al interrogatorio un instante después, y retomó su voz melosa.

Y entonces me preguntó:

—¿Cuántos días ha empleado en venir de Francia a Prusia?

—Nueve días.

—¿Y qué camino ha tomado?

—El más corto, que era a la vez el mejor.

—¿Podría saber exactamente por dónde ha pasado?

—Señor —dije entonces—, ¿por qué tantas preguntas, si no es indiscreción?

—Señor Delpierre —respondió Kalkreuth con tono seco—, en Prusia tenemos por costumbre interrogar a los extranjeros que vienen a visitarnos. Es una formalidad policial, y, sin duda, no tendrá usted la intención de sus- traerse a ella.

—¡Sea! He pasado por la frontera de los Países Bajos, el Brabante, West- falia, Luxemburgo, Sajonia...

—¿Entonces habrá tenido que dar un rodeo bastante largo?...

—¿Por qué?

—Puesto que ha llegado usted a Belzingen por los caminos de Turingia.

—De Turingia, en efecto.

Comprendí que aquel curioso ya sabía a qué atenerse. No había que descuidarse.

—¿Podría decirme por qué punto cruzó la frontera de Francia? — preguntó.

—Por Tournay.

—Es curioso.

—¿Por qué es curioso?

—Porque tengo noticia de que siguió usted la ruta de Zerbst.

—Eso se explica por el rodeo.

Evidentemente me habían espiado, y sin duda por el tabernero del *Eckt- vende*. Se recordará que aquel hombre me había visto llegar mientras mi hermana me esperaba en el camino. En suma, era más que visible que Kal-

kreuth quería engatusarme para sacarme noticias de Francia. Me mantuve, pues, más que nunca, sobre aviso.

Prosiguió:

—¿Entonces no se ha encontrado con los alemanes por el lado de Thionville?

—No.

—¿Y no sabe nada del general Dumouriez?

—No lo conozco.

—¿Ni nada del movimiento de las tropas francesas reunidas en la frontera?

—Nada.

Con esto, el rostro de Kalkreuth cambió, y su voz se hizo imperiosa.

—¡Tenga cuidado, señor Delpierre! —dijo.

—¿Con qué? —repliqué.

—No es este el momento propicio para que los extranjeros viajen por Alemania, sobre todo cuando son franceses, y no nos gusta que vengan a ver lo que aquí ocurre...

—¡Pero no les molestaría a ustedes saber lo que ocurre en casa de los demás! ¡Yo no soy un espía, señor!

—Eso espero, por su bien —respondió Kalkreuth con tono amenazador—. No le perderé de vista. Es usted francés. Ya ha hecho una visita a una casa francesa, la del señor de Luranay. Se ha alojado en casa de la familia Keller, que ha conservado vínculos con Francia. No hace falta más, en las circunstancias en que nos hallamos, para resultar sospechoso.

—¿No era yo libre de venir a Belzingen? —respondí.

—Perfectamente.

—¿Están Alemania y Francia en guerra?

—Todavía no. Dígame, señor Delpierre, parece usted tener buena vista, ¿no?

—¡Excelente!

—Pues bien, le aconsejo que no la use demasiado.

—¿Por qué?

—Porque cuando se mira, se ve, y cuando se ve, entra la tentación de contar lo que se ha visto.

—Por segunda vez, señor, se lo repito, ¡no soy un espía!

—Y por segunda vez le responderé que eso espero, o si no...

—¿O si no?...

—Me obligaría usted a hacerle reconducir a la frontera, a menos que...

—¿A menos que?...

—Que, con el fin de ahorrarle las fatigas del viaje, nos conviniera proveer a su manutención y a su alojamiento durante un tiempo más o menos largo.

Dicho esto, Kalkreuth me indicó con un gesto que podía salir. Esta vez, su brazo ya no terminaba en una mano abierta, sino en un puño cerrado.

Como no estaba de humor para hacer estatua en aquel despacho de policía, di media vuelta, quizá con demasiado aire militar, con un giro que olía a soldado. Y no es seguro que aquel animal no lo advirtiera.

Volví entonces a casa de la señora Keller. Ahora ya estaba avisado. No me perderían de vista.

El señor Jean me esperaba. Le conté con todo detalle cuanto se había dicho entre el tal Kalkreuth y yo, pues me hallaba directamente amenazado.

—Eso no me sorprende en absoluto —respondió—, y no ha acabado usted con la policía prusiana. Tanto para usted como para nosotros, Natalis, temo complicaciones en el futuro.

CAPÍTULO VIII

Entretanto los días transcurrían agradablemente —paseos y trabajo—. Mi joven maestro podía comprobar mis progresos. Las vocales ya estaban bien alojadas en mi cabeza. Habíamos atacado las consonantes. Las hubo que me dieron trabajo —las últimas sobre todo—. En fin, la cosa marchaba. Pronto llegaría a juntar las letras para formar palabras. Al parecer tenía yo buenas disposiciones... ¡a los treinta y un años!

No volvimos a tener noticias de Kalkreuth. Ninguna orden de presentarme de nuevo en su despacho. No cabía duda, sin embargo, de que nos espían, y más particularmente a vuestro servidor, aunque mi género de vida no diera pie alguno a la sospecha. Pensaba, pues, que me libraría con un primer aviso, y que el director de policía no se encargaría ni de alojarme ni de reconducirme.

Durante la semana siguiente, el señor Jean tuvo que ausentarse unos días. Le fue preciso ir a Berlín por su maldito pleito. A toda costa quería una solución, pues la situación se hacía apremiante. ¿Cómo sería recibido? ¿Volvería sin haber podido siquiera obtener una fecha para el juicio? ¿Se buscaba ganar tiempo? Era de temer.

Durante la ausencia del señor Jean, por consejo de Irma, me había encargado de vigilar los manejos de Frantz von Grawert. Por lo demás, como la señorita Marthe solo salió una vez para ir al templo, no se topó con el teniente. Cada día, este pasaba varias veces por delante de la casa del señor de Luranay, tan pronto a pie, contoneándose y haciendo crujir sus botas, como a caballo, cabalgando y haciendo cabriolas sobre su montura —un animal magnífico—, como su amo, por lo demás. Pero verjas cerradas,

puerta cerrada. Dejo que os imaginéis cómo debía de rabiar por dentro. Así que convenía apresurar la boda.

Y era incluso por eso por lo que el señor Jean había querido ir una última vez a Berlín. Ocurriera lo que ocurriese, estaba decidido que se fijaría la fecha de la ceremonia en cuanto él hubiera vuelto a Belzingen.

El señor Jean había partido el 18 de junio. No debía volver hasta el 21. Entretanto, yo había trabajado con ardor. La señora Keller sustituía a su hijo a mi lado. Ponía en ello una complacencia que jamás se cansaba. Con qué impaciencia esperábamos el regreso del ausente, ya os lo imagináis. En efecto, las cosas apremiaban. Se juzgará por lo que sigue, y que voy a contar según lo que supe más tarde, sin dar mi apreciación, pues —lo confieso de buen grado— cuando se trata del fondo y del quid de la política, no entiendo ni jota.

Desde el 90, los emigrados franceses estaban refugiados en Coblenza. El año anterior, en el 91, tras haber aceptado la constitución, el rey Luis XVI había notificado esta aceptación a las potencias extranjeras. Inglaterra, Austria, Prusia protestaron entonces sus intenciones amistosas. Pero ¿podía uno fiarse de ello? Los emigrados, por su parte, no dejaban de empujar hacia la guerra. Concertaban contratos de suministros, formaban cuadros. Aunque el rey les había dado orden de volver a Francia, no interrumpían sus preparativos. Aunque la asamblea legislativa había intimado a los electores de Tréveris, de Maguncia y demás príncipes del Imperio a dispersar las concentraciones en su frontera, ellos seguían allí, prestos a guiar a los invasores.

Y entonces se organizaron tres ejércitos en el Este, de manera que pudieran darse la mano.

El conde de Rochambeau, mi antiguo general, fue a tomar en Flandes el mando del ejército del Norte; La Fayette, el del ejército del centro, en Metz; y Luckner, el del ejército de Alsacia —en total unos doscientos mil hombres, entre sables y bayonetas—. En cuanto a los emigrados, ¿por qué habrían de renunciar a sus proyectos, obedecer a las intimaciones del rey, cuando Leopoldo de Austria se disponía a acudir en su ayuda?

Tal era el estado de las cosas en el 91. He aquí cómo estaba en el 92.

En Francia, los jacobinos, con Robespierre a la cabeza, se habían pronunciado enérgicamente contra la guerra. Los cordeleros los apoyaban, temien-

do ver surgir una dictadura militar. Por el contrario, los girondinos, por boca de Louvet y de Brissot, pedían esa guerra a toda costa, con el fin de obligar al rey a desvelar sus intenciones.

Fue entonces cuando apareció Dumouriez, que había mandado en la Vendée y en Normandía. Se le llamó para poner su genio militar y político al servicio del país. Aceptó, y formó de inmediato un plan de campaña: guerra a un tiempo ofensiva y defensiva. Con él, se tenía la certeza de que las cosas no se harían esperar.

Hasta entonces, sin embargo, Alemania no se había movido en absoluto. Sus tropas no amenazaban la frontera francesa, y hasta repetía que nada habría sido más perjudicial para el interés de Europa.

En estas circunstancias, murió Leopoldo de Austria. ¿Qué haría su sucesor? ¿Sería partidario de la moderación? No, y apareció en Viena una nota que exigía el restablecimiento de la monarquía sobre las bases de la declaración real del 89.

Como bien puede suponerse, Francia no podía someterse a semejante intimidación, que rebasaba todos los límites. El efecto de esta nota fue considerable en todo el país. Luis XVI hubo de proponer a la Asamblea nacional que se declarase la guerra a Francisco I, rey de Hungría y Bohemia. Así se decidió, y se resolvió atacarlo primero en sus posesiones de Bélgica.

Así, Biron no tardó en apoderarse de Quiévrain, y ya podía esperarse que nada detendría el impulso de las tropas francesas, cuando, ante Mons, un pánico vino a alterar la situación. Los soldados, tras gritar «¡traición!», asesinaron a los oficiales Dillon y Berthois.

Al saber este desastre, La Fayette creyó deber detener su marcha en Givet.

Esto ocurría en los últimos días de abril, antes de que yo hubiera dejado Charleville. En ese momento, como se ve, Alemania no estaba aún en guerra con Francia.

El 13 de junio, Dumouriez fue nombrado ministro de la guerra. Esto lo supimos en Belzingen antes de que el señor Jean hubiera vuelto de Berlín. Aquella noticia era de suma gravedad. Era fácil prever que los acontecimientos iban a cambiar de cariz y la situación a perfilarse con más claridad. En efecto, si Prusia había guardado hasta entonces una neutralidad absoluta,

era de temer que se dispusiera a romperla de un momento a otro. Ya se hablaba de ochenta mil hombres que avanzaban hacia Coblenza.

Al mismo tiempo, corría el rumor por Belzingen de que el mando de aquellos viejos soldados de Federico el Grande se daría a un general que gozaba de cierta celebridad en Alemania, el duque de Brunswick.

Se comprende el efecto de esta noticia, incluso antes de que fuera confirmada. Por lo demás, se sucedían sin cesar los pasos de tropas.

Yo habría dado mucho por ver al regimiento de Leib, al coronel von Grauert y a su hijo Frantz partir hacia la frontera. Eso nos habría librado, al menos, de aquellos personajes. Por desgracia, el regimiento no recibió orden alguna. Así que el teniente seguía pateando las calles de Belzingen, y más particularmente delante de la casa cerrada del señor de Laurantay.

En cuanto a mí, mi posición daba que pensar.

Estaba de permiso reglamentario, es cierto, y en un país que aún no había roto con Francia. Pero ¿podía olvidar que pertenecía al Royal-Picardie, que mis camaradas estaban de guarnición en Charleville, casi en la frontera?

Ciertamente, si se producía un choque con los soldados de Francisco de Austria o de Federico Guillermo de Prusia, el Royal-Picardie estaría en primera fila para recibir los primeros golpes, y yo me habría desesperado de no estar allí para devolverlos con creces.

Empezaba, pues, a inquietarme seriamente. Sin embargo, me guardaba mis disgustos para mí, sin querer entristecer ni a la señora Keller ni a mi hermana, y no sabía a qué partido atenerme.

En fin, en estas condiciones, la posición de un francés era difícil. Mi hermana lo comprendía también en lo que a ella tocaba. Ciertamente, por su propia voluntad, jamás habría consentido en separarse de la señora Keller. Pero ¿no podía ocurrir que se tomaran medidas contra los extranjeros? ¿Y si aquel Kalkreuth venía a darnos veinticuatro horas para abandonar Belzingen?

Se concibe, pues, cuáles debían de ser nuestras inquietudes. No eran menores cuando pensábamos en la situación del señor de Laurantay. Si se le obligaba a salir del territorio, a atravesar un país en estado de guerra, ¿qué viaje tan lleno de peligros para su nieta y para él! Y la boda, que aún no se

había celebrado, ¿dónde y cuándo se celebraría? ¿Habría tiempo de celebrarla en Belzingen? En verdad, no se podía contar con nada.

Cada día, sin embargo, atravesaban la ciudad tropas que tomaban la carretera de Magdeburgo: infantería, caballería —sobre todo ulanos—, luego convoyes de pólvora y de balas, carruajes por centenares. Era un ruido incesante de tambores, toques de trompeta. Entre tanto, se hacían con frecuencia altos de algunas horas en la plaza mayor. ¡Y entonces cuántas idas y venidas, regadas con vasos de aguardiente y de kirsch, pues el calor ya apretaba!

Ya lo comprenderéis: no podía contenerme de ir a ver, aunque hubiera de disgustar al señor Kalkreuth y a sus agentes. Cuando oía un toque de corneta o un redoble, tenía que salir, si estaba libre. Digo: si estaba libre, porque, en el caso de que la señora Keller me estuviera dando mi lección de lectura, por nada del mundo la habría dejado. Solo que, a la hora del recreo, me escabullía por la puerta, alargaba el paso, llegaba al paso de las tropas, las seguía hasta la plaza mayor, y allí miraba... miraba, aunque Kalkreuth me hubiese intimado a no ver nada.

En resumen, si todo aquel movimiento me interesaba en mi calidad de soldado, en mi calidad de francés no podía sino decir: ¡Un momento! ¡Esto no pinta bien! Era manifiesto que las hostilidades no tardarían en comenzar.

El día 21, el señor Jean regresó de su viaje a Berlín. Tal como cabía temer, ¡viaje inútil! El pleito seguía en el mismo punto. Imposible prever cuál sería su desenlace, ni siquiera cuándo terminaría. Era desesperante.

En cuanto al resto, por lo que había oído decir, el señor Jean traía la impresión de que, de un día para otro, Prusia iba a declarar la guerra a Francia.

CAPÍTULO IX

Al día siguiente y los días que siguieron, fuimos ambos a la caza de noticias. Aquello se decidiría antes de ocho días, o poco más. Aún hubo pasos de tropas por Belzingen, los días 21, 22 y 23, e incluso un general que me dijeron era el conde de Kaunitz, seguido de su estado mayor. Aquella masa de soldados se dirigía hacia Coblenza, donde aguardaban los emigrados. Prusia, dando la mano a Austria, ya no disimulaba que marchaba contra Francia.

Era, pues, cierto que mi situación en Belzingen empeoraba de día en día. Evidentemente, no sería mejor para la familia de Luranay ni para mi hermana Irma, una vez declarada la guerra. Encontrarse en Alemania en semejantes condiciones debía de crearles, más que apuros, peligros reales, y convenía estar preparados para cualquier eventualidad.

Hablaba de ello a menudo con mi hermana. La buena criatura quería en vano ocultar sus inquietudes. El temor de verse separada de la señora Keller no le dejaba ya un instante de reposo. ¡Dejar aquella familia! ¡Nunca había pensado que el porvenir le reservara semejante desdicha! Alejarse de aquellos seres queridos, junto a los cuales, le parecía, debía transcurrir toda su vida, decirse que, tal vez, ya no le sería posible volver a verlos si las cosas se torcían, aquello era, sin duda, para partirle el alma.

—Me moriré de esto —me repetía—, sí, Natalis, me moriré.

—Te comprendo, Irma —respondía yo—, la situación es difícil, pero hay que hacer todo lo posible por salir de ella. ¡Vamos! ¿No se podría decidir a la señora Keller a dejar Belzingen, ahora que ya no tiene ningún motivo para aferrarse a este país? Incluso me parece que sería prudente tomar esa resolución antes de que las cosas se hayan estropeado del todo.

—Sería sensato, Natalis, y, sin embargo, la señora Keller no consentirá en marcharse sin su hijo.

—¿Y por qué se negaría el señor Jean a seguirla? ¿Qué le retiene en Prusia? ¿Sus asuntos por arreglar?... ¡Ya los arreglará más tarde! ¿Ese pleito que no acaba nunca?... ¿Acaso, en las circunstancias actuales, no habrá que esperar meses y meses antes de obtener una sentencia?

—Es probable, Natalis.

—Además, lo que más me inquieta es que la boda del señor Jean y la señorita Marthe todavía no se ha celebrado. ¿Quién sabe qué impedimentos, qué retrasos pueden surgir? Que expulsen a los franceses de Alemania — cosa bien posible— ¡y el señor de Luranay y su nieta se verán obligados a partir en veinticuatro horas! ¡Y entonces, qué cruel separación para esos jóvenes! En cambio, si la boda está hecha, o el señor Jean se lleva a su mujer a Francia, o, si se ve forzado a quedarse en Belzingen, al menos ella se quedará con él.

—Tienes razón, Natalis.

—Yo, en tu lugar, Irma, hablaría de ello con la señora Keller; ella hablaría con su hijo, se apresurarían a concluir la boda y, una vez hecha, podríamos dejar que las cosas siguieran su curso.

—Sí —respondió Irma—, hay que hacer la boda sin tardanza. Además, los impedimentos no vendrán de parte de Marthe.

—¡Oh, no! ¡Excelente muchacha! Y además, un marido, un marido como el señor Jean, ¡qué garantía para ella! Piensa, Irma, sola con su abuelo, ya anciano, obligada a dejar Belzingen, a atravesar esta Alemania llena de tropas... ¿Qué sería de los dos? Hay que darse prisa en acabar con esto, y no esperar a que se vuelva imposible.

—Y ese oficial —me preguntó mi hermana—, ¿lo encuentras alguna vez?

—Casi todos los días, Irma. ¡Es una desgracia que su regimiento siga en Belzingen! ¡Cómo hubiera querido que la boda de la señorita de Luranay no se supiera hasta después de su marcha!

—En efecto, sería de desear.

—Me temo que, al saberlo, ese Frantz intente hacer alguna jugarreta. El señor Jean es hombre de ponerlo en su sitio, y entonces... En fin, no estoy tranquilo.

—Ni yo, Natalis. Así que hay que hacer la boda cuanto antes. Habrá que cumplir ciertos trámites, y siempre temo que estalle la mala noticia.

—Habla, pues, con la señora Keller.

—Hoy mismo.

Sí, importaba darse prisa, y quizá ya fuera demasiado tarde.

En efecto, sin duda un suceso iba a decidir a Prusia y Austria a apresurar la invasión. Se trataba del atentado que acababa de cometerse en París el 20 de junio, y cuya noticia fue difundida, a propósito, por los agentes de las dos potencias coaligadas.

El 20 de junio, las Tullerías habían sido invadidas. El populacho, conducido por Santerre, tras desfilarse ante la Asamblea Legislativa, se había lanzado sobre el palacio de Luis XVI. Puertas atacadas a hachazos, verjas forzadas, piezas de cañón izadas al primer piso, todo indicaba a qué violencias iba a llegar el motín. La calma del rey, su sangre fría, su valor, lo salvaron a él, a su esposa, a su hermana y a sus dos hijos. Pero ¿a qué precio? Después de que hubiera consentido en cubrirse con el gorro rojo.

Evidentemente, tanto entre los partidarios de la corte como entre los constitucionales, aquel asalto al palacio fue considerado un crimen. Sin embargo, el rey seguía siendo el rey. Aún se le rendirían ciertos honores... ¡Caldo para un muerto! Pero ¿cuánto duraría aquello? Los más confiados no le habrían dado dos meses de reinado, después de tales amenazas, tales insultos. Y ya se sabe que no se habrían equivocado, puesto que seis semanas más tarde, el 10 de agosto, Luis XVI iba a ser expulsado de las Tullerías, declarado depuesto, encarcelado en el Temple, del que no habría de salir sino para llevar su cabeza a la plaza de la Revolución.

Si el efecto de aquel atentado fue grande en París, grande en toda Francia, difícilmente os figuraréis qué repercusión tuvo en el extranjero. En Coblenza estallaron gritos de dolor, de odio, de venganza, y no os extrañará que el eco llegara hasta aquel rincón de Prusia donde estábamos encerrados. Y bastaba con que los emigrados se pusieran en marcha, con que los impe-

riales, como ya se les llamaba, vinieran a apoyarlos, para que se desencadenara una guerra terrible.

Así se pensaba en París. Por eso se habían tomado medidas enérgicas para hacer frente a cualquier eventualidad. La organización de los federados se hizo en breve plazo. Los patriotas, habiendo hecho responsables al rey y a la reina de la invasión que amenazaba a Francia, la Comisión de la Asamblea decidió que toda la nación estaría en armas y que actuaría por sí misma, sin que el gobierno tuviera que intervenir.

¿Y qué haría falta para que se produjera ese impulso? Una fórmula solemne, una declaración que haría el cuerpo legislativo: «¡La patria está en peligro!»

Esto es lo que supimos pocos días después del regreso del señor Jean, y ello provocó una agitación extraordinaria.

Estas noticias se habían propagado la mañana del 23. A cada hora se podía saber que Prusia había respondido a Francia con una declaración de guerra. Había un movimiento enorme en todo el país. Correos y ordenanzas cruzaban la ciudad a todo galope. Se intercambiaban órdenes continuamente entre los cuerpos de tropa que marchaban hacia el oeste y los que venían del este de Alemania. Se decía también que los sardos debían unirse a los imperiales, que ya avanzaban y amenazaban la frontera. ¡Desgracia! ¡No era sino demasiado cierto!

Todo esto sumió a los Keller y a los Laurantay en una inquietud extrema. Por mi parte, mi posición se volvía cada vez más difícil. Todos lo sentían, y si yo no hablaba de ello, era porque no quería añadir más a las preocupaciones que ya atormentaban a las dos familias.

En suma, no había tiempo que perder. Ya que la boda estaba convenida, había que celebrarla sin demora.

Así se resolvió aquel mismo día, y con urgencia.

De común acuerdo, se fijó la fecha del 29. Ese plazo bastaría para cumplir los trámites, que eran muy sencillos en aquella época. La ceremonia se celebraría en el templo, ante los testigos obligados, elegidos entre las personas allegadas a las familias Keller y de Laurantay. Yo debía ser uno de esos testigos. ¡Qué honor para un sargento de caballería!

También se decidió que se actuaría con el mayor secreto posible. No se diría nada de lo que iba a hacerse, salvo a los testigos cuya presencia era indispensable. En aquellos días de agitación, había que evitar llamar la atención. Kalkreuth no habría tardado en meter las narices en el asunto. Y además, estaba el teniente Frantz, que, por despecho, por venganza, podía dejarse llevar a algún escándalo. De ahí, quizá, complicaciones que convenía evitar a toda costa.

En cuanto a los preparativos, no exigirían sino muy poco tiempo. Por lo demás, se harían las cosas con mucha sencillez, sin organizar fiestas, con las que en otras circunstancias menos inquietantes se hubiera uno complacido. Habría boda, no habría festejos, eso era todo.

¡Y darse prisa sin perder una hora! No era el momento de repetir nuestro viejo refrán picardo: ¡No hay motivo para apresurarse, que la feria no está en el puente!

Pues allí estaba, amenazadora, y de un momento a otro podía cerrarnos el paso.

Sin embargo, a pesar de todas las precauciones tomadas, parece que el secreto no se guardó como debía. Sin duda, los vecinos —¡ah, los vecinos de provincias!— se preguntaban qué se preparaba en las dos familias. Necesariamente había idas y venidas fuera de lo habitual. De ahí que se despertara la curiosidad.

Además, Kalkreuth no dejaba de tenernos vigilados. No cabía duda de que sus agentes tenían orden de espiarnos de cerca. Quizá las cosas no fueran a resultar tan fáciles.

Pero lo más lamentable fue que la noticia de la boda llegó a oídos del teniente von Grawert.

Esto lo supo mi hermana Irma por la criada de la señora Keller. Unos oficiales del regimiento de Leib habían hablado de ello en la plaza mayor.

Por casualidad, Irma había oído su conversación, y esto fue lo que contó.

Al saber la noticia, el teniente se había dejado llevar por un violento acceso de cólera, diciendo a sus camaradas que aquella boda no se haría, que todos los medios le serían buenos para impedirla.

Yo esperaba que el señor Jean no llegara a saber nada de esto. Por desgracia, le repitieron aquellas palabras. Me habló de ello sin poder dominar su indignación. Me costó mucho calmarlo. Quería ir a ver al teniente Frantz, quería exigirle que se explicara sobre aquello, aunque era dudoso que un oficial consintiera en rebajarse a tratar con un burgués como él.

Por fin logré contenerlo, tras hacerle comprender que su gestión podía comprometerlo todo.

El señor Jean cedió. Me prometió no volver a hacer caso de las palabras del teniente, fueran las que fuesen, y no se ocupó ya sino de los trámites de su boda.

El día 25 transcurrió sin incidentes. Solo quedaban cuatro días de espera. Yo contaba las horas y los minutos. Celebrada la unión, se decidiría la grave cuestión de abandonar definitivamente Belzingen.

Pero la tormenta estaba sobre nuestras cabezas, y el rayo estalló aquella misma tarde. La terrible noticia llegó hacia las nueve de la noche.

Prusia acababa de declarar la guerra a Francia.

CAPÍTULO X

Aquel fue el primer golpe, y duramente asestado. Y sin embargo, le seguirían golpes aún más duros. Pero no nos adelantemos, y sometámonos a los decretos de la Providencia, como dice el cura de nuestro pueblo desde lo alto de su égrugeoir.

La guerra estaba, pues, declarada a Francia, y yo, francés, me encontraba en país enemigo. Aunque los prusianos ignoraran que yo fuese soldado, esto me creaba, ante mí mismo, una situación sumamente penosa. Mi deber me ordenaba dejar Belzingen, en secreto o abiertamente, por cualquier medio, para reincorporarme cuanto antes, para ocupar de nuevo mi puesto en las filas. Ya no se trataba de mi permiso ni de las seis semanas que aún le quedaban. El Royal-Picardie ocupaba Charleville, a solo unas leguas de la frontera francesa. Tomaría parte en los primeros combates. Había que estar allí.

Pero ¿qué sería de mi hermana, del señor de Luranay y de la señorita Marthe? ¿No les causaría su nacionalidad los apuros más graves? Los alemanes son de una raza dura, que apenas conoce miramientos cuando se desatan sus pasiones. Con terror habría visto yo a Irma, a la señorita Marthe y a su abuelo lanzarse por los caminos de la Alta y la Baja Sajonia, en el momento en que los recorría el ejército prusiano.

No había más que una cosa que hacer: partir al mismo tiempo que yo, aprovechar mi regreso para volver a Francia, en seguida y por el camino más corto. Podían contar con mi lealtad. Si el señor Jean, llevándose a su madre, se unía a nosotros, me parecía que de todos modos sabríamos pasar.

Ahora bien, ¿tomarían ese partido la señora Keller y su hijo? A mí me parecía de lo más sencillo. ¿No era la señora Keller francesa de origen? ¿No lo era el señor Jean medio por ella? No podía temer que le hicieran mal re-

cibimiento al otro lado del Rin, en cuanto lo conocieran. Mi opinión era, pues, que no había que vacilar. Estábamos a 26. La boda se haría el 29. Ya no habría entonces ningún pretexto para quedarse en Prusia, y al día siguiente podríamos haber dejado el territorio. Es cierto que esperar tres días más eran tres siglos durante los cuales tendría que morderme el freno. ¡Ah, ojalá el señor Jean y la señorita Marthe estuvieran ya casados!

¡Sí, sin duda! Pero esa boda, que tanto deseábamos, que yo pedía con todos mis votos... esa boda entre un alemán y una francesa, ¿era posible ahora que la guerra estaba declarada entre los dos países?...

En verdad, no me atrevía a mirar de frente aquella situación, y no era yo el único en sentir toda su gravedad. Ahora se evitaba hablar de ello en las dos familias. Se sentía como un peso que a uno lo aplastaba... ¿Qué iba a suceder?... Apenas podía yo imaginar qué curso tomarían los acontecimientos, y no dependía de nosotros el poder cambiar su marcha.

El 26 y el 27 no ocurrió ningún hecho nuevo. Seguían los pasos de tropas. Solo que me pareció notar que la policía hacía vigilar más activamente la casa de la señora Keller. Varias veces me crucé con el agente de Kal-kreuth, aquel zoquete. Me miraba de un modo que le habría valido una buena bofetada, si eso no hubiera podido complicar las cosas. Aquella vigilancia no dejaba de inquietarme. Yo era su objeto particular. Así que ya no vivía, y la familia Keller estaba en las mismas angustias que yo.

Era más que visible que la señorita Marthe derramaba muchas lágrimas. En cuanto al señor Jean, aunque procuraba contenerse, no por ello sufría menos. Yo lo observaba. Se volvía cada vez más sombrío. Callaba en nuestra presencia. Se mantenía apartado. Durante sus visitas al señor de Lauranay, parecía que lo obsesionaba un pensamiento que no se atrevía a decir, y, cuando se creía que iba a hablar, sus labios se cerraban de nuevo al instante.

La noche del 28 estábamos reunidos en el salón del señor de Lauranay. El señor Jean nos había pedido que fuéramos todos. Quería, según había dicho, hacernos una comunicación que no admitía demora.

Habíamos empezado hablando de esto y aquello; pero la conversación decaía. Se desprendía un sentimiento muy penoso, ese sentimiento que todos experimentábamos, como ya he hecho notar, desde la declaración de guerra.

En efecto, aquella declaración acentuaba aún más la línea divisoria entre franceses y alemanes. En el fondo, todos lo comprendíamos bien, el señor Jean era quien más se sentía afectado por aquella lamentable complicación.

Aunque estábamos en vísperas de la boda, nadie hablaba de ella. Y sin embargo, si nada hubiera cambiado, al día siguiente Jean Keller y la señorita Marthe habrían debido dirigirse al templo, entrar en él como novios, salir como esposos, unidos para toda la vida... ¡Y de todo aquello, ni una palabra!

Entonces la señorita Marthe se levantó. Se acercó al señor Jean, que permanecía en un rincón, y, con una voz cuya emoción quería en vano ocultar:

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Lo que ocurre... ¡Marthe! —exclamó el señor Jean con un acento tan doloroso que me llegó hasta el corazón.

—Hable, Jean —repuso Marthe—, hable, por penoso que sea oír lo que va a decir.

El señor Jean levantó la cabeza. Se sentía comprendido de antemano.

¡No! Jamás olvidaré los detalles de aquella escena, aunque viviera cien años.

El señor Jean estaba de pie ante la señorita de Laurantay, cuya mano había tomado, y entonces, haciéndose violencia:

—Marthe —dijo él—, mientras la guerra no estaba declarada entre Alemania y Francia, podía pensar en hacerla mi esposa. Hoy, mi país y el suyo van a combatir, y ahora, al pensar en arrancarla de su patria, en arrebatarse su condición de francesa al desposarla... ¡ya no me atrevo! ¡No tengo derecho a ello! ¡Toda mi vida no sería sino un remordimiento! Usted me comprende... no puedo...

¡Si lo entendíamos! ¡Pobre señor Jean! No encontraba las palabras. ¡Pero qué falta le hacía hablar para hacerse entender!

—Marthe —prosiguió—, va a haber sangre entre nosotros, de esa sangre francesa que es la suya...

La señora Keller, erguida en su sillón, con los ojos bajos, no se atrevía a mirar a su hijo. Un leve temblor de los labios, la contracción de sus dedos,

todo indicaba que su corazón estaba a punto de quebrarse.

El señor de Luranay había dejado caer la cabeza entre las manos. Las lágrimas corrían de los ojos de mi hermana.

—Los míos —prosiguió el señor Jean— van a marchar contra Francia, contra este país que amo... ¡Y quién sabe si pronto no seré yo llamado a unirme a ellos...!

No terminó. Su pecho jadeaba, ahogado por sollozos que solo contenía con una fuerza sobrehumana, pues no está bien que un hombre llore.

—Hable, Jean —dijo la señorita de Luranay—, hable, mientras aún tengo fuerzas para escucharle...

—Marthe —respondió él—, usted sabe cuánto la amo... Pero usted es francesa, y no tengo derecho a hacer de usted una alemana, una enemiga de...

—Jean —respondió la señorita Marthe—, yo también le amo... Nada de lo que ocurra en el futuro cambiará mis sentimientos... ¡Le amo... le amaré siempre!

—¡Marthe! —exclamó el señor Jean, que había caído a sus pies—, querida Marthe, oírla hablar así, y no poder decirle: ¡Sí! ¡Mañana iremos al templo! ¡Mañana será usted mi esposa, y nada volverá a separarnos! ¡No!... ¡Es imposible!...

—Jean —dijo el señor de Luranay—, lo que ahora parece imposible...

—¡No lo será más tarde! —exclamó el señor Jean—. ¡Sí, señor de Luranay! ¡Esta guerra odiosa terminará! ¡Entonces, Marthe, la encontraré de nuevo! ¡Podré, sin remordimiento, ser su esposo! ¡Ah, cuánto sufro!...

Y el desdichado, que se había levantado, vacilaba, a punto casi de caer.

La señorita Marthe volvió a acercarse a él, y allí, con una voz que se sentía llena de ternura:

—Jean —prosiguió—, no tengo más que una cosa que decirle... En cualquier momento me encontrará tal como soy hoy... Comprendo el sentimiento que le hace un deber obrar así... ¡Sí! Ya lo veo, hay en este momento un abismo entre nosotros... Pero se lo juro ante Dios, si no soy suya, no seré nunca de nadie... ¡Nunca!

Con un movimiento irresistible, la señora Keller había atraído a la señorita Marthe entre sus brazos.

— ¡Marthe! —dijo—, lo que hace mi hijo le hace aún más digno de ti. Sí... más tarde... ya no en este país, del que quisiera haber salido ya, sino en Francia... ¡nos volveremos a ver! Te convertirás en mi hija... ¡en mi verdadera hija! Y serás tú quien me haga perdonar por mi hijo... ¡aunque sea alemán!

La señora Keller dijo esto con un tono tan desesperado que el señor Jean la interrumpió, y precipitándose hacia ella:

— ¡Madre! ¡Madre! —exclamó—. ¡Yo, reprocharte algo a ti! ¿Sería yo tan desnaturalizado...?

— Jean —respondió la señorita Marthe—, su madre es la mía.

La señora Keller había abierto los brazos, y las dos se reunieron sobre su corazón.

Si la boda no se hacía ante los hombres, ya que las circunstancias actuales la hacían imposible, al menos estaba hecha ante Dios. Ya no quedaba sino tomar las últimas disposiciones para partir.

Y, en efecto, aquella misma noche quedó definitivamente decidido que abandonaríamos Belzingen, Prusia y aquella Alemania, donde la declaración de guerra hacía a los franceses una situación insostenible. La cuestión del pleito ya no podía retener a la familia Keller. Además, no cabía duda de que su desenlace se retrasaría indefinidamente, y no se le podía esperar.

He aquí lo que además se decidió. El señor y la señorita de Lauranay, mi hermana y yo, volveríamos a Francia. En esto no cabía vacilación, puesto que éramos franceses. Para la señora Keller y su hijo, las conveniencias querían que permanecieran en el extranjero mientras durase aquella abominable guerra. En Francia habrían podido encontrarse con prusianos, en el caso de que nuestro país fuera invadido por los aliados. Resolvieron, pues, refugiarse en los Países Bajos, donde esperarían el fin de los acontecimientos. En cuanto a partir todos juntos, eso se sobreentendía, y cuando nos separásemos, no sería sino en la frontera francesa.

Convenido esto, y como nuestros preparativos requerían aún algunos días, la partida quedó fijada para el 2 de julio.

[Nota 1] Nombre poco respetuoso que se da al púlpito en Picardía.

CAPÍTULO XI

A partir de aquel momento, se produjo en la situación de las dos familias una especie de distensión. Bocado tragado ya no tiene gusto, como se dice. El señor Jean y la señorita Marthe se hallaban en la situación de esposos que se ven obligados a separarse momentáneamente. La parte más peligrosa del viaje, es decir, la travesía de Alemania, en medio de tropas en marcha, la harían juntos. Luego se separarían hasta el fin de la guerra. No se preveía, entonces, que aquello fuese el comienzo de una larga lucha con toda Europa, lucha prolongada por el Imperio durante una serie de años gloriosos, ¡y que debía terminar en provecho de las potencias coaligadas contra Francia!

En cuanto a mí, por fin iba a poder incorporarme a mi regimiento, y esperaba llegar a tiempo para que el sargento de caballería Natalis Delpierre estuviese en su puesto cuando hubiera que romper el fuego contra los soldados de Prusia y de Austria.

Los preparativos de partida debían ser lo más secretos posible. Importaba no llamar la atención, sobre todo la de los agentes de policía. Mejor era salir de Belzingen sin que nadie lo supiese, para no vernos tironeados entre Dios y el diablo, como quien dice.

Yo contaba con que ningún obstáculo vendría a detenernos. Pues bien, hice la cuenta sin la huésped. Y digo la huésped, aunque lo cierto es que no habría querido darle alojamiento, ni por dos florines la noche, porque se trataba del teniente Frantz.

Ya he dicho más arriba que la boda del señor Jean Keller y la señorita Marthe de Luranay se había divulgado, a pesar de todas las precauciones tomadas. Sin embargo, no se sabía que, desde la víspera, había sido aplazada para una fecha más o menos lejana.

De ahí que el teniente debía de creer que esa boda iba a celebrarse próximamente, y había que temer que quisiera poner en práctica sus amenazas.

En realidad, Frantz von Grawert no tenía más que una manera de impedir o de retrasar esa boda: provocar al señor Jean, llevarlo al terreno, herirlo o matarlo.

Pero ¿sería su odio lo bastante fuerte como para hacerle olvidar su posición, su cuna, hasta el punto de condescender a batirse con el señor Jean Keller?

Pues bien, que se tranquilicen: si llegaba a eso, se encontraría con quien vérselas. Solo que, en las circunstancias en que nos hallábamos, en el momento de abandonar el territorio prusiano, había que temer las consecuencias de un duelo. Yo no dejaba de estar muy inquieto por ese asunto. Me contaban que el teniente no se calmaba. Por eso temía que llegase a cometer algún acto de violencia.

¡Qué desgracia que el regimiento de Leib no hubiese recibido todavía la orden de salir de Belzingen! El coronel y su hijo estarían ya lejos, hacia Coblenza o Magdeburgo. Yo habría estado menos inquieto, y mi hermana también, pues compartía mis temores. Diez veces al día me acercaba a los cuarteles, para ver si se preparaba algún movimiento. El menor indicio me habría saltado a la vista. Y, hasta entonces, nada indicaba una salida próxima.

Lo mismo ocurrió el día 29, lo mismo el 30. Me alegraba pensar que ya no nos quedaban más que veinticuatro horas por pasar a este lado de la frontera.

Ya he dicho que debíamos viajar todos juntos. Sin embargo, para no despertar sospechas, se acordó que la señora Keller y su hijo no partirían al mismo tiempo que nosotros. Se reunirían con nosotros a algunas leguas más allá de Belzingen. Una vez fuera de las provincias prusianas, tendríamos menos que temer de las maniobras de Kalkreuth y sus sabuesos.

Durante aquella jornada, el teniente pasó varias veces por delante de la casa de la señora Keller. Incluso se detuvo, como si hubiera querido entrar para arreglar sus asuntos en persona. A través de la celosía, yo lo veía sin que él se percatase, con los labios apretados, los puños que se abrían y se cerraban, en fin, todas las señales de una irritación llevada al extremo. La verdad es que, si hubiera abierto la puerta y hubiera preguntado por el señor

Jean Keller, no me habría sorprendido lo más mínimo. Muy afortunadamente, la habitación del señor Jean daba a la fachada lateral, y él no advirtió nada de aquella maniobra.

Pero lo que no hizo el teniente aquel día, otros lo hicieron por él.

Hacia las cuatro, un soldado del regimiento de Leib vino a preguntar por el señor Jean Keller.

Este se hallaba a solas conmigo, en casa, y tomó conocimiento de una carta que le traía dicho soldado.

¡Qué cólera la suya cuando acabó de leerla!

Aquella carta era del último grado de insolencia para con el señor Jean, e injuriosa también para el señor de Luranay. ¡Sí! ¡El oficial von Grawert había llegado a insultar a un hombre de aquella edad! Al mismo tiempo, ponía en duda el valor de Jean Keller: ¡un medio francés que no debía de tener más que media valentía! Añadía que, si su rival no era un cobarde, bien se vería por la manera en que recibiese a dos de sus camaradas, que irían a visitarlo aquella misma noche.

Por mi parte, no me cabía duda alguna a este respecto: el teniente Frantz ya no ignoraba que el señor de Luranay se disponía a abandonar Belzingen, que Jean Keller debía seguirle, y, sacrificando su altivez a su pasión, quería impedir aquella partida.

Ante una injuria que no solo iba dirigida a él, sino también a la familia de Luranay, creí que no lograría contener al señor Jean.

—Natalis — me dijo con voz alterada por la cólera —, ¡no me marcharé sin haber castigado a ese insolente! ¡No me marcharé con esta mancha! ¡Es indigno venir a insultarme en lo que tengo de más querido! ¡Le voy a demostrar a ese oficial que un medio francés, como él me llama, no retrocede ante un alemán!

Quise calmar al señor Jean, hacerle ver las consecuencias de un encuentro con el teniente. Si lo hería, podía esperarse represalias que nos acarrearían mil contratiempos. Si él resultaba herido, ¿cómo se efectuaría nuestra partida?

El señor Jean no quiso atender a razones. En el fondo, yo lo comprendía. La carta del teniente pasaba de la raya. ¡No! ¡No se puede escribir cosas se-

mejantes! ¡Ah, si hubiera podido tomar el asunto por mi cuenta, qué satisfacción! Encontrarme con aquel insolente, provocarlo, medirme con él a la punta, al contrafilo, a la pistola de arzón, a lo que le hubiese convenido, y batirnos hasta que uno de los dos quedase en tierra. Y si hubiera sido él, ¡no habría necesitado yo un pañuelo muy grande para llorarlo!

Total, puesto que los dos camaradas del teniente estaban anunciados, había que esperarlos.

Los dos llegaron aquella noche, hacia las ocho.

Muy afortunadamente, la señora Keller se hallaba entonces de visita en casa del señor de Lauranay. Mejor era que no supiese nada de lo que iba a ocurrir.

Por su parte, mi hermana Irma había salido a saldar algunas últimas cuentas con los comerciantes. Aquello quedaría, pues, entre el señor Jean y yo.

Los oficiales, dos tenientes, se presentaron con su arrogancia natural, lo cual no me sorprendió. Quisieron hacer valer que un noble, un oficial, al consentir en batirse con un simple burgués del comercio... Pero el señor Jean los cortó en seco con su actitud, y se limitó a decir que estaba a las órdenes del señor Frantz von Grawert. Inútil añadir nuevos insultos a los que ya contenía la carta de provocación. Aquello estuvo dicho, y bien dicho.

Los oficiales se decidieron, pues, a envainar su fanfarronería.

Uno de ellos observó entonces que convenía fijar sin demora las condiciones del duelo, pues el tiempo apremiaba.

El señor Jean respondió que aceptaba de antemano cualquier condición. Pedía únicamente que no se mezclase ningún nombre ajeno en aquel asunto, y que el encuentro se mantuviese tan secreto como fuese posible.

A esto los dos oficiales no pusieron objeción alguna. No tenían por qué ponerla, puesto que, al fin y al cabo, el señor Jean se remitía a ellos para las condiciones.

Estábamos a 30 de junio. El duelo quedó fijado para el día siguiente, a las nueve de la mañana. Tendría lugar en un pequeño bosque que se encuentra a la izquierda subiendo por la carretera de Belzingen a Magdeburgo. En este punto, ninguna dificultad.

Los dos adversarios se batirían a sable, y no se detendrían hasta que uno de ellos quedase fuera de combate.

Admitido también. A todas estas propuestas, el señor Jean no respondía más que con un movimiento de cabeza.

Uno de los oficiales dijo entonces —recobrando la insolencia su ascendiente— que, sin duda, el señor Jean Keller se encontraría allí a las nueve en punto, hora convenida...

A lo cual el señor Jean Keller respondió que, si el señor von Grawert no se hacía esperar más que él, todo podría quedar terminado a las nueve y cuarto.

Ante esta respuesta, los dos oficiales se levantaron, saludaron con bastante desenvoltura y abandonaron la casa.

—¿Conoce usted el manejo del sable? —le pregunté enseguida al señor Jean.

—Sí, Natalis. Ahora, ocupémonos de mis padrinos. ¿Será usted uno de ellos?

—¡A sus órdenes, y orgulloso del honor que me hace! Para el otro, debe de tener usted en Belzingen algún amigo que no se negará a hacerle ese favor.

—Prefiero dirigirme al señor de Laurantay, que, estoy seguro, no me lo negará.

—¡No, por cierto!

—Lo que hay que evitar sobre todo es que mi madre, Marthe y su hermana, Natalis, se enteren. Es inútil añadir nuevas inquietudes a las que ya las abruman bastante.

—Su madre e Irma van a volver pronto, señor Jean, y puesto que ya no saldrán de casa hasta mañana, es imposible que se enteren...

—Cuento con ello, Natalis, y como no tenemos tiempo que perder, vamos a casa del señor de Laurantay.

—Vamos, señor Jean. Su honor no podría estar en mejores manos.

Precisamente, la señora Keller e Irma, acompañadas de la señorita de Luranay, volvían en el momento en que íbamos a salir. El señor Jean le dijo a su madre que una gestión nos retendría fuera cosa de una hora, que se trataba de zanjar el asunto de los caballos necesarios para el viaje, y que le rogaba que acompañase de vuelta a la señorita Marthe, en caso de que tardásemos en regresar.

Ni la señora Keller ni mi hermana sospechaban nada. Sin embargo, la señorita de Luranay había lanzado una mirada inquieta a Jean Keller.

Diez minutos después llegábamos a casa del señor de Luranay. Estaba solo. Podíamos hablar con toda libertad.

El señor Jean lo puso al corriente. Le mostró la carta del teniente von Grawert. El señor de Luranay se estremeció de indignación al leerla. ¡No! ¡Jean no debía partir bajo el peso de semejante insulto! Podía contar con él.

El señor de Luranay quiso entonces volver a casa de la señora Keller, para recoger allí a su nieta.

Salimos los tres. Al bajar de nuevo por la calle, el agente de Kalkreuth se cruzó con nosotros. Me lanzó una mirada que me pareció singular. Y como venía del lado de la casa de los Keller, tuve como un presentimiento de que el bribón se alegraba de haber hecho alguna mala jugada.

La señora Keller, la señorita Marthe y mi hermana estaban en la salita de abajo. Me parecieron turbadas. ¿Sabían, pues, algo?

—Jean —dijo la señora Keller—, ¿es una carta que el agente de Kalkreuth acaba de traer para ti!

Aquella carta llevaba el sello de la administración militar.

Esto es lo que contenía:

«Todos los jóvenes de origen prusiano, hasta los veinticinco años, quedan llamados al servicio. El llamado Jean Keller queda incorporado al regimiento de Leib, de guarnición en Belzingen. Deberá haberse incorporado mañana, 1 de julio, antes de las once de la mañana.»

CAPÍTULO XII

¡Qué golpe! ¡Una medida general de incorporación tomada por el gobierno prusiano! ¡Jean Keller, que no llegaba a los veinticinco años, alcanzado por aquella leva! ¡Él, obligado a partir, a marchar con los enemigos de Francia! ¡Y ningún medio de sustraerse a aquella obligación!

Además, ¿no habría faltado a su deber? ¿Era prusiano? ¿Pensar en desertar?... ¡No! ¡Eso no podía ser!... ¡Eso no podía ser!

Y, para colmo de desdicha, el señor Jean iba a servir precisamente en aquel regimiento de Leib, mandado por el coronel von Grawert, ¡el padre del teniente Frantz, su rival, ahora su superior!

¿Qué más habría podido hacer la mala suerte para abrumar a la familia Keller, y con ella a todos los que le éramos tan allegados?

En verdad, era una suerte que la boda se hubiera aplazado. ¡Figuraos al señor Jean, casado la víspera, obligado a incorporarse a su regimiento para batirse contra los compatriotas de su mujer!

Todos, abatidos, habíamos quedado en silencio. Las lágrimas corrían de los ojos de la señorita Marthe y de mi hermana Irma. La señora Keller no lloraba. No habría podido. Su inmovilidad era la de una muerta. El señor Jean, con los brazos cruzados, miraba a su alrededor, sobreponiéndose a la suerte. Yo estaba fuera de mí. ¿Es que la gente que tanto mal nos hacía no lo pagaría un día u otro?

Entonces el señor Jean dijo:

— Amigos míos, ¡que no cambie nada en sus planes! Debían partir mañana para Francia: partan. No se queden ni una hora más en este país. Mi ma-

dre y yo contábamos con retirarnos a algún rincón, fuera de Alemania... Ya no es posible ahora. Natalis, se llevará usted a su hermana...

—¡Jean, me quedaré en Belzingen!... —respondió Irma—. ¡No dejaré a su madre!

—No puede usted...

—¡Nosotras también nos quedaremos! —exclamó la señorita Marthe.

—¡No! —dijo la señora Keller, que acababa de incorporarse—, ¡márchense todos! Que me quede yo, bueno. ¡Yo no tengo nada que temer de los prusianos!... ¡Pero si soy alemana!

Y se dirigió hacia la puerta, como si su contacto hubiera debido repugnarnos.

—¡Madre!... —exclamó el señor Jean, precipitándose hacia ella.

—¿Y qué quieres, hijo mío?

—Quiero... —respondió Jean—, ¡quiero que tú también te vayas! ¡Quiero que las sigas a Francia, a tu país! ¡Yo soy soldado! ¡Mi regimiento puede ser trasladado de un día para otro!... Tú te quedarías aquí sola, completamente sola, y eso no puede ser...

—¡Me quedaré, hijo mío!... Me quedaré, ya que tú no puedes acompañarme...

—¿Y cuando yo salga de Belzingen?... —insistió el señor Jean, que había asido el brazo de su madre.

—¡Te seguiré, Jean!...

Aquella respuesta fue dada en un tono tan resuelto que el señor Jean guardó silencio. No era el momento de discutir con la señora Keller. Más tarde, al día siguiente, hablaría con ella, la haría volver a una apreciación más justa de la situación. ¿Podía una mujer acompañar a un ejército en marcha? ¿A qué peligros no estaría expuesta? Lo repito, no convenía contradecirla en aquel momento. Ella reflexionaría, se dejaría persuadir.

Luego, bajo el peso de una emoción violenta, nos separamos.

La señora Keller ni siquiera había abrazado a la señorita Marthe, ¡a la que, una hora antes, llamaba su hija!

Regresé a mi cuartito. No me acosté. ¿Habría podido dormir? Ni siquiera pensaba en nuestra partida. Y, sin embargo, era preciso que se efectuara en la fecha convenida. Solo pensaba en Jean Keller, incorporado a aquel regimiento, ¡y quizá a las órdenes del teniente Frantz! Escenas de violencia se presentaban a mi mente. ¿Cómo podría el señor Jean soportarlas de parte de aquel oficial? ¡Sin embargo, tendría que soportarlas!... ¡Sería soldado!... ¡No tendría ya ni una palabra que decir, ni un gesto que hacer!... ¡La terrible disciplina prusiana pesaría sobre él!... ¡Era horrible!

—¿Soldado? No, todavía no lo es —me decía yo—. No lo será hasta mañana, cuando haya ocupado su puesto en la fila. Hasta entonces, ¡se pertenece a sí mismo!

Así es como llegaba a razonar —¡a desatinar, más bien! ¡Por mi cabeza pasaban flotas enteras de esas ideas! ¡Estaba enzarzado en desvariar sobre todas estas cosas!

—Sí —me repetía—, mañana, a las once, cuando se haya incorporado a su regimiento, ¡será soldado!... Hasta entonces, ¡tiene derecho a batirse con ese Frantz!... ¡Y lo matará!... ¡Tiene que matarlo, o, más tarde, el teniente tendrá demasiadas ocasiones de vengarse!...

¡Qué noche pasé! ¡No! ¡No le deseo otra igual ni a mi peor enemigo!

Hacia las tres, me había echado en la cama, vestido de pies a cabeza. Me levanté a las cinco y fui sin hacer ruido a colocarme junto a la puerta de la habitación del señor Jean.

Él también estaba levantado. Contuve entonces la respiración. Presté atención.

Me pareció oír que el señor Jean escribía. Sin duda, algunas últimas disposiciones para el caso de que aquel encuentro le fuera fatal. A veces daba dos o tres pasos, luego volvía a sentarse, y la pluma recomenzaba a rechinar sobre el papel. Ningún otro ruido en la casa.

No quise molestar al señor Jean; volví a mi habitación y, hacia las seis, bajé a la calle.

La noticia de la leva se había divulgado. Producía un efecto extraordinario. Aquella medida alcanzaba a casi todos los jóvenes de la ciudad, y, debo decirlo, por lo que pude observar, fue recibida con un descontento general.

Era duro, en suma, pues las familias no estaban preparadas en absoluto para ello. No se lo esperaban. En unas pocas horas había que partir, la mochila a la espalda y el fusil al hombro.

Me paseé de arriba abajo delante de la casa. Se había convenido que el señor Jean y yo iríamos a buscar al señor de Luranay, hacia las ocho, para dirigirnos al lugar de la cita. Si el señor de Luranay hubiera venido a reunirse con nosotros, eso habría podido despertar alguna sospecha.

Esperé hasta las siete y media. El señor Jean todavía no había bajado.

Por su parte, la señora Keller no había aparecido en el salón de la planta baja.

En ese momento Irma vino a reunirse conmigo.

—¿Qué hace el señor Jean? —le pregunté.

—No lo he visto —me respondió—. Sin embargo, no debe de haber salido. Quizá harías bien en ir a mirar un poco...

—Es inútil, Irma, ¡lo he oído ir y venir por su habitación!

Y entonces hablamos, no del duelo —mi hermana debía de ignorarlo—, sino de la situación tan grave que aquella medida de incorporación acababa de crear a Jean Keller. Irma estaba desesperada, y separarse de su señora en tales circunstancias le partía el corazón.

Se oyó algo de ruido en el piso de arriba. Mi hermana entró en la casa y volvió a decirme que el señor Jean estaba junto a su madre.

Pensé que había querido abrazarla, como hacía cada mañana. En su idea, quizá era un último adiós, un último beso el que le daba.

Hacia las ocho, se oyó bajar la escalera. El señor Jean apareció en el umbral de la casa.

Irma acababa de marcharse.

El señor Jean se acercó a mí y me tendió la mano.

—Señor Jean —le dije—, ya son las ocho, y debemos ir...

Él no me hizo más que un gesto con la cabeza, como si le hubiera costado demasiado responder.

Era hora de ir a buscar al señor de Lauranay.

Subimos, pues, por la calle, y habríamos dado unos trescientos pasos cuando un soldado del regimiento de Leib se detuvo frente al señor Jean.

—¿Es usted Jean Keller? —dijo.

—¡Sí!

—Esto es para usted.

Y le presentó una carta.

El soldado presentaba una carta.

—¿Quién lo envía? —pregunté.

—El teniente von Melhis.

Era uno de los padrinos del teniente Frantz. Sentí un escalofrío. El señor Jean abrió la carta.

Esto es lo que leyó:

«A raíz de nuevas circunstancias, un duelo resulta ahora imposible entre el teniente Frantz von Grawert y el soldado Jean Keller.

»R.-G. von Melhis.»

¡Se me revolvió la sangre! ¡Un oficial no puede batirse con un soldado, de acuerdo! ¡Pero «soldado», Jean Keller no lo era todavía! ¡Se pertenecía a sí mismo por algunas horas más!

¡Voto a Dios! Me parece que un oficial francés no habría obrado de esa manera. Habría dado satisfacción al hombre a quien había ofendido, insultado mortalmente. Habría acudido al terreno...

Ahí lo dejo. ¡Diría demasiado! Y, sin embargo, pensándolo bien, ¿era posible aquel duelo?...

El señor Jean había roto la carta, la había arrojado con un gesto de desprecio, y de sus labios no escaparon más que estas palabras:

—¡El miserable!

Luego me hizo señas de que lo siguiera, y volvimos lentamente hacia la casa.

La cólera me ahogaba de tal modo que tuve que quedarme fuera. Incluso me alejé, sin saber hacia dónde me dirigía. Aquellas complicaciones que nos reservaba el porvenir me obsesionaban el cerebro. Lo único que recuerdo es que fui a avisar al señor de Luranay de que el duelo no tendría lugar.

Hay que creer que había perdido la noción del tiempo, pues me pareció que acababa de dejar al señor Jean cuando, hacia las diez, me encontré de nuevo delante de la casa de la señora Keller.

El señor y la señorita de Luranay se hallaban allí. El señor Jean se disponía a dejarlos.

Paso por alto la escena que siguió. No tendría la pluma necesaria para referir sus detalles. Me limitaré a decir que la señora Keller se empeñó en mostrarse muy enérgica, sin querer dar a su hijo el ejemplo de la flaqueza. Por su parte, el señor Jean fue lo bastante dueño de sí mismo como para no abandonarse en presencia de su madre y de la señorita de Luranay.

En el momento de separarse, la señorita Marthe y él se arrojaron una última vez en brazos de la señora Keller... Luego la puerta de la casa se cerró.

¡El señor Jean se había marchado!... ¡Soldado prusiano!... ¡Nos sería dado alguna vez volver a verlo!

Aquella misma noche, el regimiento de Leib recibía la orden de dirigirse a Borna, pequeña aldea situada a algunas leguas de Belzingen, casi en la frontera del distrito de Potsdam.

Diré ahora que, a pesar de todas las razones que pudo hacer valer el señor de Luranay, a pesar de nuestras más vivas instancias, la señora Keller persistió en su idea de seguir a su hijo. El regimiento iba a Borna: ella iría a Borna. En este punto, el señor Jean no había podido obtener nada de ella.

En cuanto a nosotros, nuestra partida debía efectuarse al día siguiente. ¡Qué escena tan desgarradora me esperaba, cuando mi hermana dijera un último adiós a la señora Keller! Irma habría querido quedarse, acompañar a su señora dondequiera que esta quisiera ir... Y yo... ¡no habría tenido fuerzas para llevármela a la fuerza!... La señora Keller se negó... Mi hermana tuvo que someterse.

Por la tarde, nuestros preparativos estaban terminados, cuando todo volvió a ponerse en tela de juicio.

Hacia las cinco, el señor de Lauranay recibió la visita de Kalkreuth en persona.

El director de policía le notificó que, siendo conocidos sus proyectos de partida, se veía en la necesidad de darle orden de suspenderlos, al menos por el momento. Había que esperar las medidas que el gobierno tuviera a bien tomar respecto de los franceses residentes en Prusia. Hasta entonces, Kalkreuth no podría expedir pasaportes, sin los cuales todo viaje resultaba imposible.

En cuanto al tal Natalis Delpierre, ¡aquello fue otro cantar! ¡A mí me tocó, como se dice! Al parecer, el hermano de Irma había sido denunciado bajo la acusación de espionaje, y Kalkreuth, que por lo demás no deseaba otra cosa que considerarlo espía, se disponía a tratarlo en consecuencia. Después de todo, ¿quizá se había sabido que pertenecía al regimiento de Royal-Picardie? Para el éxito de los imperiales, importaba sin duda que hubiera un soldado menos en el ejército francés. ¡En tiempo de guerra, nunca se disminuyen bastante las fuerzas del enemigo!

Así, aquel día me vi detenido, a pesar de las súplicas de mi hermana y de la señora Keller, y luego llevado etapa tras etapa hasta Potsdam, y finalmente encerrado en la ciudadela.

¡Qué rabia sentí, no hace falta decirlo! ¡Separado de todos aquellos a quienes quería! ¡No poder escapar para regresar a mi puesto, en la frontera, en el momento en que iban a estallar los primeros disparos!...

Para qué extenderme en esto. Observaré simplemente que ni siquiera me interrogaron, que me pusieron incomunicado, que no pude comunicarme con nadie, que durante seis semanas no tuve ninguna noticia del exterior. Pero el relato de mi cautiverio me llevaría demasiado lejos. Mis amigos de Grattepanche tendrán a bien esperar a que se lo cuente con todo detalle. Que se contenten, por el momento, con saber que el tiempo se me hizo largo, ¡y que las horas transcurrían lentas como el humo de mayo! Sin embargo, según parece, debía darme por dichoso de no ser llevado a juicio, pues «mi caso estaba claro», había dicho Kalkreuth. A ese paso, podía temer que darme prisionero hasta el final de la campaña.

No fue así, sin embargo. Mes y medio después, el 15 de agosto, el comandante de la ciudadela me devolvía la libertad, y me reconducían a Bel-

zingen, sin siquiera haber tenido la cortesía de decirme qué hechos habían motivado mi arresto.

Si me alegré de volver a ver a la señora Keller, a mi hermana, al señor y a la señorita de Luranay, que no habían podido salir de Belzingen, no insisto en ello. Como el regimiento de Leib todavía no había pasado de Borna, la señora Keller se había quedado en Belzingen. El señor Jean escribía de vez en cuando, todo lo que podía, sin duda. Y, pese a la reserva de sus cartas, se sentía todo lo horrible que había en su situación.

Sin embargo, si bien me habían devuelto la libertad, no me dejaban libre de quedarme en Prusia, cosa de la que no me quejé en absoluto, os lo aseguro.

En efecto, el gobierno había dictado un decreto para expulsar a los franceses del territorio. En lo que a nosotros respecta, teníamos veinticuatro horas para salir de Belzingen, y veinte días para salir de Alemania.

Quince días antes acababa de aparecer el manifiesto de Brunswick, que amenazaba a Francia con la invasión de los coaligados.

CAPÍTULO XIII

No había un día que perder. Teníamos que recorrer unas ciento cincuenta leguas antes de alcanzar la frontera de Francia, — ciento cincuenta leguas a través de un país enemigo, por caminos atestados de regimientos en marcha, jinetes e infantes, sin contar todos esos rezagados que siguen a un ejército en campaña. Aunque nos habíamos asegurado medios de transporte, podía ocurrir que nos faltasen por el camino. Si nos faltaban, nos veríamos obligados a ir a pie. En todo caso, había que contar con las fatigas de un trayecto tan largo. ¿Estábamos seguros de encontrar posadas, jornada tras jornada, donde comer o descansar? No, evidentemente. Solo, acostumbrado a las privaciones, a las largas caminatas, habituado a dejar sin aliento a los andarines más vigorosos, no me hubiera costado ningún trabajo apañármelas. Pero, con el señor de Lauranay, un anciano de setenta años, y dos mujeres, la señorita Marthe y mi hermana, no había que pedir lo imposible.

En fin, yo haría todo lo posible por devolverlos sanos y salvos a Francia, y sabía que cada cual pondría de su parte.

Así pues, ya lo he dicho, no nos sobraba el tiempo. Además, la policía iba a pisarnos los talones. Veinticuatro horas para salir de Belzingen, veinte días para evacuar el territorio alemán: eso debía bastar si no nos detenían por el camino. Los pasaportes que Kalkreuth nos entregó esa misma noche solo serían válidos por ese plazo. Vencido el plazo, podían detenernos y retenernos hasta el final de la guerra. En cuanto a esos pasaportes, imponían un itinerario del que nos estaba prohibido apartarnos, y había que hacerlos visar en las ciudades o pueblos señalados como etapas.

Por lo demás, era probable que los acontecimientos se precipitasen con extrema rapidez. ¿Acaso en ese mismo instante se cruzaban ya la metralla y

las balas de cañón en la frontera?

Al manifiesto del duque de Brunswick, la nación, por boca de sus diputados, había respondido como convenía, y el presidente de la Asamblea Legislativa acababa de lanzar a Francia estas palabras retumbantes:

«¡La patria está en peligro!»

El 16 de agosto, desde las primeras horas de la mañana, estábamos listos para partir. Todos los asuntos estaban arreglados. La casa del señor de Laurantay quedaría al cuidado de un viejo criado, de origen suizo, a su servicio desde hacía muchos años, y con cuya lealtad podía contar. Aquel buen hombre pondría todo su empeño en hacer respetar la propiedad de su amo.

En cuanto a la casa de la señora Keller, mientras no encontrase comprador, seguiría habitada por la criada, que era de nacionalidad prusiana.

Esa misma mañana supimos que el regimiento de Leib acababa de dejar Borna, con dirección a Magdeburgo.

El señor de Laurantay, la señorita Marthe, mi hermana y yo hicimos un último intento por decidir a la señora Keller a seguirnos.

—No, amigos míos, no insistáis —respondió ella—. Hoy mismo tomaré el camino de Magdeburgo. Tengo el presentimiento de alguna gran desgracia, y quiero estar allí.

Comprendimos que todos nuestros esfuerzos serían vanos, que era chocar contra una determinación de la que la señora Keller no se apartaría. No nos quedaba más que despedirnos, después de indicarle las ciudades o pueblos por los que la policía nos obligaba a pasar.

He aquí en qué condiciones iba a efectuarse nuestro viaje.

El señor de Laurantay poseía una vieja berlina de posta, de la que ya no se servía. Esa berlina me había parecido apropiada para ese recorrido de ciento cincuenta leguas que debíamos franquear. En tiempos normales, es fácil viajar con los caballos de las postas establecidas en los caminos de la Confederación. Pero, a consecuencia de la guerra, como se requisaba por todas partes para el servicio del ejército, el transporte de municiones y de víveres, hubiera sido imprudente contar con postas regularmente abastecidas.

Así pues, para evitar ese inconveniente, habíamos decidido proceder de otro modo. El señor de Luranay me encargó procurarme dos buenos caballos, sin reparar en el precio. Como entendía del oficio, salí airoso de esa compra. Encontré dos animales quizá algo pesados, pero con mucho fondo. Luego, pensando que también habría que prescindir de postillones, me ofrecí para desempeñar ese oficio, lo que naturalmente fue aceptado. ¡Y no era a un jinete del Royal-Picardie a quien había que dar lecciones para conducir un tiro!

El 15 de agosto, a las ocho de la mañana, todo estaba listo. Solo me quedaba subir al pescante. En cuanto a armas, poseíamos un par de buenas pistolas de arzón, con las que se podría mantener a raya a los merodeadores; en cuanto a provisiones, en nuestros baúles había lo suficiente para los primeros días. Se había convenido que el señor de Luranay y su nieta ocuparían el fondo de la berlina, mientras que mi hermana se sentaría delante, frente a la joven. Yo, vestido con buena ropa y, además, provisto de un grueso blusón de carretero, podría desafiar el mal tiempo.

Se hicieron las últimas despedidas. Abrazamos a la señora Keller, con ese triste presentimiento que nos oprimía el corazón: ¿Volveríamos a vernos alguna vez?

El tiempo era bastante bueno, pero el calor sería probablemente muy fuerte hacia el mediodía. Por eso era ese el momento que pensaba elegir, entre las doce y las dos, para dejar descansar a mis caballos: descanso indispensable, si se quería que pudiesen rendir buenas jornadas.

Por fin habíamos partido, y, silbando para animar mi tiro, rasgaba el aire con los chasquidos de mi látigo.

Más allá de Belzingen, pasamos sin sufrir demasiado la aglomeración de los caminos, ocupados por el ejército en marcha hacia Coblenza.

No hay más que unas dos leguas de Belzingen a Borna, y llegamos, pues, en una hora a esa pequeña localidad.

Allí había estado de guarnición el regimiento de Leib durante algunas semanas. De allí había sido dirigido hacia Magdeburgo, donde la señora Keller iba a reunirse con él.

La señorita Marthe sintió una viva emoción al atravesar las calles de Borna. Se representaba al señor Jean, a las órdenes del teniente Frantz, siguien-

do ese mismo camino que nuestro itinerario nos obligaba entonces a abandonar para tomar dirección sudoeste...

No me detuve en Borna, pues no pensaba hacerlo hasta cuatro leguas más allá, en la frontera que hoy delimita la provincia de Brandeburgo. Pero, en aquella época, según las antiguas divisiones del territorio alemán, eran los caminos de la Alta Sajonia los que íbamos a recorrer.

Sonaba mediodía cuando alcanzamos ese punto de la frontera. Algunos destacamentos de jinetes vivaqueaban allí. Una taberna aislada se abría junto al camino. Allí pude hacer dar el forraje a mis caballos.

Permanecimos allí tres largas horas. Durante esa primera jornada de viaje, me parecía prudente cuidar a nuestros animales, de modo que no comprometerlos agotándolos desde el principio.

En ese lugar hubo que hacer visar nuestros pasaportes. Nuestra condición de franceses nos valió algunas miradas de reojo. ¡Poco importaba! Estábamos en regla. Por lo demás, puesto que se nos expulsaba de Alemania, puesto que teníamos la orden de desalojar el territorio en un plazo determinado, era lo menos que se podía pedir que no nos detuvieran por el camino.

Nuestro propósito era pasar la noche en Zerbst. Salvo en circunstancias excepcionales, se había decidido, en principio, viajar solo de día. Los caminos no parecían lo bastante seguros para aventurarse en medio de la oscuridad. Demasiados bribones recorrían el país. No convenía exponerse a algún mal encuentro.

Añadiré que, en esas comarcas cercanas al norte, la noche es corta en el mes de agosto. El sol sale antes de las tres de la madrugada y no se pone antes de las nueve de la noche. La parada no sería, pues, más que de unas horas, justo el tiempo de hacer descansar a bestias y gente. Cuando fuese necesario dar un buen tirón, se daría.

Desde la frontera, donde la berlina se había detenido hacia mediodía, hasta Zerbst hay de siete a ocho leguas, no más. Podíamos, pues, cubrir esa etapa entre las tres de la tarde y las ocho de la noche.

Sin embargo, bien vi que habría que contar más de una vez con los obstáculos y los retrasos.

Ese día, en el camino, tuvimos que vérnoslas con una especie de requisador de caballos, un tipo alto y seco, flaco como un Viernes Santo, fanfarrón como un tratante de ganado, que quería a toda costa requisar nuestro tiro. Era, decía, para el servicio del Estado. ¡Menudo pícaro! Me imagino que el Estado era él, como dijo Luis XIV, y que requisaba por su cuenta.

¡Pero un momento! por mucho que le pesara, tuvo que respetar nuestros pasaportes y la firma del director de policía. Perdimos, sin embargo, una larga hora peleando con ese bribón. Por fin, la berlina volvió al trote para recuperar el tiempo perdido.

Nos encontrábamos entonces en el territorio que después formaría el principado de Anhalt. Los caminos estaban allí menos atestados, porque el grueso del ejército prusiano se dirigía más al norte, hacia Magdeburgo.

No tuvimos ninguna dificultad para llegar a Zerbst, una especie de villorio de escasa importancia, casi desprovisto de recursos, adonde llegamos hacia las nueve de la noche. Se notaba que los merodeadores habían pasado por allí, y no se privaban de vivir a costa del país. Por poco exigente que se sea, no es pedir demasiado pretender un albergue para pasar la noche. Pues bien, ese albergue, en medio de aquellas casas cerradas por prudencia, nos costó bastante conseguirlo. Llegué a pensar que tendríamos que quedarnos hasta el amanecer dentro de la berlina. A nosotros, eso aún podía pasar, ¿pero a nuestros caballos? ¿Acaso no necesitaban forraje y cama? Pensaba en ellos ante todo, y me estremecía al pensar que podrían faltarnos por el camino.

Propuse, pues, continuar para alcanzar otro punto de parada, Acken, por ejemplo, a tres leguas y media de Zerbst, hacia el sudoeste. Podíamos llegar allí antes de medianoche, aunque no volviésemos a partir hasta las diez de la mañana siguiente, a fin de no quitarle nada al descanso del tiro.

Sin embargo, el señor de Laurantay me hizo observar entonces que tendríamos que cruzar el Elba, que el paso se efectuaba por medio de una barcaza, y que era mejor efectuar ese paso de día.

El señor de Laurantay no se equivocaba. Íbamos a encontrarnos con el Elba antes de atravesar Acken. Allí podían surgir algunas dificultades.

Debo mencionar esto, para no olvidarlo: el señor de Laurantay conocía muy bien el territorio alemán desde Belzingen hasta la frontera francesa.

Durante varios años, en vida de su hijo, había recorrido ese camino en todas las estaciones, y se orientaba con facilidad consultando su mapa. Yo, en cambio, no lo recorría más que por segunda vez. El señor de Lauranay debía ser, pues, un guía muy seguro, y no era sino prudente confiarse a él.

Por fin, a fuerza de buscar por Zerbst, la bolsa en la mano, acabé por encontrar, para nuestros caballos, cuadra y forraje, y para nosotros, alojamiento y comida. Otro tanto ahorrado de las reservas de la berlina. Así, la noche transcurrió mejor de lo que habíamos esperado en aquel villorrio de Zerbst.

CAPÍTULO XIV

Poco antes de llegar a Zerbst, nuestra berlina había rodado por ese territorio que forma el principado de Anhalt y sus tres ducados. Al día siguiente debíamos atravesarlo de norte a sur, para llegar a la pequeña ciudad de Acken, lo que nos devolvería al territorio de Sajonia y al distrito actual de Magdeburgo. Luego, Anhalt reaparecería otra vez, cuando tomásemos dirección hacia Bernsburgo, capital del ducado de ese nombre. Desde allí volveríamos por tercera vez a Sajonia, a través del distrito de Merseburgo. Así era, en aquel tiempo, la confederación germánica, con sus varios centenares de pequeños Estados o enclaves, ¡que el Ogro de Pulgarcito hubiera podido salvar de una sola zancada!

Bien puede suponerse que digo estas cosas según el señor de Lauranay. Él me enseñaba su mapa, y, con el dedo, me indicaba la disposición de las provincias, la situación de las principales ciudades, la dirección de los cursos de agua. No era en el regimiento donde yo hubiera podido seguir un curso de geografía. ¡Y eso si hubiera sabido leer!

¡Ah, mi pobre alfabeto, bruscamente interrumpido, en el momento en que empezaba a juntar vocales y consonantes! ¡Y mi buen maestro, el señor Jean, ahora con la mochila a la espalda, arrastrado en esa leva junto con toda la juventud de las escuelas y del comercio!

En fin, no nos detengamos en estas cosas, y sigamos nuestro camino.

Desde la noche anterior, el tiempo era caluroso, tormentoso, apagado, con pequeños retazos de azul entre las nubes, pero, como se dice, apenas lo justo para hacer los calzones de un gendarme. Ese día apreté a mis caballos, pues importaba llegar antes de la noche a Bernsburgo, una etapa de una do-

cena de leguas. No era imposible, siempre que el cielo no se echase a perder, y sobre todo que no se presentase ningún obstáculo.

Pero precisamente el Elba nos cortaba el camino, y temía verme detenido allí más de lo conveniente.

Salidos de Zerbst a las seis de la mañana, habíamos llegado, dos horas después, a la orilla derecha del Elba, un río bastante hermoso, ya ancho, encajonado entre altas riberas, erizadas de miles y miles de cañaverales.

Por fortuna, la suerte nos favoreció. La barcaza para carruajes y viajeros se hallaba en la orilla derecha, y, como el señor de Luranay no escatimó florines ni kreutzers, el barquero no nos hizo esperar demasiado. En un cuarto de hora, la berlina y los caballos quedaron embarcados.

La travesía se efectuó sin incidentes. Si así fuera con los demás cursos de agua, no habría de qué quejarse.

Nos encontrábamos entonces en la pequeña ciudad de Acken, que la berlina atravesó sin detenerse para tomar dirección hacia Bernsburgo.

Yo marchaba lo mejor que podía. Ya se supone que los caminos no eran lo que son hoy. Cintas apenas trazadas sobre un suelo desigual, hechas más bien por la rueda de los carruajes que por la mano del hombre. En la estación de las lluvias debían de ser impracticables, y, aun en verano, dejaban bastante que desear. Pero no había que ser un santo exigente.

Anduvimos toda la mañana sin contratiempos. Sin embargo, hacia mediodía —por fortuna durante nuestra parada— nos vimos sobrepasados por un regimiento de pandures en marcha. Era la primera vez que yo veía a esos jinetes austríacos, una especie de bárbaros. Iban a todo galope. Se levantó hacia el cielo una enorme nube de polvo, y en ese torbellino relucían los reflejos rojos de los capotes y la mancha negruzca del gorro de piel de corde-ro de aquellos salvajes.

Bien nos vino haber estado apartados al costado del camino, al resguardo de la linde de un pequeño bosque de abedules, donde había guarecido el carruaje. No nos vieron. Con semejantes energúmenos, apenas se sabe qué hubiera pasado. Nuestros caballos podrían haberles convenido a esos pandures, y nuestra berlina a sus oficiales. Sin duda, de haber estado en el camino, no hubieran esperado a que les hiciésemos sitio: nos habrían arrollado.

Hacia las cuatro de la tarde, señalé al señor de Luranay un punto bastante elevado, que dominaba la llanura a una buena legua en dirección oeste.

—Debe de ser el castillo fuerte de Bernsburgo —me respondió.

En efecto, ese castillo, situado en lo alto de una colina, se deja ver desde bastante lejos.

Apreté a los caballos. Media hora después, atravesamos Bernsburgo, donde se verificaron nuestros papeles. Luego, muy fatigados por aquella jornada tormentosa, tras cruzar en una barcaza el río Saale, que aún debíamos volver a cruzar otra vez, entramos en Altleben hacia las diez de la noche. La noche fue buena. Nos alojamos en un hotel bastante decente, donde no había oficiales prusianos —lo que garantizaba nuestra tranquilidad—, y volvimos a partir al día siguiente a las diez en punto.

No me detendré a dar detalles sobre las ciudades, villorrios y pueblos. Veíamos poca cosa de ellos, pues no viajábamos por placer, sino como gente a la que expulsan de un país que, por lo demás, abandonaba sin pesar.

Lo importante, en aquellas diversas localidades, era que no nos ocurriese nada desagradable, y que pudiésemos pasar libremente de una a otra.

Aquella jornada del 18, a mediodía, estábamos en Hettstadt. Habíamos tenido que cruzar el Wipper, al que en el regimiento no hubieran dejado de llamar la Víbora, no lejos de una explotación de minas de cobre. Hacia las tres, la berlina llegaba a Leimbach, en la confluencia del Wipper y el Thalbach —otro nombre gracioso para los bromistas del Royal-Picardie. Tras rebasar Mansfeld, dominado por una alta colina que un rayo de sol acariciaba en medio de la lluvia, y luego Sangerhausen, sobre el Gena, nuestro tiro rodó a través de un país rico en minas, con las crestas del Harz en el horizonte, y, al declinar el día, alcanzó Artern, edificada sobre el Unstrut.

La jornada había sido verdaderamente agotadora: cerca de quince leguas, cortadas por una sola parada. Hice, pues, cuidar bien a mis caballos, buena comida al llegar, buena cama para la noche. Eso sí, costaba caro. Pero el señor de Luranay no reparaba en unos cuantos kreutzers de más, y tenía razón. Cuando los caballos no tienen mal las patas, los viajeros no corren el riesgo de tener mal las piernas.

Al día siguiente, no partimos hasta las ocho, tras tener algunas dificultades con el posadero. Bien sé que nada se consigue por nada. Pero doy al

dueño del hotel de Artern por uno de los más feroces desolladores del imperio germánico.

Durante aquella jornada, el tiempo fue detestable. Estalló una fuerte tormenta. Los relámpagos nos cegaban. Violentos truenos asustaban a nuestros animales, empapados bajo una lluvia torrencial, una de esas lluvias que en nuestra tierra llamamos «lluvia de curas».

Al día siguiente, 19 de agosto, el tiempo tenía mejor aspecto. El campo estaba bañado de rocío bajo el soplo del aura, que es la brisa que precede a la mañana. Sin lluvia. Un cielo siempre tormentoso, un calor agobiante. El terreno era accidentado. Mis caballos se fatigaban. Pronto, lo preveía, me vería obligado a darles veinticuatro horas de descanso. Pero antes esperaba que hubiésemos podido llegar a Gotha.

El camino atravesaba entonces terrenos bastante bien cultivados que se extienden hasta Heldmungen, sobre el Schmuke, donde la berlina hizo un alto.

En suma, no habíamos sufrido demasiado en los cuatro días que llevábamos desde que salimos de Belzingen. Y pensaba:

«¡Si hubiéramos podido viajar todos juntos, cómo nos hubiéramos apretado en el fondo del coche para hacerle sitio a la señora Keller y a su hijo! ¡En fin!»

Nuestro itinerario atravesaba entonces esa comarca que forma el distrito de Erfurt, uno de los tres distritos de la provincia de Sajonia. Los caminos, bastante bien trazados, nos permitieron avanzar deprisa. Sin duda hubiera lanzado a mis caballos a más velocidad, de no ser por una avería de rueda que no pudo repararse en Weissensee. Se reparó en Tennstedt, por obra de un carretero poco hábil. Eso no dejó de inquietarme para el resto del viaje.

Si la etapa fue dura aquel día, nos sostenía la esperanza de llegar esa misma noche a Gotha. Allí descansaríamos, a condición de encontrar un alojamiento decente.

No por mí, ¡gran Dios! Hecho de cal y arena, yo podía soportar pruebas mucho peores. Pero el señor de Lauranay y su nieta, aunque no se quejaban, me parecían ya muy fatigados. Mi hermana Irma se las arreglaba mejor. ¡Y además, toda nuestra pequeña compañía estaba tan triste!

De cinco a nueve de la tarde, cubrimos unas ocho leguas, tras pasar el Schambach y dejar el territorio de Sajonia por el de Sajonia-Coburgo. Por fin, a las once, la berlina se detenía en Gotha. Habíamos formado el proyecto de detenernos allí veinticuatro horas. Nuestros pobres animales bien se habían ganado un descanso de una noche y un día. Decididamente, al elegirlos, había tenido buena mano. No hay nada como entender del oficio y no reparar en el precio.

He dicho que no llegamos a Gotha hasta las once de la noche. Unos trámites en las puertas de la ciudad nos habían causado algunos retrasos. Ciertamente, de no tener los papeles en regla, nos habrían retenido. Agentes civiles, agentes militares, todos desplegaban un rigor excesivo. Fue una suerte que el gobierno prusiano, al pronunciar nuestra expulsión, nos hubiese procurado los medios de obedecerle. De ahí concluí que, si hubiéramos llevado adelante nuestro primer plan de partir antes del alistamiento del señor Jean, Kalkreuth no nos habría concedido pasaportes, y jamás habríamos podido alcanzar la frontera. Había, pues, que dar gracias primero a Dios, y luego a Su Majestad Federico Guillermo, por habernos facilitado el viaje. Con todo, no sirve de nada ir a la Cruz antes de tiempo. Es uno de nuestros refranes picardos, y bien vale otros.

Hay buenos hoteles en Gotha. Encontré fácilmente en las *Armas de Prusia* cuatro habitaciones muy aceptables, y una cuadra para los dos caballos. Pese al disgusto que me causaba ese retraso, comprendía bien que había que resignarse. Por fortuna, de los veinte días de viaje que se nos concedían, no habíamos gastado más que cuatro, y casi un tercio del trayecto estaba hecho. Así pues, manteniendo ese paso, debíamos llegar a la frontera de Francia dentro de los plazos previstos. Solo pedía una cosa: que el regimiento de Royal-Picardie no disparase sus primeros tiros antes de los últimos días del mes.

Al día siguiente, hacia las ocho, bajé al salón del hotel, donde mi hermana vino a reunirse conmigo.

—¿El señor de Lauranay y la señorita Marthe?... —le pregunté.

—Todavía no han salido de sus habitaciones —me respondió Irma—, y hay que dejarlos allí hasta el almuerzo...

—De acuerdo, Irma. ¿Y tú, adónde vas?

— A ninguna parte, Natalis. Pero, por la tarde, iré a hacer algunas compras y a renovar nuestras provisiones. ¿Quieres acompañarme?...

— Con mucho gusto. Estaré listo. Mientras tanto, voy a callejear un poco.

Y henme aquí partido a la aventura.

¿Qué os diré de Gotha? No vi gran cosa de ella. Había muchas tropas, infantería, artillería, caballería, carros de bagajes. Se oían toques de corneta. Se veía relevar los puestos. Al pensar que todos aquellos soldados marchaban contra Francia, se me encogía el corazón. ¡Qué dolor pensar que el suelo de la patria sería quizá invadido por esos extranjeros! ¡Cuántos de nuestros camaradas sucumbirían al querer defenderlo! ¡Sí! ¡Tenía que estar con ellos para combatir en mi puesto! Porque el sargento de caballería Delpierre no era de esos platos de estaño que no van al fuego.

Volviendo a Gotha, atravesé algunos barrios, distinguí algunas iglesias cuyos campanarios se alzaban entre la bruma. Decididamente, allí se encontraban demasiados soldados. Me daba la impresión de un enorme cuartel.

Regresé a las once, después de haber tenido la precaución de hacer visar nuestros pasaportes, como se nos ordenaba. El señor de Luranay estaba todavía en su habitación con la señorita Marthe. La pobre muchacha no tenía ánimo para salir, y eso se comprende.

¿Qué habría visto, en efecto? Nada más que cosas que le habrían recordado la situación del señor Jean. ¿Dónde estaba él entonces? ¿Habría podido la señora Keller reunirse con él, o al menos seguir a su regimiento etapa tras etapa? ¿Cómo viajaba aquella valerosa mujer? ¿Qué podría hacer ella si las desgracias que preveía llegaban a producirse? ¡Y el señor Jean, soldado prusiano, marchando contra un país que amaba, que hubiera sido feliz de tener el derecho de defender, por el cual hubiera derramado su sangre tan gustosamente!

Naturalmente, el almuerzo fue triste. El señor de Luranay había querido que se lo sirvieran en su habitación. En efecto, unos oficiales alemanes venían a comer a las *Armas de Prusia*, y convenía evitarlos.

Después del almuerzo, el señor de Luranay y su nieta se quedaron en el hotel con mi hermana. Yo fui a ver si a los caballos no les faltaba nada. El posadero me había acompañado a las cuadras. Bien vi que aquel buen hombre quería hacerme hablar más de la cuenta sobre el señor de Luranay, so-

bre nuestro viaje, en fin, sobre cosas que no le incumbían. Tenía que vérme-las con un charlatán, ¡pero qué charlatán!... A quien le cortó el frenillo no le robó los cinco sueldos. Así que me mantuve en guardia, y se quedó con las ganas.

A las tres salimos, mi hermana y yo, para terminar nuestras compras. Como Irma hablaba alemán, no podía verse en apuros ni en las calles ni en las tiendas. Sin embargo, se reconocía fácilmente que éramos franceses, y eso no era precisamente para procurarnos buena acogida.

Entre las tres y las cinco hicimos varios recados, y, en suma, sucedió que recorrí Gotha por sus principales barrios.

De lo que ocurría entonces en Francia, de los asuntos interiores y exteriores, hubiera querido tener algunas noticias. Así que le encargué a Irma que aguzara el oído a lo que se decía por las calles o en las tiendas. Incluso no vacilábamos en acercarnos a los grupos donde se conversaba con cierta animación, para escuchar las palabras que se cruzaban, aunque no fuese muy prudente de nuestra parte.

En realidad, lo que pudimos sorprender no era de naturaleza para satisfacer a unos franceses. Después de todo, más valía tener noticias, aunque fuesen malas, que estar sin ellas.

Vi también numerosos carteles pegados en los muros. La mayoría no anunciaban más que movimientos de tropas o pliegos de suministros para los ejércitos. Sin embargo, mi hermana se detenía a veces y leía sus primeras líneas.

Uno de esos carteles atrajo especialmente mi atención. Estaba escrito en grandes caracteres negros sobre papel amarillo. Todavía lo veo, pegado contra un cobertizo, en la esquina de la tienducha de un zapatero remendón.

— Anda —le dije a Irma—, mira este cartel. ¿No son cifras lo que hay al principio?...

Mi hermana se acercó a la tienducha y empezó a leer...

¡Qué grito se le escapó! Estábamos solos, por fortuna. Nadie la había oído.

Y esto era lo que decía aquel cartel:

«1000 florines de recompensa a quien entregue al soldado Jean Keller, de Belzingen, condenado a muerte por haber golpeado a un oficial del regimiento de Leib, de paso en Magdeburgo.»

CAPÍTULO XV

Cómo volvimos, mi hermana y yo, a la posada de las *Armas de Prusia*, y qué pudimos decirnos al volver, en vano lo he buscado en mi memoria. ¡Puede que no cambiásemos ni una sola palabra! Se habría podido notar la turbación en que estábamos, e incluso inquietarse por ello. No hacía falta más para ser llevados ante las autoridades. Nos habrían interrogado, quizá detenido, ¡si se hubiese descubierto qué lazos nos unían a la familia Keller!...

Por fin, habíamos vuelto a nuestro cuarto sin haber encontrado a nadie. Mi hermana y yo queríamos hablar antes de ver de nuevo al señor y la señora de Luranay, para ponernos de acuerdo sobre lo que convenía hacer.

Allí estábamos, mirándonos los dos, abatidos, sin atrevernos a hablar.

— ¡El desdichado!... ¡El desdichado!... ¿Qué ha hecho? —exclamó por fin mi hermana.

— ¿Que qué ha hecho? —respondí—. ¡Ha hecho lo que yo habría hecho en su lugar! ¡El señor Jean debió de ser maltratado, insultado por ese Frantz!... Lo habrá golpeado... ¡Tenía que ocurrir tarde o temprano!... ¡Sí! ¡Yo habría hecho lo mismo!

— ¡Mi pobre Jean!... ¡Mi pobre Jean!... —murmuraba mi hermana, mientras las lágrimas le corrían por los ojos.

— Irma —dije—, valor... ¡hace falta valor!

— ¡Condenado a muerte!...

— ¡Un momento! ¡Ha huido!... Ahora está fuera de su alcance, y, dondequiera que esté, siempre está mejor que en el regimiento de esos bribones

de Grawert, padre e hijo!

—¡Y esos mil florines que se prometen a quien lo entregue, Natalis!

—Esos mil florines todavía no están en el bolsillo de nadie, Irma, y es probable que nadie los toque jamás.

—¡Y cómo podrá escapar, mi pobre Jean! ¡Está en carteles en todas las ciudades, en todas las aldeas! ¡Cuántos pícaros no pedirán otra cosa que entregarlo! ¡Ni los mejores querrían recibirlo en su casa ni una hora!

—No te aflijas, Irma —respondí—. ¡No!... ¡Todavía no está todo perdido! Mientras los fusiles no estén apuntando al pecho de un hombre...

—¡Natalis!... ¡Natalis!...

—Y además, Irma, ¡los fusiles pueden fallar!... ¡Se ha visto!... ¡No te aflijas!... ¡El señor Jean ha podido huir y echarse al campo!... ¡Está vivo, y no es hombre que se deje atrapar!... ¡Se salvará!

Lo digo sinceramente: si hablaba así, no era solo por devolver un poco de esperanza a mi hermana. ¡No! Yo tenía confianza. Evidentemente, lo más difícil para el señor Jean, después del golpe, había sido darse a la fuga. Pues bien, lo había conseguido, y no parecía que fuera fácil atraparlo, puesto que los carteles prometían una recompensa de mil florines a quien lograra aprehenderlo. ¡No! No quería desesperar, aunque mi hermana no quisiera oír nada.

—¡Y la señora Keller! —dijo ella.

¡Sí! ¿Qué había sido de la señora Keller?... ¿Habría podido reunirse con su hijo?... ¿Sabía lo que había pasado?... ¿Acompañaba al señor Jean en su huida?

—¡Pobre mujer!... ¡Pobre madre!... —repetía mi hermana—. Como tuvo que reunirse con el regimiento en Magdeburgo, no puede ignorar nada. ¡Sabe que su hijo está condenado a muerte!... ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Qué parte de dolor le das!

—Irma —respondí—, te lo ruego, cálmate. ¡Si te oyeran! Ya lo sabes, la señora Keller es una mujer enérgica. ¡Quizá el señor Jean haya podido reunirse con ella!...

Puede que esto sorprenda, es posible, pero, lo repito, hablaba con toda sinceridad. No está en mi naturaleza abandonarme a la desesperación.

—¿Y Marthe?... —dijo mi hermana.

—Mi opinión es que hay que dejar que lo ignore todo —respondí—. Es lo mejor, Irma. Si hablásemos, correríamos el riesgo de hacerle perder el ánimo. El viaje aún es largo, y la señorita Marthe necesita toda su fuerza de espíritu. Si llegara a saber lo que ha pasado, que el señor Jean está condenado a muerte, que está huyendo, que han puesto precio a su cabeza, ¿no podría vivir!... Se negaría a seguirnos...

—Sí, tienes razón, Natalis. ¿Guardaremos este secreto también con el señor de Luranay?...

—También con él, Irma. Avisarle no serviría de nada. ¡Ah, si nos fuera posible ponernos en busca de la señora Keller y de su hijo!... ¡Sí! Deberíamos decírselo todo al señor de Luranay. Pero nuestro tiempo está contado. Tenemos prohibido quedarnos en este territorio. Pronto nos detendrían, y no veo en qué serviría eso al señor Jean... Vamos, Irma, hay que resignarse. Sobre todo, ¡que la señorita Marthe no note que has llorado!

—Y si sale, Natalis, ¿no podría leer ese cartel y enterarse así?...

—Irma —respondí—, no es probable que el señor y la señorita de Luranay salgan de la posada esta noche, ya que no han salido en todo el día. Además, con la noche encima, sería muy difícil leer un cartel. Así que no tenemos por qué temer que se enteren... Conque cuídate, hermana, y sé fuerte.

—Lo seré, Natalis. Siento que tienes razón... ¡Sí!... Me contendré... No se verá nada por fuera, pero por dentro...

—Por dentro, llora, Irma, porque todo esto es bien triste; llora, pero calla... ¡Es la consigna!

Después de la cena, durante la cual charlé un poco a tontas y a locas para atraer la atención sobre mí y ayudar así a mi hermana, el señor y la señorita de Luranay se quedaron en su cuarto. Yo lo había previsto, y era lo mejor. Después de una visita a la cuadra, fui a reunirme con ellos y los animé a acostarse temprano. Deseaba partir hacia las cinco de la madrugada, pues teníamos que hacer una etapa, si no muy larga, sí muy fatigosa, a través de un país montañoso.

Nos acostamos. Por mi parte, dormí bastante mal. Todos los sucesos volvían a pasar por mi cabeza. Aquella confianza que yo sentía cuando se trataba de levantar el ánimo de mi hermana parecía escapárseme ahora... Las cosas se torcían... Jean Keller estaba acosado, entregado... ¿No sucede siempre así, cuando se razona en duermela?

A las cinco estaba en pie. Desperté a toda mi gente y fui a que engancharan los caballos. Tenía prisa por salir de Gotha.

A las seis, ocupando cada uno su sitio en la berlina, arreé a mis caballos, que estaban bien descansados, y los hice andar deprisa durante un trecho de cinco leguas. Habíamos llegado a las primeras montañas de Turingia.

Allí las dificultades iban a ser grandes, y habría que proceder con cuidado.

No es que estas montañas sean muy altas. Evidentemente, no son ni los Pirineos ni los Alpes. Sin embargo, el terreno es duro para los tiros, y había que tomar tantas precauciones con el coche como con los caballos. En aquella época apenas había caminos trazados. Eran desfiladeros, a menudo muy estrechos, que había que seguir, no sin peligro, a través de gargantas boscosas o de espesos bosques de robles, abetos, abedules y alerces. De ahí tantas revueltas, senderos tortuosos por donde la berlina apenas pasaba entre lomas cortadas a pico y hondos precipicios, en cuyo fondo bramaban algunos torrentes.

De vez en cuando bajaba de mi asiento para llevar a nuestras bestias de la brida. El señor de Luranay, su nieta y mi hermana se apeaban para subir las cuestas más duras. Todos caminaban con valentía, sin quejarse, la señorita Marthe a pesar de su delicada constitución, el señor de Luranay a pesar de su edad. Por lo demás, era necesario detenerse a menudo para tomar aliento. ¡Cuánto me felicitaba de no haber dicho nada de lo referente al señor Jean! Si mi hermana se desesperaba pese a mis razonamientos, ¡qué habría sido la desesperación de la señorita Marthe y de su abuelo!...

Durante esta jornada del 21 de agosto no hicimos ni cinco leguas, en línea recta se entiende, pues el camino se alargaba en mil rodeos, y tales, que a veces nos parecía que desandábamos lo andado.

¿Quizá hubiera hecho falta un guía? Pero ¿de quién nos habríamos podido fiar? ¡Franceses a merced de un alemán, cuando la guerra estaba declara-

da!... ¡No! Más valía no contar más que con uno mismo para salir del paso.

Por lo demás, el señor de Luranay había atravesado tantas veces aquella Turingia que se orientaba sin demasiado apuro. Lo más difícil era guiarse en medio de los bosques. Lo lográbamos, sin embargo, guiándonos por el sol, que no podía engañarnos, pues él, al menos, no es de origen alemán.

La berlina se detuvo hacia las ocho de la noche, en la linde de un bosque de abedules, escalonado en las laderas de una alta loma de la cadena del Thüringer-Wald. Habría sido muy imprudente aventurarse allí de noche.

En aquel lugar no había posada, ni siquiera una cabaña de leñadores. Había que dormir en la berlina o bajo los primeros árboles del bosque.

Cenamos con las provisiones que llevábamos en los baúles. Yo había desenganchado los caballos. Como la hierba era abundante al pie de la loma, los dejé pacer en libertad, con intención de vigilarlos durante la noche.

Insté al señor de Luranay, a la señorita Marthe y a mi hermana a volver a ocupar sus sitios en la berlina, donde al menos podrían descansar al abrigo. Caía una llovizna fina, bastante helada, pues el país alcanzaba ya cierta altura.

El señor de Luranay se ofreció a pasar la noche conmigo. Me negué. Esas vigiliass ya no convienen a un hombre de su edad. Además, yo solo bastaría. Envuelto en mi cálido blusón de carretero, con la copa de los árboles sobre la cabeza, no había de qué compadecerme. Había visto cosas peores allá, en las praderas de América, donde el invierno es más crudo que en ningún otro clima, y no me preocupaba gran cosa pasar una noche al raso.

Por fin, todo salió a pedir de boca. Nuestra tranquilidad no se vio turbada en absoluto. En suma, la berlina valía tanto como cualquier cuarto de las posadas de la comarca. Con las portezuelas bien cerradas, no se sentía humedad. Con los abrigos de viaje, no se sentía frío. Y, de no ser por la inquietud sobre la suerte de los ausentes, allí se habría dormido a las mil maravillas.

Al amanecer, hacia las cuatro, el señor de Luranay salió de la berlina y vino a proponerme que le dejara vigilar en mi lugar, para que yo pudiera descansar una hora o dos. Temiendo desairarle si volvía a negarme, acepté,

y, con los puños sobre los ojos y la cabeza hundida en mi blusón, dormí a pierna suelta un buen rato.

A las seis y media estábamos todos en pie.

—¿Debe de estar cansado, señor Natalis? —me preguntó la señorita Marthe.

—¿Yo? —respondí—. He dormido como un lirón, mientras su abuelo vigilaba. ¡Vaya un hombre excelente!

—Natalis exagera un poco —respondió el señor de Laurantay sonriendo—, y, la próxima noche, me permitirá...

—No le permitiré nada, señor de Laurantay —repliqué alegremente—. Bonito sería que el amo velara hasta el día mientras el criado...

—¡Creado! —exclamó la señorita Marthe.

—¡Sí! Criado... ¡cochero!... ¡Vamos!... ¿No soy acaso cochero, y hábil cochero, si se me permite decirlo? Pongamos postillón, si lo prefiere, para no herir mi amor propio. No por eso dejo de ser su servidor...

—No... nuestro amigo —respondió la señorita Marthe, tendiéndome la mano—, ¡y el más entregado que Dios pudo darnos para llevarnos de vuelta a Francia!

¡Ah, buena señorita! ¡Qué no haría uno por gente que le dice esas cosas, y con tal acento de amistad! ¡Sí! ¡Ojalá lleguemos a la frontera! ¡Ojalá la señora Keller y su hijo consigan pasar al extranjero, en espera de reunirnos todos!

En cuanto a mí, si se presenta la ocasión de sacrificarme aún más por ellos... *¡Sufficit!*... y si hay que dar la vida en ello... *¡Amén!*, como dice el cura de mi pueblo.

A las siete estábamos en camino. Si esta jornada del 21 de agosto no ofrecía más obstáculos que la de ayer, antes de que anoheciera habríamos atravesado ya este país de Turingia.

En todo caso, empezó bien. Las primeras horas fueron duras, sin duda, porque el camino subía entre las lomas hasta el punto de que a veces hubo que dar un empujón a las ruedas. En suma, salimos del paso sin demasiada pena.

Hacia mediodía habíamos alcanzado lo más alto de un desfiladero que se llama el Gebauër, si la memoria no me falla, y que atraviesa la garganta más elevada de la cadena. Ya no quedaba más que bajar hacia el oeste. Sin lanzarnos a toda marcha —lo que no habría sido prudente—, avanzaríamos deprisa.

El tiempo no había dejado de ser tormentoso. Si bien la lluvia no caía desde la salida del sol, el cielo se había cubierto de esas nubes espesas que parecen enormes bombas. Basta un choque para que estallen. Entonces viene la tormenta, siempre temible en los países de montaña.

En efecto, hacia las seis de la tarde, se oyeron los retumbos del trueno. Estaban aún lejos, pero se acercaban con extremada rapidez.

La señorita Marthe, acurrucada en el fondo de la berlina, absorta en sus pensamientos, no parecía asustarse demasiado. Mi hermana cerraba los ojos y permanecía inmóvil.

—¿No sería mejor hacer un alto? —me dijo el señor de Luranay, asomándose por la portezuela.

—Es probable —respondí—, y me detendré con la condición de encontrar un lugar apropiado para pasar la noche. En esta pendiente apenas sería posible.

—¡Prudencia, Natalis!

—Esté tranquilo, señor de Luranay.

Aún no había terminado de responder cuando un inmenso relámpago envolvió la berlina y los caballos. El rayo acababa de caer sobre un enorme abedul a nuestra derecha. Por fortuna, el árbol se había desplomado hacia el lado del bosque.

Los caballos se habían desbocado violentamente. Sentí que ya no los dominaba. Bajaron el desfiladero a toda carrera, a pesar de los esfuerzos que hice por contenerlos. Ellos y yo estábamos cegados por los relámpagos, ensordecidos por los estampidos del rayo. Si aquellas bestias enloquecidas hacían un extravío, la berlina se precipitaría en los hondos barrancos que bordeaban el camino.

De pronto, las riendas se rompieron. Los caballos, más libres, se lanzaron con más furia todavía. Una catástrofe inevitable nos amenazaba.

De pronto se produjo un choque. La berlina acababa de golpear contra el tronco de un árbol atravesado en el desfiladero. Los tirantes se rompieron. Los caballos saltaron por encima del árbol. En aquel lugar, el desfiladero formaba un recodo brusco, más allá del cual las desdichadas bestias desaparecieron en el abismo.

La berlina se había roto con el choque, rotas las ruedas delanteras, pero no había volcado. El señor de Luranay, la señorita Marthe y mi hermana salieron de ella sin heridas. Yo, aunque había sido arrojado desde lo alto del pescante, estaba al menos sano y salvo.

¡Qué accidente tan irreparable! ¡Qué iba a ser de nosotros ahora, sin medio de transporte, en medio de aquella Turingia desierta! ¡Qué noche pasamos!

Al día siguiente, 23 de agosto, hubo que reanudar aquel penoso camino, tras abandonar la berlina, de la que no habríamos podido servirnos, aunque otros caballos hubieran reemplazado a los que habíamos perdido.

Había hecho un hatillo de provisiones y efectos de viaje que llevaba al hombro, al extremo de un palo. Bajábamos por el estrecho desfiladero que, si el señor de Luranay no se equivocaba, debía desembocar en la llanura. Yo caminaba delante. Mi hermana, la señorita Marthe y su abuelo me seguían lo mejor que podían. No calculo en menos de tres leguas la distancia que recorrimos aquel día. Al caer la noche, cuando hicimos alto, el sol poniente iluminaba las vastas llanuras que se extienden, hacia el oeste, al pie de las montañas de Turingia.

CAPÍTULO XVI

¡La situación era grave! ¡Y cuánto se agravaría aún más si no lográbamos reemplazar el tiro perdido, la berlina abandonada en los desfiladeros del Thüringer-Wald!

Ante todo, se trataba de encontrar un refugio para la noche. Ya reflexionaríamos después.

Estaba yo muy apurado. No había ni una cabaña en los alrededores. No sabía qué hacer, cuando, subiendo hacia la derecha, avisté una especie de choza, levantada en el límite del bosque que se escalonaba sobre la última loma de la cadena.

Aquella choza estaba abierta al viento por dos de sus lados y por su parte delantera. Los tablones carcomidos dejaban pasar la lluvia y el cierzo. Sin embargo, las tablillas del tejado habían resistido, y, si llegaba a llover, estaríamos al menos a cubierto.

La tormenta de la víspera había limpiado tan bien el cielo que no habíamos tenido lluvia en todo el día. Por desgracia, al llegar la tarde, unas nubes espesas volvieron por el oeste; luego, por debajo, se formaron esas nubes acuosas que parecen arrastrarse por el suelo. Me consideré afortunado de haber encontrado aquella choza, por miserable que fuese, ahora que nos faltaba la berlina.

El señor de Laurant había quedado muy afectado por el accidente, sobre todo por su nieta. Un largo camino nos separaba todavía de la frontera de Francia. ¿Cómo terminaría el viaje, y en los plazos debidos, si nos veíamos obligados a continuarlo a pie? Teníamos, pues, que hablar de todo esto. Pero, antes, había que atender a lo más urgente.

En el interior de la choza, que no parecía haber sido ocupada recientemente, el suelo estaba cubierto de una yacija de hierbas secas. Allí se refugiaban, sin duda, los pastores que llevan sus rebaños a pastar en la montaña, en la última elevación de la cadena de Turingia. Al pie de la colina se extendían las llanuras de Sajonia, en dirección a Fulda, a través de los territorios de la provincia del Alto Rin.

Bajo los rayos del sol poniente, que las herían de soslayo, aquellas llanuras se alzaban hacia el horizonte opuesto en suaves ondulaciones. Se asemejaban a los «wastes», nombre que se da a los terrenos menos áridos que los páramos. Aunque estos wastes estuvieran como recortados por alturas, ya no debían de ofrecer los caminos difíciles que habíamos seguido desde Gotha.

Al caer la noche, ayudé a mi hermana a disponer un poco de nuestras provisiones para la cena. Demasiado cansados, sin duda, por aquella marcha de todo un día, el señor y la señorita de Lauranay apenas la probaron. Irma tampoco tenía ánimo para comer. El cansancio vencía al hambre.

— ¡Hacen mal! — repetía yo —. Alimentarse primero, descansar después, ese es el método del soldado en campaña. Ahora vamos a necesitar las piernas. Hay que cenar, señorita Marthe...

— Aunque quisiera, mi buen Natalis — me respondió ella —, me sería imposible... Mañana por la mañana, antes de partir, procuraré tomar algún alimento...

— ¡Siempre será una comida menos! — repliqué.

— Sin duda, pero no tema nada. ¡No le haré retrasarse en el camino!

No pude conseguir nada, a pesar de mis vivas instancias, ni siquiera predicando con el ejemplo y devorando la mía. Estaba resuelto a darme fuerzas para cuatro, como si me esperase, al día siguiente, una faena cuádruple.

A pocos pasos de la choza corría un agua clara, que se perdía en el fondo de un estrecho barranco. Unas gotas de aquella agua, mezcladas con el aguardiente de una cantimplora llena que yo llevaba, bastaban para hacer una bebida reconfortante.

La señorita Marthe consintió en beber dos o tres tragos. El señor de Lauranay y mi hermana la imitaron. Les sentó bien.

Luego, los tres fueron a tenderse en la choza, donde no tardaron en dormirse.

Yo había prometido ir a tomar mi parte de sueño, con la firme intención de no hacer nada de eso. Si había hablado así era porque el señor de Lauranay habría querido velar conmigo, y no convenía que se impusiera ese esfuerzo suplementario.

Heme aquí, pues, yendo y viniendo, de centinela. Ya se comprende que estar de facción no era nada nuevo para un soldado. Por prudencia, llevaba a la cintura las dos pistolas que había sacado de la berlina. A mi juicio, no era sino sensato montar buena guardia.

Así que había tomado la firme resolución de resistir al sueño, aunque tenía los párpados pesados. A veces, cuando las piernas me flaqueaban, iba a tenderme cerca de la choza, con el oído siempre atento y el ojo siempre abierto.

La noche era muy oscura, aunque las brumas bajas habían ido subiendo poco a poco hasta las alturas del cielo. Ni un claro en aquel velo espeso, ni un centelleo de estrella. La luna se había puesto casi al mismo tiempo que el sol. Ninguna claridad se filtraba por el espacio.

Sin embargo, el horizonte estaba libre de toda bruma. Si se hubiera encendido un fuego en las profundidades del bosque o en la superficie de la llanura, sin duda lo habría visto en una extensión de una buena legua.

¡No! Todo estaba oscuro, delante, hacia las praderas; detrás, bajo las espesuras que bajaban oblicuamente desde la loma vecina y se detenían en el ángulo de la choza.

Por lo demás, el silencio era tan profundo como la oscuridad. Ningún soplo turbaba la calma de la atmósfera, como suele ocurrir con esos tiempos pesados, cuando la tormenta ni siquiera se descarga en relámpagos de calor.

¡Sí, en cambio! Se oía un ruido: era un silbido continuo que reproducía las marchas y toques del regimiento de Royal-Picardie. Ya se adivina: Natalis Delpierre se dejaba llevar involuntariamente por sus malas costumbres. No había otro silbador que él, a una hora en que los pájaros dormían bajo el follaje de los abedules y los robles.

Y, silbando sin parar, pensaba en el pasado. Volvía a ver lo ocurrido en Belzingen desde mi llegada, la boda aplazada en el momento en que iba a celebrarse, el encuentro fallido con el teniente von Grawert, el alistamiento del señor Jean, nuestra expulsión de los territorios de Alemania. Luego, en el porvenir, entreveía las dificultades que se acumulaban: Jean Keller, con precio puesto a su cabeza, huyendo con una bola de hierro al pie, la bola de una condena a muerte, su madre sin saber ya dónde reunirse con él...

¿Y si lo hubieran descubierto, si unos miserables lo hubieran entregado por embolsarse esa prima de mil florines?... ¡No! No podía creerlo. Audaz y resuelto, el señor Jean no era hombre de dejarse atrapar ni de dejarse vender.

Mientras me abandonaba a estas reflexiones, sentía que los párpados se me cerraban a mi pesar. Entonces me incorporaba, sin querer sucumbir al sueño. Llegaba a lamentar que la naturaleza estuviera tan tranquila aquella noche, la oscuridad tan profunda. No había ni un solo ruido al que aferrarme, ni una claridad en el campo ni en lo más hondo del cielo a la que pudiera fijar la mirada. Y hacía falta un esfuerzo constante de mi voluntad para no ceder a la fatiga.

Sin embargo, el tiempo transcurría. ¿Qué hora podía ser? ¿Habría pasado ya la medianoche? Tal vez, pues la noche es bastante corta en esta época del año. Así que buscaba algún blanqueo del cielo por el este, en la cresta de las últimas montañas. Pero nada anunciaba todavía la próxima subida del alba. Debía, pues, de estar equivocado, y en efecto me equivocaba.

Se me ocurrió entonces que, durante el día, el señor de Lauranay y yo, tras consultar el mapa del país, habíamos comprobado esto: que la primera ciudad importante que tendríamos que atravesar sería Tann, en el distrito de Cassel, provincia de Hesse-Nassau. Allí sería sin duda posible reemplazar la berlina. Cualquier medio sería bueno para llegar a Francia, y, una vez allí, allí estaríamos bien. Sin embargo, para llegar a Tann había que contar una docena de leguas, y en eso estaba, con mis ensoñaciones, cuando de pronto me sobresalté.

Me había incorporado y prestaba oído. Me parecía que acababa de oírse una detonación lejana. ¿Sería un disparo?

Casi enseguida me llegó una segunda detonación. No cabía duda posible: era la de un fusil o una pistola. E incluso me había parecido ver como un resplandor fugaz en el horizonte de los árboles, agrupados detrás de la choza.

En la situación en que nos hallábamos, en medio de un país casi desierto, todo era de temer. Que pasara por el camino una banda de rezagados o de saqueadores, y correríamos el riesgo de ser descubiertos. Aunque no fueran más que media docena de hombres, ¿cómo habríamos podido resistir?

Transcurrió un cuarto de hora. No había querido despertar al señor de Laurantay. Podía ser que aquella detonación viniese de algún cazador al acecho de un jabalí o un corzo. En todo caso, por el resplandor entrevisto, había calculado la distancia en media legua aproximadamente.

Había permanecido de pie, inmóvil, con la mirada fija en aquella dirección. Al no oír ya nada, empecé a tranquilizarme, a preguntarme incluso si no habría sido juguete de una ilusión del oído y de la vista. A veces uno cree no dormir y duerme. Lo que se toma por realidad no es más que la impresión fugaz de un sueño.

Resuelto a luchar contra el sueño, me puse a caminar a buen paso, de un lado a otro, silbando, sin darme cuenta, mis toques más sonoros. Llegué incluso hasta el ángulo del bosque, detrás de la choza, y me adentré un centenar de pasos bajo los árboles.

Pronto me pareció oír una especie de deslizamiento bajo la maleza. Que hubiera allí un zorro o un lobo, era posible. Así que, con las pistolas amartilladas, estaba listo para recibirlos. Y tal es la fuerza de la costumbre que, en aquel momento, a riesgo de delatar mi presencia, seguía silbando, como supe después.

De pronto, me pareció ver saltar una sombra. Mi pistola se disparó, casi al azar. Pero, en el mismo instante en que estallaba la detonación, un hombre se irguió delante de mí...

Lo había reconocido solo con el resplandor del disparo: era Jean Keller.

Lo había reconocido. Era Jean Keller.

CAPÍTULO XVII

Al oír el ruido, el señor de Luranay, la señorita Marthe y mi hermana, súbitamente despiertos, habían salido de la choza de un salto. En el hombre que salía conmigo del bosque no habían podido adivinar al señor Jean, ni a la señora Keller, que acababa de aparecer casi al mismo tiempo. El señor Jean se precipitó hacia ellos. Antes de que hubiese pronunciado una palabra, la señorita Marthe lo había reconocido, y él la estrechaba contra su corazón.

— ¡Jean!... — murmuró ella.

— ¡Sí, Marthe!... ¡Yo... y mi madre!... ¡Por fin!

La señorita de Luranay se echó en brazos de la señora Keller.

No era cosa de perder la sangre fría ni de cometer ninguna imprudencia.

— Volvamos todos a la choza — dije —. ¡Le va la cabeza en ello, señor Jean!...

— ¡Cómo!... ¿Lo sabe usted, Natalis?... — me respondió.

— Mi hermana y yo... ¡lo sabemos todo!

— ¿Y tú, Marthe, y usted, señor de Luranay? — preguntó la señora Keller.

— ¿Qué ocurre, pues? — exclamó la señorita Marthe.

— Ya lo sabrán — respondí —. ¡Volvamos!

Un instante después, estábamos acurrucados en el fondo de la choza. Si no nos veíamos, nos oíamos. Yo, apostado cerca de la puerta, sin dejar de escuchar, no cesaba de vigilar el camino.

Y esto es lo que contó el señor Jean, interrumpiéndose solo para aguzar el oído hacia fuera.

Por lo demás, el señor Jean hizo este relato con voz jadeante, en frases entrecortadas, que le permitían recobrar el aliento, como si estuviera sin resuello tras una larga carrera.

—Querida Marthe —dijo—, esto tenía que suceder... y más vale que esté aquí... escondido en esta choza... que allá, a las órdenes del coronel von Grawert, ¡y en la misma compañía del teniente Frantz!...

Y entonces, en pocas palabras, Marthe y mi hermana se enteraron de lo que había ocurrido antes de nuestra partida de Belzingen: la provocación insultante del teniente, el duelo concertado, la negativa a llevarlo a cabo tras el ingreso de Jean Keller en el regimiento de Leib...

—Sí —dijo el señor Jean—, iba a quedar a las órdenes de ese oficial. Podría vengarse a su gusto, en lugar de verme frente a él, sable en mano. ¡Ah! ¡A ese hombre que la había insultado a usted, Marthe, lo habría matado!...

—Jean... ¡pobre Jean mío!... —murmuraba la joven.

—El regimiento fue enviado a Borna —prosiguió Jean Keller—. Allí, durante un mes, se me sometió a las faenas más duras, se me humilló en el servicio, se me castigó injustamente, se me trató como no se trata a un perro, ¡y por ese Frantz!... Me contenía... Lo soportaba todo... pensando en usted, Marthe, en mi madre, en todos mis amigos... ¡Ah, lo que he sufrido!... Por fin, el regimiento partió hacia Magdeburgo... Allí pudo mi madre reunirse conmigo. Pero también fue allí donde, una noche, hace cinco días, en una calle donde estaba yo solo con él, el teniente Frantz, después de colmar-me de injurias, ¡me golpeó con su fusta!... ¡Eran demasiadas humillaciones e insultos! Me arrojé sobre él... Le golpeé a mi vez...

—Jean... ¡pobre Jean mío!... —seguía murmurando la señorita Marthe.

—Estaba perdido si no lograba huir... —prosiguió el señor Jean—. Por suerte, pude encontrar a mi madre en la posada donde vivía... Pocos instantes después, había cambiado mi uniforme por un traje de campesino, ¡y habíamos abandonado Magdeburgo!... Al día siguiente, según supe muy pronto, fui condenado a muerte por un consejo de guerra... ¡Se puso precio a mi cabeza! ¡Mil florines a quien me entregara! ¿Cómo podría escapar?... ¡No lo sabía!... Pero quería vivir, Marthe... ¡vivir para volver a verlos a todos!...

En ese instante, el señor Jean se interrumpió.

—¿No se oye algo?... —dijo.

Me deslicé fuera de la choza. El camino estaba silencioso y desierto. Apliqué el oído al suelo. Ningún ruido sospechoso por el lado del bosque.

—Nada —dije al entrar de nuevo.

—Mi madre y yo —prosiguió el señor Jean— nos habíamos lanzado a través de los campos de Sajonia con la esperanza de alcanzarlos a ustedes, tal vez, puesto que mi madre conocía el itinerario que la policía los obligaba a seguir... Sobre todo de noche caminábamos, comprando algo de comida en las casas aisladas, atravesando pueblos donde podía leer el cartel que ponía precio a mi cabeza...

—¡Sí! ¡Ese cartel que mi hermana y yo leímos en Gotha! —respondí.

—Mi propósito —prosiguió el señor Jean— era intentar llegar a Turingia, donde había calculado que ustedes debían de estar todavía... Allí, además, estaría más seguro. ¡Por fin alcanzamos las montañas!... Qué camino tan duro, bien lo sabe usted, Natalis, ya que tuvo que hacer parte de él a pie...

—En efecto, señor Jean —repliqué—. Pero ¿quién pudo informarle?...

—Ayer por la noche, al llegar más allá del desfiladero de Gebauër —respondió el señor Jean—, distinguí una berlina, medio destrozada, abandonada en el camino. Reconocí el coche del señor de Luranay... ¡Había habido un accidente!... ¿Estaban todos sanos y salvos?... ¡Ah, qué angustia!... Mi madre y yo caminamos toda la noche. Luego, al llegar el día, hubo que esconderse...

—¡Esconderse! —dijo mi hermana—. ¿Y por qué?... ¿Es que los perseguían?...

—Sí —respondió el señor Jean—, perseguidos por tres bribones que había encontrado al pie del desfiladero de Gebauër: el cazador furtivo Buch y sus dos hijos, de Belzingen. Ya los había visto en Magdeburgo, en la retaguardia del ejército, con otros muchos saqueadores y ladrones de su calaña. Sin duda sabían que había mil florines que ganar echándose sobre mi pista... Eso es lo que hicieron, y esta noche, hace apenas dos horas, nos atacaron a media legua de aquí... en el lindero del bosque...

—Entonces, ¿esos dos disparos que me había parecido oír?... — pregunté.

—Fueron ellos quienes los tiraron, Natalis. Mi sombrero quedó atravesado por una bala. Sin embargo, refugiándonos en un matorral, mi madre y yo pudimos escapar de esos miserables... Debieron de creer que habíamos vuelto sobre nuestros pasos, porque se lanzaron hacia las montañas... Entonces retomamos nuestro camino hacia la llanura, y, al llegar al límite del bosque, Natalis, le reconocí a usted por su silbido...

—¡Y yo que le disparé, señor Jean!... Al ver a un hombre saltar...

—¡No importa, Natalis! Pero puede que hayan oído su disparo, ¡tengo que partir al instante!...

—¿Solo? —exclamó la señorita Marthe.

—¡No! ¡Partiremos juntos! —respondió el señor Jean—. Si es posible, no nos separemos más hasta haber alcanzado la frontera de Francia. Más allá, ya habrá tiempo de llegar a una separación que puede ser tan larga!...

Sabíamos ya todo lo que nos importaba saber, es decir, cuán amenazada estaría la vida del señor Jean si el cazador furtivo Buch y sus dos hijos volvían a dar con su rastro. Sin duda, nos defenderíamos de aquellos granujas. ¡No nos rendiríamos sin lucha! Pero ¿cuál sería el desenlace, en caso de que los Buch hubiesen reclutado a otros bribones de su calaña, de los que tantos correteaban por el campo?

En pocas palabras, pusimos al corriente al señor Jean de todo lo ocurrido desde nuestra partida de Belzingen, y de cómo el viaje se había visto favorecido hasta el accidente de Gebauër.

Ahora, la falta de caballos y de coche nos ponía en un aprieto extremo.

—Hay que procurarse a toda costa medios de transporte —dijo el señor Jean.

—Espero que podamos encontrarlos en Tann —respondió el señor de Luranay—. En todo caso, mi querido Jean, no sigamos más tiempo en esta choza. Buch y sus hijos tal vez se hayan replegado hacia aquí... Hay que aprovechar la noche...

—¿Podrá usted seguirnos, Marthe? —preguntó el señor Jean.

—¡Estoy lista! —dijo la señorita de Luranay.

—¿Y tú, madre mía, tú que acabas de soportar tantas fatigas?

—¡En marcha, hijo mío! —respondió la señora Keller.

Nos quedaban algunas provisiones, suficientes para llegar hasta Tann. Eso nos evitaría hacer alto en los pueblos, por donde Buch y sus hijos podrían pasar o podrían haber pasado.

He aquí, pues, lo que se deliberó antes de reanudar nuestro camino, porque, ante todo, había que jugar sobre seguro, como decimos nosotros en el piquet.

Mientras no hubiese peligro en ello, estábamos decididos a no separarnos más. Sin duda, lo que había de ser relativamente fácil para el señor de Luranay y la señorita Marthe, para mi hermana y para mí, puesto que nuestros pasaportes nos protegían hasta la frontera francesa, resultaría más difícil para la señora Keller y su hijo. Por eso deberían tomar la precaución de no entrar en las ciudades por las que se nos imponía pasar. Se detendrían antes, y nos alcanzarían después. De este modo, tal vez no fuese imposible hacer el camino juntos.

—Partamos, pues —respondí—. Si puedo comprar un coche y caballos en Tann, se ahorrarán muchas fatigas a su madre, a la señorita Marthe, a mi hermana, al señor de Luranay. En cuanto a nosotros, señor Jean, no estamos para reparar en unas jornadas más de marcha ni en unas noches al raso, ¡y ya verá usted qué hermosas son las estrellas que brillan sobre la tierra de Francia!

Dicho esto, avancé una veintena de pasos por el camino. Eran las dos de la madrugada. Una profunda oscuridad envolvía todo el país. Se percibían, sin embargo, las primeras palideces del alba en la cresta de las montañas.

Si aún no podía ver nada, al menos podía oír. Escuché con extrema atención. El aire estaba tan en calma que el ruido de un paso bajo la fronda o en el camino no habría podido escapárseme...

Nada... Había que concluir que Buch y sus hijos habían perdido la pista de Jean Keller.

Estábamos todos fuera de la choza. Yo había recogido lo que quedaba de nuestras provisiones, y creedme que no formaban un fardo muy pesado. De

nuestras dos pistolas, entregué una al señor Jean y me quedé con la otra. Llegado el caso, sabríamos servirnos de ellas.

En ese momento, Jean se acercó y tomó la mano de la señorita de Lauranay, y con voz emocionada le dijo:

—Marthe, cuando quise tomarla a usted por esposa, mi vida me pertenecía... Ahora ya no soy más que un fugitivo, un condenado a muerte... ¡Ya no tengo derecho a unir su vida a la mía!...

—Jean —respondió la señorita Marthe—, ¡estamos unidos ante Dios!... ¡Que Dios nos guíe!...

CAPÍTULO XVIII

Pasaré rápidamente sobre los dos primeros días de viaje con la señora Keller y su hijo. Habíamos tenido la suerte, al abandonar el territorio de Turingia, de no hacer ningún mal encuentro.

Muy sobreexcitados, por lo demás, caminábamos a buen paso. La fatiga ya no parecía hacer mella en nosotros. Se hubiera dicho que la señora Keller, la señorita Marthe y mi hermana querían darnos ejemplo. Hubo que moderarlas. Descansábamos regularmente una hora de cada cuatro, y eso suma bastante camino al cabo del día.

La comarca, poco fértil, estaba surcada de sinuosos barrancos, erizados de sauces y álamos temblones. Aspecto bastante agreste el de esta parte de la provincia de Hesse-Nassau, que más tarde formaría el distrito de Cassel. Pocos pueblos; solo algunas granjas de tejado plano, sin canalones. Atravesábamos entonces el enclave de Schmalkalden, con un tiempo favorable, un cielo cubierto, un viento del norte bastante fresco que nos daba por la espalda. Con todo, nuestras compañeras estaban muy fatigadas cuando, el 24 de agosto, tras una decena de leguas hechas a pie desde las montañas de Turingia, llegaron ante Tann, hacia las diez de la noche.

Allí, tal como se había convenido, el señor Jean y su madre se separaron de nosotros. No hubiera sido prudente atravesar aquella ciudad, en la que el señor Jean podría haber sido reconocido, ¡y ya se sabe adónde eso lo habría llevado!

Se había acordado que nos reencontraríamos al día siguiente, hacia las ocho, en el camino de Fulda. Si no éramos puntuales a la cita, sería porque la compra de un coche y un caballo nos habría retenido. Pero, bajo ningún pretexto, ni la señora Keller ni su hijo debían entrar en Tann. Y fue pruden-

te, porque los agentes se mostraron muy severos al examinar nuestros pasaportes. Llegué a ver el momento en que iban a retener a unas personas a las que precisamente se expulsaba. Hubo que explicar cómo viajábamos, en qué circunstancias habíamos perdido nuestro coche, etcétera.

Sin embargo, aquello nos sirvió. Uno de los agentes, con la esperanza de una honesta comisión, se ofreció a ponernos en contacto con un alquilador. Su propuesta fue aceptada. Después de acompañar a la señorita Marthe y a mi hermana al hotel, el señor de Luranay, que hablaba muy bien el alemán, vino conmigo a casa de aquel alquilador.

Coche de viaje, no tenía ninguno. Hubo que contentarse con una especie de carricoche de dos ruedas, cubierto con una lona, y con el único caballo que podía engancharse entre sus varales. Huelga añadir que el señor de Luranay tuvo que pagar el doble del valor del caballo y el triple del carricoche.

Al día siguiente, a las ocho, encontramos de nuevo a la señora Keller y a su hijo en el camino. Una mala taberna les había servido de alojamiento. El señor Jean había pasado la noche en una silla, mientras su madre disponía de una especie de jergón. El señor y la señorita de Luranay, la señora Keller e Irma subieron al carricoche, donde yo había colocado algunas provisiones compradas en Tann. Sentados ellos, quedaba, apretándose, un quinto asiento. Se lo ofrecí al señor Jean. Lo rechazó. Al final se convino que lo tomaríamos por turnos, y, la mayor parte del tiempo, nos tocaba ir a los dos a pie, para no reventar al caballo. No había tenido elección en cuanto a aquel animal. ¡Ah, nuestras pobres bestias de Belzingen!

El día 26, por la tarde, llegamos a Fulda, tras haber divisado de lejos la cúpula de su catedral y, en una altura, un convento de franciscanos. El 27 atravesamos Schlinchtern, Sodon, Salmunster, en la confluencia del Salza y el Kinzig. El 28 llegamos a Gelnhausen, y, de haber viajado por placer, habría convenido, según parece, visitar su castillo, que fue habitado por Federico Barbarroja, según me han dicho después. Pero unos fugitivos, o casi, tenían otra cosa que hacer.

Sin embargo, el carricoche no avanzaba tan deprisa como yo hubiera querido, a causa del mal estado de un camino que, sobre todo en los alrededores de Salmunster, atravesaba bosques interminables, cortados por esos vastos estanques que en Picardía llamamos «entalladuras». No se avanzaba más que al paso. De ahí unos retrasos que no dejaban de ser inquietantes.

Hacía trece días que habíamos partido. Siete días más, y nuestros pasaportes no tendrían ya validez.

La señora Keller estaba muy fatigada. ¿Qué pasaría si le fallaban las fuerzas, si hubiera que dejarla en alguna ciudad o pueblo? Su hijo no podría quedarse allí con ella, cosa que ella no habría permitido. Mientras la frontera francesa no quedara entre el señor Jean y los agentes prusianos, corría peligro de muerte.

¡Cuántas dificultades tuvimos para atravesar el bosque de Lomboy, que se extiende de izquierda a derecha del Kinzig hasta las montañas de Hesse-Darmstadt! Creí que no llegaríamos al otro lado del río, y hubo que perder mucho tiempo antes de encontrar un vado.

Por fin, el 29, el carricoche se detuvo un poco antes de Hanau. Tuvimos que pasar la noche en aquella ciudad, donde se observaba un considerable movimiento de tropas y de convoyes. Como el señor Jean y su madre habrían tenido que dar a pie un rodeo de dos leguas para bordearla, el señor de Lauranay y la señorita Marthe se quedaron con ellos en el carricoche. Mi hermana y yo entramos solos en la ciudad, para renovar nuestras provisiones. Nos reunimos al día siguiente, día 30, en el camino que atraviesa el distrito de Wiesbaden. Hacia mediodía evitamos la pequeña ciudad de Offenbach, y, por la tarde, llegamos a Fráncfort del Meno.

De esta gran ciudad no diré nada, salvo que está situada en la orilla derecha del río y que hormiguea de judíos. Habiendo cruzado el Meno en la barca del barquero de Offenbach, quedábamos de lleno en el camino que baja hacia Maguncia. Como no podíamos dispensarnos de entrar en Fráncfort para el visado de los pasaportes, cumplido ese trámite, volvimos a reunirnos con el señor Jean y su madre. Aquella noche no nos obligó, pues, a una separación siempre penosa. Pero lo que se apreció todavía más fue que encontramos alojamiento, muy modesto, es cierto, en el arrabal de Sachsenhausen, en la orilla izquierda del Meno.

Tras una cena tomada en común, todos tuvieron prisa por volver a su cama, salvo mi hermana y yo, que teníamos algunas compras que hacer.

Y he aquí, entre otras cosas, lo que oyó Irma en casa del panadero, donde algunas personas hablaban del soldado Jean Keller. Se decía que había sido capturado de nuevo hacia Salmunster, y no faltaban detalles sobre la captu-

ra. En verdad, habría sido gracioso, de haber estado nosotros de humor para bromas.

Sin embargo, lo que me pareció infinitamente más grave fue que también se hablaba de la llegada muy próxima del regimiento de Leib, que debía dirigirse de Fráncfort a Maguncia, y de Maguncia hacia Thionville.

Si esto era así, el coronel von Grawert y su hijo iban a seguir el mismo camino que nosotros. En previsión de ese encuentro, ¿no convendría modificar nuestro itinerario y tomar una dirección más hacia el sur, a riesgo de comprometernos al evitar las ciudades señaladas por la policía prusiana?

Al día siguiente, día 31, di al señor Jean esta mala noticia. Me recomendó no hablar de ello ni a su madre ni a la señorita Marthe, que ya tenían bastantes preocupaciones. Más allá de Maguncia, se vería qué partido convendría tomar, y si sería necesario separarse hasta la frontera. Dándonos prisa, tal vez pudiésemos adelantarnos al regimiento de Leib, de modo que llegáramos antes que él a Lorena.

Partimos desde las seis de la mañana. Por desgracia, el camino era duro y fatigoso. Hubo que atravesar los bosques de Neilruh y de La Ville, que lindan con Fráncfort. Hubo retrasos de varias horas, empleadas en rodear los burgos de Höchst y de Hochheim, atestados por una columna de convoyes militares. Llegué a ver el momento en que nuestro viejo carricoche, enganchado a su flaco jamelgo, iba a ser requisado para el transporte de varios quintales de pan. Por fin, aunque no había más que una quincena de leguas que recorrer desde Fráncfort, no llegamos a Maguncia hasta la noche del 31. Nos encontrábamos entonces en la frontera de Hesse-Darmstadt.

Se comprende que a la señora Keller y a su hijo les hubiera convenido sobre todo evitar Maguncia. Esta ciudad está situada en la orilla izquierda del Rin, en la confluencia con el Meno y frente a Cassel, que es como su arrabal y se une a ella por un puente de barcas de casi doscientos metros de largo.

Así pues, para volver a los caminos que bajan hacia Francia, es necesario cruzar el Rin, ya sea aguas arriba, ya aguas abajo de la ciudad, cuando no se quiere pasar por el puente.

Henos, pues, en busca de una barca que pudiera transportar al señor Jean y a su madre. Fue inútil. El servicio de barcas estaba interrumpido por or-

den de la autoridad militar.

Eran entonces las ocho de la noche. Realmente no sabíamos qué hacer.

—¡Pero mi madre y yo tenemos que cruzar el Rin! —dijo Jean Keller.

—¿En qué lugar y cómo? —respondí.

—¡Por el puente de Maguncia, ya que es imposible cruzarlo por otro sitio!

Y he aquí el plan que se decidió.

El señor Jean tomó mi blusón de carretero y se envolvió en él de la cabeza a los pies. Luego, llevando el caballo de la brida, se dirigió hacia la puerta de Cassel.

La señora Keller se había acurrucado en el fondo del carricoche, bajo las ropas de viaje. El señor y la señorita de Lauranay, mi hermana y yo ocupábamos los dos asientos. Así nos acercamos a las viejas murallas de ladrillo cubierto de musgo, entre los baluartes avanzados, y el carricoche se detuvo ante el puesto que guardaba la cabeza del puente.

Había allí una gran afluencia de gente, a la salida del mercado franco que se había celebrado ese día en Maguncia. Fue entonces cuando el señor Jean se jugó el todo por el todo con audacia.

—¿Sus pasaportes? —nos gritó.

Le tendí los pasaportes, que él mismo entregó al jefe del puesto.

—¿Quiénes son esas personas? —le preguntaron.

—Unos franceses que llevo de vuelta a la frontera.

—¿Y usted quién es?

—Nicolas Friedel, alquilador en Höchst.

Nuestros pasaportes fueron examinados con minuciosa atención. Aunque estaban en regla, ¡juzga la angustia que nos oprimía el corazón!

—¡A estos pasaportes ya no les quedan más que cuatro días de validez! —observó el jefe del puesto—. Así que dentro de cuatro días esta gente debe de estar fuera del territorio.

—Lo estarán —respondió Jean Keller—, ¡pero no tenemos tiempo que perder!

—¡Pasen!

Media hora después, cruzado el Rin, estábamos en el *Hôtel de Anhalt*, donde el señor Jean debía representar hasta el final su papel de alquilador. ¡Me acordaré de nuestra entrada en Maguncia!

¡Así son las cosas! ¡Qué acogida tan distinta nos habría esperado unos meses más tarde, cuando en octubre Maguncia se rindió a los franceses! ¡Qué alegría habría sido encontrar allí a nuestros compatriotas! ¡Cómo nos habrían recibido, no solo a nosotros, a quienes se expulsaba de los territorios alemanes, sino también a la señora Keller y a su hijo, al conocer su historia! Y aunque hubiéramos tenido que quedarnos seis meses, ocho meses, en aquella capital, bueno, habríamos salido de ella con nuestros bravos regimientos y los honores de la guerra, para volver a Francia.

Pero no se llega cuando uno quiere, y lo principal, una vez que se ha llegado, es poder marcharse cuando a uno le convenga.

Cuando la señora Keller, la señorita Marthe e Irma se hubieron retirado a su habitación en el *Hôtel de Anhalt*, el señor Jean fue a ocuparse de su caballo. El señor de Lauranay y yo salimos en busca de noticias.

Lo mejor era instalarse en una cervecería y pedir las últimas gacetas. Y bien valía la pena enterarse de lo que había ocurrido en Francia desde nuestra partida. En efecto, allí estaban la terrible jornada del 10 de agosto, el asalto a las Tullerías, la matanza de los suizos, la familia real encerrada en el Temple, ¡Luis XVI suspendido provisionalmente de la realeza!

¡He ahí unos hechos capaces de precipitar a la masa de los coaligados hacia la frontera francesa!

Por eso Francia entera estaba ya dispuesta a rechazar la invasión.

Seguía habiendo tres ejércitos: Luckner al norte, La Fayette en el centro, Montesquieu al mediodía. En cuanto a Dumouriez, servía a las órdenes de Luckner como teniente general.

Pero —noticia que no databa más que de tres días—, La Fayette, seguido de algunos de sus compañeros, acababa de presentarse en el cuartel general

austriaco, donde, pese a sus protestas, lo habían tratado como prisionero de guerra.

Júzguese por ahí cuáles eran las disposiciones de nuestros enemigos hacia todo lo que fuera francés, y qué suerte nos esperaba si los agentes militares nos hubiesen sorprendido sin pasaportes.

Sin duda, en lo que contaban las gacetas había que quedarse con unas cosas y descartar otras. Sin embargo, así estaban las cosas a última hora.

Dumouriez, comandante en jefe de los ejércitos del norte y del centro, era un hombre de fuste, bien lo sabíamos. Por eso, deseosos de asestarle los primeros golpes, los reyes de Prusia y de Austria iban a llegar a Maguncia. El duque de Brunswick dirigía los ejércitos de la coalición. Tras penetrar en Francia por las Ardenas, debían marchar sobre París por el camino de Châlons. Una columna de sesenta mil prusianos avanzaba por Luxemburgo hacia Longwy. Treinta y seis mil austriacos, en dos cuerpos, a las órdenes de Clairfayt y del príncipe de Hohenlohe, flanqueaban el ejército prusiano. Tales eran las terribles masas que amenazaban a Francia.

Os cuento ahora mismo estas cosas que supe más tarde, porque os hacen conocer la situación.

En cuanto a Dumouriez, estaba en Sedán con veintitrés mil hombres. Kellermann, que reemplazaba a Luckner, ocupaba Metz con veinte mil. Quince mil en Landau, a las órdenes de Custine; treinta mil en Alsacia, a las órdenes de Biron, estaban listos para unirse, según la necesidad, a Dumouriez o a Kellermann.

Por fin, en las últimas noticias, la gaceta nos informó de que los prusianos acababan de tomar Longwy, de que bloqueaban Thionville y de que el grueso de su ejército marchaba sobre Verdún.

Volvimos al hotel, y, cuando supo lo que ocurría, la señora Keller, aunque muy debilitada, se negó a hacernos perder veinticuatro horas en Maguncia, descanso que le habría hecho mucha falta. Pero temblaba de que descubrieran a su hijo. Partimos, pues, al día siguiente, primer día de septiembre. Todavía nos separaba de la frontera una treintena de leguas.

Nuestro caballo, por más miramientos que yo tuviera con él, no avanzaba deprisa. Y sin embargo, ¡cuánta prisa corría! Fue solo al atardecer cuando divisamos las ruinas de un viejo castillo fuerte en lo alto del Schlossberg. A

sus pies se extendía Kreuznach, ciudad importante del distrito de Coblenza, situada sobre el Nahe, y que, tras haber pertenecido a Francia en 1801, volvió a Prusia en 1815.

Al día siguiente llegamos al burgo de Kirn, y, veinticuatro horas después, al de Birkenfeld. Muy afortunadamente, como no faltaban provisiones, habíamos podido, la señora Keller, el señor Jean y nosotros, bordear aquellas pequeñas ciudades, que no figuraban en nuestro itinerario. Pero había habido que contentarse con el carricoche como único cobijo, y las noches pasadas en tales condiciones no dejaban de ser muy penosas.

Lo mismo sucedió cuando hicimos alto, la noche del 3 de septiembre. Al día siguiente, a medianoche, expiraba el plazo que se nos había concedido para evacuar el territorio alemán. ¡Y todavía estábamos a dos jornadas de marcha de la frontera! ¿Qué sería de nosotros si nos detenían en el camino, sin pasaportes válidos, los agentes prusianos?

Tal vez hubiéramos podido dirigirnos hacia el sur, hacia Sarrelouis, la ciudad francesa más próxima. Pero eso era arriesgarse a caer en medio de la masa de prusianos que iban a reforzar el bloqueo de Thionville. Así pues, pareció preferible alargar nuestro camino, para evitar ese peligroso encuentro.

En resumidas cuentas, ya no estábamos más que a unas leguas del país, ¡todos sanos y salvos! Que hubiéramos llegado hasta allí, el señor y la señorita de Luranay, mi hermana y yo, no tenía, sin duda, nada de extraordinario. En cuanto a la señora Keller y a su hijo, no puede decirse que hubieran sido favorecidos por la suerte. Cuando Jean Keller se había reunido con nosotros en las montañas de Turingia, apenas contaba yo con que pudiéramos estrecharnos la mano en la frontera de Francia.

Con todo, importaba evitar Saarbrücken, no solo en interés del señor Jean y de su madre, sino también en el nuestro. Aquella ciudad nos habría ofrecido más bien hospitalidad en una prisión que en un hotel.

Fuimos, pues, a alojarnos en una posada, cuyos huéspedes habituales no debían de ser de primera calidad. Más de una vez, el posadero nos miró de manera extraña. Incluso me pareció que, en el momento en que nos íbamos, cambiaba algunas palabras con unos individuos sentados al fondo de una salita a los que no podíamos ver.

Por fin, el 4 por la mañana, tomamos el camino que pasa entre Thionville y Metz, dispuestos a replegarnos, si era preciso, hacia esa gran ciudad que los franceses ocupaban entonces.

¡Qué camino tan penoso a través de aquella masa de pequeños bosques, diseminados por toda la comarca! El pobre jamelgo ya no podía más. Así, hacia las dos de la tarde, al pie de una larga cuesta que subía entre espesos matorrales, bordeada a veces de campos de lúpulo, tuvimos que apearnos todos, salvo la señora Keller, demasiado fatigada para abandonar el carricoche.

Caminábamos despacio. Yo llevaba el caballo de la brida. Mi hermana iba a mi lado. El señor de Lauranay, su nieta y el señor Jean caminaban un poco más atrás. Salvo nosotros, no había nadie en el camino. A lo lejos, hacia la izquierda, se oían sordas detonaciones. Sin duda se combatía por ese lado, bajo los muros de Thionville.

De pronto, a la derecha, resonó un disparo. Nuestro caballo, herido de muerte, se desploma entre los varales, que rompe. Al mismo tiempo, estallan unas vociferaciones:

— ¡Por fin lo tenemos!

— ¡Sí! ¡Es Jean Keller, sin duda!

— ¡Los mil florines son nuestros!

— ¡Todavía no! —exclamó el señor Jean.

Estalló un segundo disparo. Esta vez había sido el señor Jean quien había disparado, y un hombre rodaba por tierra junto a nuestro caballo.

Todo aquello había ocurrido tan deprisa que no había tenido tiempo de darme cuenta de nada.

— ¡Son los Buch! —me gritó el señor Jean.

— Pues bien... ¡a por ellos! —respondí.

En efecto, aquellos granujas se encontraban en la posada donde habíamos pasado la noche. Tras cambiar algunas palabras con el tabernero, se habían lanzado sobre nuestra pista.

Pero, de tres, ya no quedaban más que dos, el padre y el segundo de sus hijos. El otro, con el corazón atravesado por una bala, acababa de expirar.

Y entonces, dos contra dos, la partida quedaba igualada. Por lo demás, no duró mucho. Disparé a mi vez sobre el hijo Buch y no hice más que herir a aquel bribón. Entonces, él y su padre, viendo fallado su golpe, se arrojaron a los matorrales a la izquierda del camino y echaron a correr a toda prisa.

Quise lanzarme en su persecución. El señor Jean me lo impidió. ¿Tal vez hizo mal?

—No —dijo—, lo más urgente es cruzar la frontera. ¡En marcha!... ¡en marcha!

Como ya no teníamos caballo, hubo que abandonar nuestro carricoche. La señora Keller tuvo que apearse y apoyarse en el brazo de su hijo.

¡Unas horas más, y nuestros pasaportes ya no nos protegerían!...

Así caminamos hasta la noche. Acampamos bajo los árboles. Vivimos del resto de las provisiones. Por fin, al día siguiente, 5 de septiembre, hacia el atardecer, cruzamos la frontera.

¡Sí! Era en verdad el suelo francés el que pisaban entonces nuestros pies, ¡pero el suelo francés ocupado por soldados extranjeros!

CAPÍTULO XIX

Tocábamos, pues, al término de aquel largo viaje que la declaración de guerra nos había obligado a hacer a través de un país enemigo. Aquel penoso camino de Francia lo habíamos recorrido a costa de fatigas extremas, si no de peligros extremos. Salvo en dos o tres ocasiones —entre otras, cuando los Buch nos atacaron—, nuestra vida no había corrido nunca peligro, ni tampoco nuestra libertad.

Lo que digo de nosotros se aplica también al señor Jean, desde que lo habíamos encontrado en las montañas de Turingia. Había llegado sano y salvo. Ahora no le quedaba más que alcanzar alguna ciudad de los Países Bajos, donde podría esperar con seguridad el desenlace de los acontecimientos.

Sin embargo, la frontera estaba invadida. Austríacos y prusianos, instalados en aquella región que se extiende hasta el bosque de Argonne, la hacían tan peligrosa como si hubiéramos tenido que atravesar los distritos de Potsdam o de Brandeburgo. Así que, después de las fatigas pasadas, el porvenir nos reservaba peligros mucho más graves.

¡Qué queréis! Uno se cree ya llegado, y apenas si está en camino.

En realidad, para dejar atrás los puestos avanzados del enemigo y sus acantonamientos, no nos quedaban más que unas veinte leguas por franquear. Pero, entre marchas y contramarchas, ¿cuánto se alargaría aquel trayecto?

Acaso hubiera sido más prudente entrar en Francia por el sur o por el norte de Lorena. Sin embargo, en el estado de desamparo en que nos hallábamos, privados de todo medio de transporte, sin esperanza alguna de pro-

curárnoslo, había que pensárselo dos veces antes de hacer un rodeo tan largo.

Aquella propuesta había sido debatida entre el señor de Luranay, el señor Jean y yo. Después de discutir el pro y el contra, opino que hicimos bien en rechazarla.

Eran las ocho de la tarde cuando alcanzamos la frontera. Ante nosotros se extendían grandes bosques, por los que no convenía aventurarse de noche.

Hicimos, pues, alto para descansar hasta la mañana. No llovía en aquellas altas mesetas; pero, a principios de septiembre, el frío no os ahorra allí sus punzadas.

En cuanto a encender fuego, hubiera sido demasiado imprudente para unos fugitivos que trataban de pasar inadvertidos. Nos acurrucamos, pues, lo mejor que pudimos bajo las ramas bajas de un haya. Las provisiones que había sacado del carricoche —pan, carne fría, queso— se extendieron sobre nuestras rodillas. Un arroyo nos dio agua clara, que realzamos con unas gotas de aguardiente. Luego, dejando al señor de Luranay, a la señora Keller, a la señorita Marthe y a mi hermana tomar algunas horas de descanso, el señor Jean y yo fuimos a apostarnos a diez pasos de allí.

El señor Jean, muy absorto, no habló al principio, y yo respetaba su silencio, cuando me dijo:

—Escúcheme, mi buen Natalis, y no olvide nunca lo que voy a decirle. No sabemos lo que puede ocurrir, a mí sobre todo. Puedo verme obligado a huir... Pues bien, es preciso que mi madre no se separe de usted. La pobre mujer está agotada, y si me veo forzado a separarme de ustedes, no quiero que me siga. Ya ve usted en qué estado se encuentra, a pesar de su energía y su valor. Se la confío, pues, Natalis, como le confío a Marthe, ¡es decir, todo lo que tengo de más querido en el mundo!

—Cuenta conmigo, señor Jean —respondí—. ¡Espero que nada volverá a separarnos!... Sin embargo, si eso ocurriera, haría todo lo que puede esperarse de un hombre que le está enteramente entregado.

El señor Jean me estrechó la mano.

—Natalis —prosiguió—, si me capturan, no tengo por qué dudar de mi suerte. Quedará resuelta pronto. Recuerde entonces que mi madre no debe

volver jamás a Prusia. Era francesa antes de su matrimonio. Una vez que ya no estén ni su marido ni su hijo, es preciso que acabe su vida en el país donde nació.

—¿Que era francesa, dice usted, señor Jean? Diga que lo sigue siendo, y que nunca ha dejado de serlo a nuestros ojos.

—¡Sea, Natalis! La llevará usted entonces a su Picardía, que nunca he visto y que tanto me gustaría ver. ¡Esperemos que mi madre, a falta de felicidad, encuentre en sus últimos días el descanso que bien merece! ¡La pobre mujer, cuánto habrá sufrido en este mundo!

¡Y él, el señor Jean! ¿Acaso no había tenido también su buena parte de sufrimientos?

—¡Ah, ese país! —prosiguió—. Si hubiéramos podido retirarnos allí juntos, Marthe, mi mujer, viviendo cerca de mi madre y de mí, ¡qué existencia, y qué pronto habríamos olvidado nuestras penas! Pero ¿no estoy loco al pensar en estas cosas, yo, un fugitivo, un condenado a quien la muerte puede herir en cualquier instante?

—Un momento, señor Jean, ¡no hable así! Todavía no le tienen, y me sorprendería mucho que fuese usted hombre de dejarse atrapar.

—¡No, Natalis!... ¡No, por cierto!... ¡Lucharé hasta el final, no lo dude!

—¡Y yo le ayudaré, señor Jean!

—¡Lo sé! ¡Ah, amigo mío! ¡Déjeme abrazarle! ¡Es la primera vez que se me permite estrechar entre mis brazos a un francés en tierra de Francia!

—¡No será la última! —respondí.

¡Sí! El fondo de confianza que hay en mí no había flaqueado, pese a tantas pruebas. No sin razón pasaba yo en Grattepanche por uno de los más tozudos, uno de los más cabezotas de toda Picardía.

Entretanto la noche transcurría. Por turnos, el señor Jean y yo tomábamos algún descanso. Hacía tanta, tanta oscuridad bajo los árboles, que ni el diablo hubiese reconocido a su cría. ¡Pero no debía de andar lejos, ese diablo, con todas sus asechanzas! ¡Cómo no se cansa todavía de dar tanta guerra a la pobre gente!

Mientras yo estaba de centinela, escuchaba con el oído siempre tendido al viento. El menor ruido me parecía sospechoso. Había que temer, en medio de aquellos bosques, si no a los soldados del ejército regular, al menos a los rezagados. Bien lo habíamos visto en el asunto de los Buch, padre e hijos.

Por desgracia, dos de aquellos Buch se nos habían escapado. Así que su primer cuidado debía de ser el de intentar recuperarnos, y, para conseguirlo, juntarse con algunos pillos de su calaña, aunque tuvieran que repartirse la prima de los mil florines.

¡Sí! Pensaba en todo esto, lo que me mantenía alerta. Pensaba, además, que, en caso de que el regimiento de Leib hubiera salido de Fráncfort veinticuatro horas después que nosotros, ya debía de haber cruzado la frontera. ¿No podía entonces hallarse en las cercanías, en pleno bosque de Argonne?

Aquellos temores eran exagerados, sin duda. ¿Y no sucede siempre así, cuando el cerebro está sobreexcitado? Ese era justamente mi caso. Creía oír pasos bajo los árboles. Me parecía ver sombras deslizarse tras los matorrales. Ni que decir tiene que, si el señor Jean llevaba una de nuestras pistolas, yo tenía la otra al cinto, y estábamos bien resueltos a no dejarnos abordar por nadie.

En resumidas cuentas, la noche transcurrió sin sobresaltos. Varias veces, es verdad, oímos lejanas llamadas de trompeta, e incluso el redoble de los tambores, que, hacia la mañana, tocaron diana. Aquellos ruidos venían generalmente del sur, lo que indicaba un acantonamiento de tropas por ese lado.

Muy probablemente, se trataba de columnas austríacas, que esperaban el momento de dirigirse hacia Thionville o incluso hacia Montmédy, más al norte. Como se supo después, la intención de los aliados nunca fue tomar aquellas plazas, sino enmascararlas, paralizar sus guarniciones, con el fin de avanzar a través del territorio de las Ardenas.

Podíamos, pues, toparnos con alguna columna de esas tropas, y nos habrían atrapado enseguida. En verdad, caer en manos austríacas o en manos prusianas venía a ser lo mismo: ¡unas habrían sido tan duras como las otras!

Se tomó, pues, la resolución de subir un poco más hacia el norte, hacia Stenay o incluso hacia Sedán, con objeto de penetrar en la Argonne evitan-

do los caminos que muy probablemente seguían los imperiales.

En cuanto amaneció, nos pusimos de nuevo en marcha.

Hacía buen tiempo. Se oía el silbido de los camachuelos, y, en el límite de los claros, las cigarras cantaban señal de calor. Más allá, las alondras, lanzando su pequeño grito, subían derechas en el aire.

Caminábamos tan deprisa como lo permitía la debilidad de la señora Keller. Bajo el espeso follaje de los árboles, el sol no podía molestarnos. Descansábamos cada dos horas. Lo que me inquietaba era que nuestras provisiones tocaban a su fin. ¿Y cómo reponerlas?

Tal como se había convenido, apuntábamos un poco más hacia el norte, lejos de los pueblos y aldeas que el enemigo debía de ocupar sin duda.

La jornada no estuvo marcada por incidente alguno. En resumidas cuentas, el trayecto recorrido en línea recta había sido escaso. Por la tarde, la señora Keller ya no hacía sino arrastrarse. Ella, a quien yo había conocido en Belzingen tan derecha como un fresno, iba ahora encorvada, con las piernas doblándosele a cada paso, y yo veía llegar el momento en que ya no podría más.

Durante la noche se oyeron detonaciones lejanas sin interrupción. Era la artillería que retumbaba en dirección a Verdún.

El país que atravesábamos está formado por bosques poco extensos y llanuras regadas por numerosos cursos de agua. No son más que arroyos en la estación seca, y se pueden vadear fácilmente. En la medida de lo posible, caminábamos al abrigo de los árboles, para no ser descubiertos.

Cuatro días antes, el 2 de septiembre, como supimos más tarde, Verdún, tan intrépidamente defendido por el heroico Beaurepaire, que se suicidó antes que rendirse, había abierto sus puertas a cincuenta mil prusianos. Aquella ocupación iba a permitir a los coaligados detenerse unos días en las llanuras del Mosa. Brunswick tuvo que contentarse con tomar Stenay, mientras que Dumouriez — ¡todo un zorro! —, preparando en secreto su plan de resistencia, permanecía en Sedán.

Para volver a lo que nos concierne, lo que ignorábamos es que el 30 de agosto — hacía ocho días de eso — Dillon se había deslizado con ocho mil hombres entre la Argonne y el Mosa. Después de rechazar al otro lado del

río a Clairfayt y a los austríacos que entonces ocupaban ambas orillas, avanzaba de modo que pudiera apoderarse del paso más meridional del bosque.

De haberlo sabido, en lugar de alargar nuestro camino ganando hacia el norte, habríamos ido derechos a ese paso. Allí, en medio de los soldados franceses, nuestra salvación estaba asegurada. ¡Sí! Pero nada podía informarnos de aquella maniobra, y, según parece, entraba en nuestro destino soportar todavía otras muy duras.

Al día siguiente, 7 de septiembre, habíamos agotado nuestras últimas provisiones. Costara lo que costase, había que procurarse otras. Al caer la tarde, se divisó una casa aislada a orillas de una charca, en el linde de un pequeño bosque, cerca de un viejo pozo con brocal. No había que dudar. Llamé a la puerta. Nos abrieron, y entramos. Me apresuro a decir que estábamos en casa de unos honrados campesinos.

Ante todo, aquella buena gente nos hizo saber que, si bien los prusianos permanecían inmóviles en sus acantonamientos, se esperaba a los austríacos por aquel lado. En cuanto a los franceses, corría el rumor de que Dumouriez había abandonado por fin Sedán tras Dillon, que bajaba entre la Argonne y el Mosa, con el fin de echar a Brunswick fuera de la frontera.

Era aquello un error, como se verá enseguida, error que por fortuna no debía causarnos perjuicio alguno.

Dicho esto, la hospitalidad que nos ofrecieron aquellos campesinos fue tan completa como pudo serlo en las deplorables circunstancias en que se hallaban. Se encendió en el hogar un buen fuego —de esos que llamamos fuego de batalla—, e hicimos allí una buena comida con huevos, salchichas fritas, una hogaza de pan de centeno, algunas de esas tortas anisadas que en Lorena llaman «kisch», manzanas verdes, todo ello regado con un vinillo blanco del Mosela.

Nos llevamos también provisiones para algunos días, y no olvidé el tabaco, que empezaba a faltarme. Al señor de Lauranay le costó bastante trabajo lograr que aquella buena gente aceptara lo que se les debía. Aquello le daba a Jean Keller un anticipo del buen corazón de los franceses. En resumen, tras una noche de descanso, partimos de nuevo al día siguiente, en cuanto amaneció.

Parecía en verdad que la naturaleza hubiera acumulado las dificultades en aquel camino: accidentes del terreno, matorrales impenetrables, cenagales donde se corría el riesgo de hundirse hasta medio cuerpo. Ningún sendero, por lo demás, que se pudiera seguir con pie firme. Eran espesos sotos, como los que yo había visto en el Nuevo Mundo, antes de que el hacha del pionero hubiera hecho allí su obra. Solo que, en ciertos huecos de los árboles, ahuecados a modo de hornacinas, se cobijaban pequeñas estatuas de la Virgen y de los santos. Apenas, de tarde en tarde, encontrábamos a algún pastor, cabrero, mendigo con su alforja —traedesgracias, como se dice—, leñadores con sus rodilleras de fieltro, porqueros llevando a sus cerdas a la bellota. En cuanto nos veían, por lo demás, se metían entre la maleza, y si en una o dos ocasiones sacamos de ellos alguna información, fue todo.

Se oían también descargas de fusilería en cadena, que indicaban un combate de avanzadas.

Sin embargo, íbamos ganando terreno hacia Stenay, aunque los obstáculos eran tan grandes, las fatigas tales, que apenas hacíamos dos leguas al día. Lo mismo ocurrió los días 9, 10 y 11 de septiembre. Pero si el terreno era difícil, ofrecía toda seguridad. No tuvimos ningún mal encuentro. No había que temer oír el terrible *Ver dà!*, el «¿quién vive?» prusiano.

Nuestra esperanza, al tomar aquella dirección, había sido reunirnos con el cuerpo de Dumouriez. Ahora bien, lo que no podíamos saber es que ya se había desplazado más al sur, para ocupar el desfiladero de Grand-Pré en el bosque de Argonne.

Entretanto, lo repito, nos llegaban detonaciones. Cuando estaban demasiado cerca, hacíamos alto. Evidentemente, no se libraba entonces ninguna batalla en las orillas del Mosa. Eran simples ataques a burgos o aldeas. Se adivinaba, pues a veces se alzaban largas humaredas por encima de los árboles, y lejanos resplandores de incendios iluminaban los bosques durante la oscuridad.

Por fin, en la tarde del día 11, tomamos la resolución de interrumpir la marcha hacia Stenay, para lanzarnos de lleno en la Argonne.

Al día siguiente, este proyecto se puso en práctica. Nos arrastrábamos, sosteniéndonos unos a otros. La vista de aquellas pobres mujeres tan valerosas, con aspecto ya lastimoso, el rostro macilento y plomizo, la ropa hecha

jirones a fuerza de pasar entre acebos y zarzas, caminando en fila india, reducidas por fin a nada por la continuidad de las fatigas, nos partía el alma.

Hacia el mediodía llegamos cerca de un claro de tala, que dejaba al descubierto una vasta extensión de terreno.

Allí, recientemente, había habido combate. Los cadáveres cubrían el suelo. Reconocí a aquellos muertos por su uniforme azul, forrado de vueltas rojas, sus polainas blancas, sus correaes cruzados, tan distintos de los prusianos con sus casacas azul celeste o de los austríacos vestidos de uniforme blanco y tocados con gorros en punta.

Eran franceses, voluntarios. Debieron de haber sido sorprendidos por alguna columna del cuerpo de Clairfayt o de Brunswick. ¡Voto a Dios! No habían sucumbido sin defenderse. Cierta número de alemanes yacían junto a ellos, e incluso prusianos con sus chacós de cuero con cadenilla.

Me había acercado, y contemplaba aquel reguero de cadáveres con horror, pues nunca he podido acostumbrarme a la vista de un campo de batalla.

De pronto lancé un grito. El señor de Lauranay, la señora Keller y su hijo, la señorita Marthe y mi hermana, detenidos en el límite de los árboles, a cincuenta pasos detrás de mí, me miraban sin atreverse a avanzar hasta el centro del claro.

El señor Jean acudió al instante.

—¿Qué pasa, Natalis?

¡Ah, cuánto lamenté no haber sido dueño de mí mismo! Habría querido alejar al señor Jean. Era demasiado tarde. En un instante, había adivinado por qué había lanzado aquel grito.

¡Un cuerpo yacía a mis pies! El señor Jean no necesitó mirar mucho para reconocerlo. Y entonces, con los brazos cruzados, sacudiendo la cabeza:

—Que mi madre, que Marthe lo ignoren... —dijo.

Pero la señora Keller acababa de arrastrarse hasta nosotros, y vio lo que habríamos querido ocultarle: el cuerpo de un soldado prusiano, un «feldwebel» del regimiento de Leib, tendido en el suelo en medio de una treintena de sus camaradas.

Así pues, acaso menos de veinticuatro horas antes, aquel regimiento había pasado por aquel lugar, ¡y ahora batía el país a nuestro alrededor!

Nunca había sido tan grande el peligro para Jean Keller. Si lo apresaban, su identidad quedaría establecida de inmediato, y la ejecución no se haría esperar.

¡Vamos! Había que huir cuanto antes de aquel territorio tan peligroso para él. Había que lanzarse a lo más espeso de la Argonne, donde una columna en marcha no podría penetrar. Aunque tuviéramos que escondernos allí varios días, no había que vacilar. Era nuestra última oportunidad de salvación.

Caminamos el resto del día, caminamos toda la noche, caminamos... ¡no!, nos arrastramos al día siguiente, y el 13, hacia el atardecer, llegamos al límite de aquel célebre bosque de la Argonne, del que Dumouriez había dicho: «¡Son las Termópilas de Francia, pero yo seré en ellas más afortunado que Leónidas!»

Y en efecto, Dumouriez había de serlo. Y así fue como miles de ignorantes como yo aprendieron lo que eran Leónidas y las Termópilas.

[Nota 1] Sargento.

CAPÍTULO XX

El bosque de la Argonne ocupa un espacio de trece a catorce leguas desde Sedán, al norte, hasta la pequeña aldea de Passavant, al sur, con una anchura media de dos a tres leguas. Está tendido allí como un baluarte avanzado, que cubre nuestra frontera del este con su línea de macizos casi impenetrables. Los bosques y las aguas se mezclan allí en una confusión extraordinaria, en medio de las alturas y depresiones del terreno, de los torrentes y de los estanques que sería imposible para una columna franquear.

Este bosque está comprendido entre dos ríos. El Aisne lo bordea por toda su vertiente izquierda, desde los primeros sotos del sur hasta la aldea de Semuy, al norte. El Aire lo costea, desde Fleury, hasta su principal desfiladero. Desde allí, este río gira en un brusco recodo y vuelve hacia el Aisne, en el que desemboca, no lejos de Senuc.

Del lado del Aire, las principales localidades son Clermont, Varennes — donde Luis XVI fue detenido en su huida —, Buzancy, Le Chêne-Populeux; del lado del Aisne, Sainte-Menehould, Ville-sur-Tourbe, Monthois, Vouziers.

En cuanto a su forma, no sabría compararla mejor que con un grueso insecto, de alas plegadas, inmóvil o dormido entre dos cursos de agua. Su abdomen es toda la parte inferior, que es la más importante. Su coselete y su cabeza los figura la parte superior, que se dibuja por encima del desfiladero de Grand-Pré, por el que corre el Aire del que he hablado más arriba.

Si en casi toda su extensión la Argonne está cortada por aguas vivas y erizada de espesos sotos, se la puede sin embargo atravesar por diferentes pasos, estrechos sin duda, pero practicables, incluso para regimientos en marcha.

Conviene que los indique aquí, para hacer comprender mejor cómo sucedieron las cosas.

Cinco desfiladeros horadan la Argonne de parte a parte. En el abdomen de mi insecto, el más meridional, el de las Islettes, va de Clermont a Sainte-Menehould de manera bastante directa; el otro, el de la Chalade, no es más que una especie de vereda, que se une al curso del Aisne, cerca de Vienne-le-Château.

En la parte superior del bosque no se cuentan menos de tres pasos. El más ancho, el más importante, el que separa el coselete del abdomen, es el desfiladero de Grand-Pré. El Aire lo recorre por entero desde Saint-Juvin, corre entre Termes y Senuc, y luego desemboca en el Aisne, a legua y media de Monthois. Por encima del desfiladero de Grand-Pré, a unas dos leguas, el desfiladero de la Croix-aux-Bois —retened bien este nombre— atraviesa el bosque de la Argonne desde Boulton-aux-Bois hasta Longwy, y no es más que un camino de leñadores. Por fin, dos leguas más arriba, el desfiladero de Chêne-Populeux, por donde pasa la carretera de Réthel a Sedán, después de doblar dos veces, se une al Aisne frente a Vouziers.

Ahora bien, solo por este bosque podían avanzar los imperiales hacia Châlons-sur-Marne. Desde allí encontrarían el camino abierto hasta París.

Así pues, lo que había que hacer era impedir que Brunswick o Clairfayt franquearan la Argonne, cerrándoles los cinco desfiladeros que podían dar acceso a sus columnas.

Dumouriez, militar muy hábil, lo había comprendido de una sola ojeada. Parece que sea muy sencillo. Pero aún había que pensar en ello, y los coaligados, por su parte, ni siquiera habían tenido todavía la idea de ocupar aquellos pasos.

Otra ventaja que ofrecía este plan era la de no retroceder hasta el Marne, que es nuestra última línea de defensa antes de París. Al mismo tiempo, los aliados se verían obligados a permanecer en aquella Champaña Pobre, donde les faltaría todo recurso, en vez de extenderse por las ricas llanuras situadas más allá de la Argonne, para pasar allí el invierno, si les convenía invernar.

Este plan fue, pues, estudiado hasta en sus menores detalles. Y —lo que constituía un principio de ejecución— el 30 de agosto, Dillon, al frente de

ocho mil hombres, había realizado un audaz movimiento durante el cual los austríacos, como ya he dicho, fueron rechazados a la orilla derecha del Mosa. Después, esta columna vino a ocupar el desfiladero más meridional, el de las Islettes, no sin antes cuidar de guardar el desfiladero de la Chalade.

En efecto, el movimiento no carecía de cierta audacia. En lugar de efectuarse del lado del Aisne, resguardándose tras los macizos del bosque, se realizaba del lado del Mosa, exponiendo el flanco al enemigo. Pero así lo había querido Dumouriez, para ocultar mejor sus proyectos a los coaligados.

Su plan había de tener éxito.

Fue el 4 de septiembre cuando Dillon llegó al desfiladero de las Islettes. Dumouriez, que había salido después que él con quince mil hombres, se había apoderado de Grand-Pré un poco antes, cerrando así el principal paso de la Argonne.

Cuatro días después, el 7, el general Dubourg se dirigía a Chêne-Populeux, para defender el norte del bosque contra cualquier invasión de los imperiales.

Enseguida se apresuraron a levantar talas de árboles, a construir atrinchamientos, a empalizar los senderos, a emplazar baterías para cerrar aquellos desfiladeros. El de Grand-Pré se convirtió en un verdadero campamento, con sus tropas dispuestas en anfiteatro sobre las alturas, cuya cabecera formaba el Aire.

En aquel momento, de las cinco puertas de la Argonne, cuatro estaban cerradas como poternas de ciudadela, con su rastrillo bajado y su puente levadizo alzado.

Sin embargo, quedaba un quinto paso todavía abierto. Aquel había parecido tan poco practicable, que Dumouriez no se había apresurado a ocuparlo. Y añadido que era precisamente hacia ese paso adonde nos conducía nuestra mala fortuna.

En efecto, el desfiladero de la Croix-aux-Bois, situado entre Chêne-Populeux y Grand-Pré, a igual distancia de uno y otro —unas diez leguas—, iba a permitir a las columnas enemigas penetrar a través de la Argonne.

Y ahora vuelvo a lo que a nosotros nos concierne.

Fue el 13 de septiembre, al atardecer, cuando llegamos a la vertiente lateral de la Argonne, tras haber evitado atravesar las aldeas de Briquenay y de Boulton-aux-Bois, que debían de estar ocupadas por los austríacos.

Como conocía los desfiladeros de la Argonne por haberlos recorrido varias veces cuando estaba de guarnición en el Este, había escogido precisamente el de la Croix-aux-Bois, que me parecía ofrecer más seguridad. Incluso, por exceso de prudencia, no era el desfiladero lo que pensaba seguir, sino un sendero estrecho que discurre cerca de él, y que va de Briquenay a Longwy. Tomando este camino, atravesaríamos la Argonne por una de sus zonas más espesas, al abrigo de robles, hayas, carpes, álamos blancos, serbales, sauces, castaños que crecen en las vertientes del suelo menos expuestas a las heladas del invierno. De ahí, una garantía de no encontrarnos allí con merodeadores ni rezagados, y de alcanzar por fin la orilla izquierda del Aisne, hacia Vouziers, donde ya no tendríamos nada que temer.

La noche del 13 al 14 transcurrió, como de costumbre, al amparo de los árboles.

En cualquier momento podía aparecer el colbac de un jinete o el chacó de un granadero prusiano. Así que tenía prisa por hallarme en lo más recóndito del bosque, y empecé a respirar más tranquilo cuando, al día siguiente, remontamos el sendero que lleva a Longwy, dejando a nuestra derecha la aldea de la Croix-aux-Bois.

Aquella jornada fue extremadamente penosa. El suelo montañoso, cortado por cenagales, obstruido de árboles muertos, hacía la marcha durísima.

Si aquel camino no era frecuentado, y por buenas razones, no por eso era menos difícil. El señor de Luranay caminaba a bastante buen paso, a pesar de fatigas muy grandes para un hombre de su edad. La señorita Marthe y mi hermana, pensando que hacíamos ya nuestras últimas jornadas, estaban bien decididas a no flaquear ni un instante. Pero la señora Keller estaba agotada. Había que sostenerla, pues de lo contrario habría caído a cada paso. Y, sin embargo, ni una queja. Si el cuerpo estaba consumido, el alma permanecía fuerte. Dudaba yo que le fuera posible llegar al término de nuestro viaje.

Por la noche se organizó el alto como de costumbre. El saco de provisiones nos proporcionó con qué reconfortarnos lo suficiente, cediendo siempre el hambre ante la necesidad de reposar y dormir.

Cuando me encontré a solas con el señor Jean, le hablé del estado de su madre, que se volvía muy inquietante.

—Se nos va poco a poco —dije—, y si no podemos darle algunos días de descanso...

—¡Ya lo veo, Natalis! —respondió el señor Jean—. A cada paso que da mi pobre madre, es como si me pisara el corazón. ¿Qué hacer?

—Hay que llegar a la aldea más cercana, señor Jean. Usted y yo la llevaremos hasta allí. Ni los austríacos ni los prusianos se aventurarán jamás por esta parte de la Argonne, y allí, en alguna casa, podremos esperar a que la región se tranquilice.

—Sí, Natalis, es el partido más prudente. Pero ¿no podríamos llegar a Longwy?

—Esa aldea está demasiado lejos, señor Jean. ¡Su madre no podría llegar hasta allí!

—¿Adónde ir entonces?...

—Le propongo que carguemos hacia la derecha, a través de los sotos, para llegar a la propia aldea de la Croix-aux-Bois.

—¿A qué distancia?...

—Una legua a lo sumo.

—Vayamos a la Croix-aux-Bois —respondió el señor Jean—, ¡mañana, al amanecer!

Francamente, no imaginaba que hubiera nada mejor que hacer, persuadido como estaba de que el enemigo no se aventuraría al norte de la Argonne.

Sin embargo, aquella noche fue particularmente turbada por el chisporroteo de la fusilería, y, de cuando en cuando, por el sordo retumbar del cañón. No obstante, como aquellas detonaciones estaban aún lejanas y se producían a nuestra espalda, supuse, con cierta apariencia de razón, que Clairfayt o Brunswick trataban de forzar el desfiladero de Grand-Pré, el único que podía ofrecer una vía bastante ancha al paso de sus columnas. Ni el señor Jean ni yo pudimos tomar ni una hora de descanso. Hubo que estar constantemente alerta, aunque nos hallábamos ocultos en lo más espeso del bosque, fuera del sendero de Briquenay.

Reanudamos la marcha al alba. Yo había cortado algunas ramas con las que hicimos una especie de camilla. Un brazado de hierbas secas permitiría a la señora Keller tenderse en ella, y, con algunas precauciones, quizá lograríamos ahorrarle las durezas del camino.

Pero la señora Keller comprendió el sobreesfuerzo que aquello supondría para nosotros.

—No —dijo—, no, hijo mío. Todavía tengo fuerzas para caminar... ¡Iré a pie!

—No puedes, madre —respondió el señor Jean.

—En efecto, señora Keller —añadí—, ¡no puede usted! Nuestro propósito es llegar a la aldea más próxima, y conviene alcanzarla cuanto antes. Allí esperaremos a que usted se restablezca. Estamos en Francia, al fin y al cabo, ¡y no habrá puerta que se niegue a abrirse!...

La señora Keller no se rendía. Después de levantarse, intentó dar algunos pasos, y habría caído si su hijo y mi hermana no hubieran estado cerca de ella para sostenerla.

—Señora Keller —le dije entonces—, lo que queremos es la salvación de todos nosotros. Durante la noche han estallado disparos en el linde de la Argonne. El enemigo no está lejos. Tengo la esperanza de que no intentará nada por este lado. En la Croix-aux-Bois no tendremos que temer una sorpresa, pero hay que llegar hoy mismo.

La señorita Marthe y mi hermana unieron sus ruegos a los nuestros, el señor de Luranay intervino. La señora Keller acabó por ceder.

Un instante después estaba tendida sobre la camilla, que el señor Jean sostenía por un extremo, y yo por el otro. Nos pusimos de nuevo en marcha, y el sendero de Briquenay fue cruzado oblicuamente, en dirección al norte.

No insistamos en las dificultades de aquel caminar a través de espesos sotobosques, la necesidad de buscar allí los pasos practicables, los frecuentes altos que hubo que hacer. Salimos adelante, y hacia el mediodía de aquel 15 de septiembre llegamos a la Croix-aux-Bois, tras legua y media que había exigido cinco horas.

Para gran asombro mío, y también para gran contrariedad, la aldea estaba abandonada. Todos sus habitantes habían huido, unos hacia Vouziers, otros

hacia Chêne-Populeux. ¿Qué pasaba, pues?

Vagábamos por las calles. Puertas y ventanas cerradas. ¿Iban a faltarnos los socorros con los que yo contaba?

—Un humo —me dijo mi hermana, señalando el extremo de la aldea.

Corrí hacia la pequeña casa de donde escapaba aquel humo. Llamé a la puerta.

Apareció un hombre. Tenía un buen rostro, uno de esos rostros de campesino lorenés que inspiran simpatía. Debía de ser un buen hombre.

—¿Qué desea usted? —me dijo.

—Una buena acogida para mis compañeros y para mí.

—¿Quiénes son ustedes?

—Franceses expulsados de Alemania, que ya no saben dónde refugiarse.

—¡Entren!

Aquel campesino se llamaba Hans Stenger. Habitaba aquella casa con su suegra y su mujer. Si no había abandonado la Croix-aux-Bois era porque su suegra no podía levantarse del sillón en el que la parálisis la retenía desde hacía muchos años.

Y entonces Hans Stenger nos contó por qué la aldea estaba abandonada. Todos los desfiladeros de la Argonne habían sido ocupados por las tropas francesas. Solo el de la Croix-aux-Bois estaba abierto. Por eso se esperaba que los imperiales vinieran a apoderarse de él, lo que presagiaba grandes desastres. Como se ve, nuestra mala fortuna nos había llevado precisamente adonde no había que ir. En cuanto a salir de la Croix-aux-Bois, para lanzarnos de nuevo a través de los sotos de la Argonne, el estado de la señora Keller ya no lo permitía. Fue una suerte que hubiéramos ido a caer en casa de unos franceses tan honrados como aquellos Stenger.

Eran campesinos bastante acomodados. Parecieron felices de poder prestar ayuda a unos compatriotas en apuros. Ni que decir tiene que no habíamos revelado la nacionalidad de Jean Keller, lo que habría complicado la situación.

Sin embargo, la jornada del 15 de septiembre terminó sin sobresaltos. La del 16 tampoco justificó los temores que Hans Stenger nos había hecho concebir. Ni siquiera durante la noche habíamos oído detonación alguna en la vertiente de la Argonne. Quizá los coaligados ignoraban que el desfiladero de la Croix-aux-Bois estuviera libre. En todo caso, como su estrechez habría puesto obstáculos a la marcha de una columna con sus furgones y su impedimenta, debían de tender más bien a forzar los pasos de Grand-Pré o de las Islettes. Habíamos, pues, recobrado la esperanza. Por otra parte, el descanso y los cuidados ya aportaban una mejora sensible al estado de la señora Keller. ¡La valerosa mujer! ¡Era la fuerza física lo que le faltaba, no la energía moral!

¡Maldita suerte! He aquí que, en la tarde del 16, empezaron a aparecer por la aldea figuras sospechosas, de esos manoseadores de gallinas que vienen a fisgonear en el fondo de los gallineros. Que hubiera saqueadores entre ellos, no cabía duda. Pero resultaba demasiado fácil advertir que pertenecían a la raza alemana, y que la mayoría hacían oficio de espías.

Para nuestro gran espanto, el señor Jean tuvo que esconderse, por temor a ser reconocido. Como aquello podía parecer extraño a la familia Stenger, estaba casi decidido a contarlo todo, cuando, hacia las cinco de la tarde, Hans entró gritando:

— ¡Los austríacos!... ¡Los austríacos!

En efecto, varios miles de hombres, de casaca blanca, con chacós de alta placa y águila bicéfala — los kaiserlicks —, llegaban por el desfiladero de la Croix-aux-Bois, después de haberlo seguido desde la aldea de Boult. Sin duda, unos espías les habían informado de que el camino estaba libre. ¡Quién sabe si toda la invasión no lograría pasar por allí!

Al grito lanzado por Hans Stenger, el señor Jean había reaparecido en la habitación donde su madre estaba acostada.

Todavía lo veo. Estaba de pie ante el hogar. ¡Esperaba!... ¿Qué esperaba?... ¿A que toda salida le quedara cerrada? Pero, prisionero de los austríacos, los prusianos sabrían muy bien reclamarlo, ¡y para él eso era la muerte!

La señora Keller se incorporó en su lecho.

— Jean — dijo —, huye... ¡huye ahora mismo!

—¡Sin ti, madre!...

—¡Lo quiero así!

—¡Huya, Jean! —dijo la señorita Marthe—. ¡Su madre es la mía!... ¡No la abandonaremos!

—¡Marthe!...

—¡Yo también lo quiero así!

Ante aquellas dos voluntades, no quedaba sino obedecer. El ruido redoblaba. Ya la cabeza de la columna se desparramaba por la aldea. Pronto vendrían los austríacos a ocupar la casa de Hans Stenger.

El señor Jean abrazó a su madre, dio un último beso a la señorita Marthe, y luego desapareció.

Y entonces oí a la señora Keller murmurar estas palabras.

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... solo... ¡en este país que no conoce!... Natalis...

—¡Natalis!... —repitió la señorita Marthe, señalándome la puerta.

Había comprendido lo que aquellas dos pobres mujeres esperaban de mí.

—¡Adiós! —exclamé.

Un instante después estaba fuera de la aldea.

CAPÍTULO XXI

¡Separados, después de tres semanas de un viaje que con un poco más de suerte habría llegado a buen fin! ¡Separados, cuando, a unas leguas más allá, la salvación estaba asegurada para todos! ¡Separados con el temor de no volver a vernos jamás!

¡Y aquellas mujeres, abandonadas en casa de un campesino, en medio de un pueblo ocupado por el enemigo, sin más defensor que un anciano de setenta años!

En verdad, ¿no debería haberme quedado junto a ellas?... Pero, pensando solo en el fugitivo, a través de aquella temible Argonne que él no conocía, ¿podía vacilar en reunirme con el señor Jean, a quien tanto podía servir? Para el señor de Luranay y sus compañeras, no se trataba más que de la libertad —eso esperaba, al menos—. Para Jean Keller, se trataba de la vida. Solo ese pensamiento me habría retenido, si hubiera sentido la tentación de volver a la Croix-aux-Bois.

He aquí, por lo demás, lo que había ocurrido, y por qué aquel pueblo fue invadido en la jornada del 16.

Se recordará que, de los cinco desfiladeros del bosque de Argonne, uno solo, el de la Croix-aux-Bois, había quedado sin ocupar por los franceses.

Sin embargo, para precaverse de toda sorpresa, Dumouriez había enviado a la salida de aquel paso, hacia Longwy, a un coronel con dos escuadrones y dos batallones. Estaba bastante lejos de la Croix-aux-Bois para que Hans Stenger no tuviera conocimiento de ello. Por lo demás, tal era la convicción de que los imperiales no se aventurarían por aquel desfiladero, que no se tomó ninguna medida para defenderlo. No se hicieron talas ni empalizadas.

Y hasta, persuadido de que nada amenazaba la Argonne por aquel lado, el coronel pidió que se le devolviese al cuartel general una parte de sus tropas —lo cual le fue concedido.

Fue entonces cuando los austríacos, más avisados, enviaron a reconocer el paso. De ahí aquella visita de un tropel de espías alemanes, que aparecieron en la Croix-aux-Bois, y luego la ocupación del desfiladero. Y así fue como, a consecuencia de un cálculo erróneo, una de las puertas de la Argonne quedó abierta hacia Francia.

En cuanto Brunswick supo que el paso de la Croix-aux-Bois había quedado libre, dio orden de ocuparlo. Y esto ocurrió precisamente cuando, muy apurado para desembocar en las llanuras de Champaña, se disponía a remontar hacia Sedán, con el fin de rodear la Argonne por el norte. Pero, una vez suya la Croix-aux-Bois, podía, no sin ciertas dificultades sin duda, introducirse por aquel desfiladero. Envió, pues, una columna austríaca, con los emigrados a las órdenes del príncipe de Ligne.

El coronel francés y sus hombres, sorprendidos por aquel ataque, tuvieron que ceder el terreno y replegarse hacia Grand-Pré. El enemigo quedó dueño del paso.

Así estaban las cosas en el momento en que nosotros nos habíamos visto obligados a huir. Desde entonces, Dumouriez intentó reparar aquella falta tan grave, enviando al general Chazot con dos brigadas, seis escuadrones y cuatro piezas de a ocho, para expulsar a los austríacos antes de que se atrincherasen.

Por desgracia, el día 14 Chazot no estuvo en condiciones de actuar, ni tampoco el 15. Cuando atacó en la tarde del 16, ya era demasiado tarde.

En efecto, si bien al principio rechazó a los austríacos del desfiladero, y hasta les mató al príncipe de Ligne, pronto tuvo que sostener el choque de fuerzas superiores. Pese a esfuerzos heroicos, el paso de la Croix-aux-Bois se perdió definitivamente.

Falta muy lamentable para Francia, y añadiré que para nosotros, pues, de no ser por aquel deplorable error, ya el día 15 habríamos podido estar en medio de los franceses.

Ahora ya no era posible. En efecto, Chazot, viéndose cortado del cuartel general, retrocedió hacia Vouziers, mientras que Dubourg, que ocupaba el

Chêne-Populeux, temiendo verse envuelto, se replegaba hacia Attigny.

La frontera de Francia quedaba, pues, abierta a las columnas de los imperiales. Dumouriez corría el riesgo de verse cercado y obligado a deponer las armas.

Y entonces, ya no quedaba ningún obstáculo serio que oponer a los invasores entre París y la Argonne.

En cuanto a Jean Keller y a mí, he de reconocer que estábamos en mala situación.

Casi inmediatamente después de dejar la casa de Hans Stenger, había alcanzado al señor Jean en lo más espeso del bosque.

—¿Usted... Natalis? —exclamó él.

—¡Sí!... ¡Yo!...

—¡Y su promesa de no abandonar jamás ni a Marthe ni a mi madre!

—¡Un momento, señor Jean! ¡Escúcheme!

Entonces se lo conté todo: que yo conocía aquella comarca de la Argonne, cuya extensión y disposición él desconocía; que la señora Keller y la señorita Marthe me habían dado, por así decirlo, la orden de seguirlo; que no había vacilado...

—Y si he hecho mal, señor Jean —añadí—, ¡que Dios me castigue!

—¡Pues vamos!

En aquel momento ya no se trataba de seguir el desfiladero hasta la frontera de la Argonne. Los austríacos podían lanzarse fuera del paso de la Croix-aux-Bois, e incluso del sendero de Briquenay. De ahí la necesidad de enfilar derecho hacia el sudoeste, de manera que pudiéramos franquear la línea del Aisne.

Marchamos en aquella dirección hasta la hora en que la luz del día faltó por completo. Aventurarse en la oscuridad no era posible. ¿Cómo orientarse? Hicimos alto para pasar la noche.

Durante las primeras horas, no dejaron de oírse disparos, a menos de media legua. Eran los voluntarios de Longwy, que trataban de arrebatarse el desfiladero a los austríacos. Pero, al no tener fuerzas suficientes, se vieron obli-

gados a dispersarse. Por desgracia, no se internaron en el bosque, donde habríamos podido encontrarlos y saber por ellos que Dumouriez tenía su cuartel general en Grand-Pré. Los habríamos acompañado. Allí, según supe más tarde, habría vuelto a encontrar a mi bravo regimiento de Royal-Picardie, que había dejado Charleville para unirse al ejército del centro. Al llegar a Grand-Pré, el señor Jean y yo habríamos estado en medio de nuestros amigos, nos habríamos salvado, habríamos visto lo que convenía hacer para la salvación de los seres tan queridos, abandonados en la Croix-aux-Bois.

Pero los voluntarios habían evacuado la Argonne y remontado el curso del Aisne, para regresar al cuartel general.

La noche fue mala. Caía una llovizna que calaba hasta los huesos. Nuestra ropa, desgarrada por la maleza, se nos caía a jirones. Ni mi propio blusón de carretero escaparía a aquello. Eran sobre todo nuestros zapatos los que amenazaban con dejarnos descalzos. ¿Íbamos a quedar reducidos a andar sobre nuestra «cristiandad», como dicen en el pueblo, es decir, con los pies desnudos? En fin, estábamos atarecados, pues la lluvia se filtraba a través del follaje, y en vano había buscado yo un hueco donde acurrucarnos. Añadid a esto algunas alarmas, disparos tan cercanos que dos o tres veces creí ver su fogonazo, y aquella angustia de oír a cada instante resonar el hurra prusiano... Había entonces que huir más adentro, por miedo a que nos cogieran. ¡Ay, miseria y polvo! ¡Cuánto tardaba en llegar el día!

En cuanto despuntó el alba, reanudamos nuestra carrera a través del bosque. Digo carrera, porque íbamos tan deprisa como lo permitía la naturaleza del terreno, mientras yo me orientaba lo mejor que podía por el sol naciente.

Además, no teníamos nada en el estómago, y el hambre nos aguijoneaba. El señor Jean, al huir de casa de los Stenger, no había tenido tiempo de coger provisiones. Yo, que había partido como un loco, de tanto que temía que los austríacos me cortaran la retirada, tampoco me había abastecido mejor. Así que nos veíamos reducidos a bailar delante del aparador, como se hace cuando está vacío. Si bien las cornejas, los alcotanes y un sinfín de pajari- llos, sobre todo escribanos, volaban por centenares entre los árboles, la caza parecía escasa. Apenas aquí y allá una madriguera de liebre o algunas parejas de perdices que huían bajo el matorral. ¿Y cómo atraparlas? Por suerte, no faltan castaños en la Argonne, ni castañas en esta estación. Hice asar al-

gunas bajo la ceniza, después de encender un montón de broza con un poco de pólvora. Aquello nos impidió, sin duda, sucumbir al hambre.

Llegó la noche —una noche fría y sombría—. El bosque era tan cerrado que no habíamos avanzado gran trecho desde la mañana. Sin embargo, la linde de la Argonne no podía estar lejos. Se oía la mosquetería de los exploradores que batían el terreno a lo largo del Aisne. No obstante, haría falta todavía cerca de veinticuatro horas antes de que pudiéramos hallar refugio al otro lado del río, ya fuera en Vouziers, ya en uno de los pueblos de la orilla izquierda.

No hablaré de nuestras fatigas. No teníamos tiempo de pensar en ellas. Aquella noche, aunque mi cabeza estaba obsesionada por mil temores, como tenía sueño, me tendí al pie de un árbol. Recuerdo que, en el momento en que se me cerraban los ojos, pensaba en aquel regimiento del coronel von Grawert, que había dejado una treintena de muertos en el calvero, pocos días antes. A ese regimiento, con su coronel y sus oficiales, lo mandaba yo al diablo, y allá se iba, cuando me quedé dormido.

Llegada la mañana, el señor Jean, bien lo vi, no había pegado ojo. Apenas pensaba en sí mismo —ya se le conoce bastante para estar seguros de ello—. Pero el imaginarse a su madre, a la señorita Marthe, en aquella casa de la Croix-aux-Bois, en manos de los austríacos, expuestas a tantos ultrajes, tal vez maltratadas, eso le destrozaba el corazón.

En suma, durante aquella noche había sido el señor Jean quien había velado. Y debo de haber tenido el sueño muy pesado, pues aún estallaron detonaciones a poca distancia. Como yo no me despertaba, el señor Jean quiso dejarme dormir.

En el momento en que íbamos a ponernos otra vez en camino, el señor Jean me detuvo y dijo:

—Natalis, escúcheme.

Había pronunciado estas palabras con el tono de un hombre cuya resolución está tomada. Vi bien de qué se trataba, y respondí sin esperar más: —No, señor Jean, no le escucharé si es de separación de lo que quiere hablarme.

—Natalis —prosiguió él—, ha sido por devoción hacia mí por lo que ha querido seguirme.

—¡Sea!

—Mientras solo se trataba de fatigas, no dije nada. Ahora se trata de peligros. Si me cogen, y si le cogen a usted conmigo, no le perdonarán. Será la muerte para usted... y eso, Natalis, no puedo aceptarlo. ¡Váyase, pues!... Pase la frontera... Yo trataré de hacerlo por mi lado... y si no volvemos a vernos...

—Señor Jean —respondí—, es hora de ponernos otra vez en camino. ¡Nos salvaremos o moriremos juntos!

—Natalis...

—¡Juro por Dios que no le dejaré!

Y henos aquí de nuevo en camino. Las primeras horas del día habían sido ruidosas. La artillería tronaba en medio del crepitar de la mosquetería. Era un nuevo ataque al desfiladero de la Croix-aux-Bois —ataque que no logró éxito ante un enemigo demasiado numeroso.

Luego, hacia las ocho, todo volvió a quedar en silencio. Ya no se oía ni un solo tiro. ¡Terrible incertidumbre para nosotros! De que se hubiera librado un combate en el desfiladero, no cabía la menor duda. Pero ¿cuál habría sido el resultado? ¿Debíamos remontar a través del bosque? ¡No! Por instinto, sentía que aquello habría sido entregarnos. Había que seguir siempre, seguir a toda costa, caminando en dirección a Vouziers.

Al mediodía, unas cuantas castañas, asadas bajo la ceniza, fueron una vez más nuestro único alimento. El matorral era tan espeso que apenas avanzábamos quinientos pasos en una hora. Y luego, alarmas repentinas, disparos a derecha e izquierda, y por último, lo que os metía el espanto en el alma, el doble de rebato que zumbaba en todos los pueblos de la Argonne.

Llegó la noche. No debíamos de estar a más de una legua del curso del Aisne. Al día siguiente, si ningún obstáculo nos detenía, nuestra salvación quedaría asegurada al otro lado del río. No habría más que bajarlo durante una hora por su orilla derecha, y lo pasaríamos por los puentes de Senuc o de Grand-Ham, de los que ni Clairfayt ni Brunswick eran todavía dueños.

Habíamos hecho alto hacia las ocho. Lo mejor que pudimos, tratábamos de guarecernos del frío en el fondo de una espesa maleza. No se oía más

que el mordisqueo de la lluvia sobre las hojas. Todo estaba tranquilo en el bosque, y no sé por qué aquella tranquilidad me resultaba inquietante.

De pronto, a unos veinte pasos, se oyeron voces. El señor Jean me agarró la mano:

—¡Sí! —decían—. ¡Le seguimos la pista desde la Croix-aux-Bois!

—¡No se nos escapará!

—¡Pero nada de los mil florines para los austríacos!...

—¡No!... ¡no!... ¡camaradas!...

Sentía la mano del señor Jean apretar con más fuerza la mía.

—¡La voz de Buch! —murmuró en mi oído.

—¡Los muy granujas! —respondí—. ¡Serán cinco o seis, tal vez!... ¡No los esperemos!...

Y he aquí que nos deslizamos fuera de la maleza, reptando entre la hierba.

De pronto, el ruido de una rama al quebrarse nos delató. Casi al instante, un disparo iluminó la espesura. Nos habían visto.

—¡Venga, señor Jean, venga! —exclamé.

—¡No sin antes romperle la cabeza a alguno de esos miserables!

Y descargó su pistola en dirección al grupo que se precipitaba hacia nosotros.

Creo, en efecto, que uno de aquellos bribones cayó. Pero yo tenía otra cosa que hacer que cerciorarme de ello.

Corríamos con toda la velocidad de nuestras piernas. Sentía a Buch y a sus compañeros pisándonos los talones. ¡Estábamos al límite de nuestras fuerzas!

Un cuarto de hora después, la banda cayó sobre nosotros. Eran allí media docena de hombres armados.

En un instante nos derribaron, nos ataron las manos, nos empujaron hacia delante, sin escatimar los golpes.

Una hora después, estábamos en manos de los austríacos, establecidos en Longwy, y luego encerrados y vigilados de cerca en una casa del pueblo.

CAPÍTULO XXII

¿Fue solo el azar el que había puesto a Buch sobre nuestro rastro? Me inclino a creerlo, pues, desde hacía algún tiempo, el azar ya no se mostraba nuestro amigo. Pero, más tarde, supimos lo que entonces no podíamos saber: que desde nuestro último encuentro, el hijo de Buch no había dejado de buscarnos, menos, creedlo bien, por vengar la muerte de su hermano que por ganar el premio de los mil florines. Si había perdido nuestro rastro a partir del día en que tomamos a través de la Argonne, lo había vuelto a encontrar en el pueblo de la Croix-aux-Bois. Era uno de aquellos espías que lo invadieron en la tarde del 16. En casa de los Stenger reconoció al señor y a la señorita de Luranay, a la señora Keller y a mi hermana. Se enteró de que acabábamos de dejarlas en aquel mismo instante. No podíamos estar lejos. Media docena de bribones de su calaña se unieron a él. Todos se lanzaron en nuestra persecución. Ya sabéis el resto.

Ahora nos vigilaban de tal modo que desafiaba toda evasión, mientras se decidía nuestra suerte —lo cual no podía ser ni largo ni dudoso—, y, como se dice, ¡ya no quedaba más que escribir a la familia!

Ante todo, examiné el cuarto que nos servía de prisión. Ocupaba la mitad de la planta baja de una casa baja. Dos ventanas, opuestas la una a la otra, la iluminaban, una hacia la calle, por delante, y otra hacia un patio, por detrás.

Sin duda, de aquella casa no saldríamos más que para ser conducidos a la muerte.

El señor Jean, bajo la doble acusación de haber golpeado a un oficial y de haber desertado en tiempo de guerra; yo, acusado de complicidad, y probablemente de espionaje por mi condición de francés: no nos harían languidecer.

Y oí murmurar al señor Jean:

—¡Esta vez es el fin!

No respondí nada. Lo confieso, mi habitual fondo de confianza había recibido una fuerte sacudida, y la situación se me antojaba desesperada.

—Sí, el fin —repetía el señor Jean—. ¡Y qué importaría, si mi madre, si Marthe, si todos los que amamos estuvieran fuera de peligro! Pero, después de nosotros, ¿qué será de ellas? ¿Seguirán todavía en aquel pueblo, en manos de los austríacos?...

Y, en efecto, suponiendo que no las hubieran obligado a marcharse, una corta distancia las separaba de nosotros. Apenas hay legua y media entre la Croix-aux-Bois y Longwy. ¡Con tal de que la noticia de nuestro arresto no les hubiera llegado!

En eso pensaba yo, eso era lo que más temía. Habría sido el golpe de muerte para la señora Keller. ¡Sí! Llegaba a desear que los austríacos las hubieran conducido a sus avanzadas, más allá de la Argonne. Y, sin embargo, la señora Keller apenas estaba en condiciones de viajar, ¡y si la obligaban a ponerse otra vez en camino, si le faltaban los cuidados que necesitaba!...

La noche transcurrió sin que nuestra situación se modificara. ¡Qué tristes pensamientos invaden el cerebro cuando la muerte está tan próxima! ¡Es entonces cuando toda nuestra vida vuelve a pasar en un instante ante nuestros ojos!

He de añadir que sufríamos mucho de hambre, pues no habíamos vivido más que de castañas desde hacía dos días. Ni siquiera se les había ocurrido traernos alimento. ¡Vamos, qué diablos! ¡Valíamos mil florines para ese granuja de Buch, y bien podía alimentarnos a cambio de ese precio!

Es verdad que no lo habíamos vuelto a ver. Sin duda había ido a avisar a los prusianos de su captura. Yo pensaba entonces que aquello tal vez llevaría algún tiempo. Eran austríacos quienes nos custodiaban, pero eran prusianos quienes debían pronunciarse sobre nuestra suerte. O bien vendrían a la Croix-aux-Bois, o bien nos conducirían a su cuartel general. De ahí, ciertos retrasos, a menos que llegara a Longwy una orden de ejecución. Fuera como fuese, no había motivo para dejarnos morir de hambre.

Por la mañana, la puerta se abrió hacia las siete. Un vivandero en blusón trajo una escudilla de sopa —agua a modo de caldo, o poco más, con una hogaza de pan remojado. La cantidad suplía a la calidad. No teníamos derecho a ponernos exigentes, y tenía tanta hambre que no hice más que retorcer el pan y tragarlo.

Habría querido interrogar a aquel vivandero, saber por él lo que ocurría en Longwy, sobre todo en la Croix-aux-Bois, si se hablaba de la proximidad de los prusianos, si su intención era tomar aquel desfiladero para atravesar la Argonne, en fin, en qué punto estaban las cosas. Pero no sabía yo alemán suficiente para hacerme entender ni para entender. Y el señor Jean, absorto en sus reflexiones, guardaba silencio. Yo no me habría permitido sacarlo de él. Así que era imposible entablar plática con aquel hombre.

Nada nuevo ocurrió durante aquella mañana. Nos vigilaban de cerca. Sin embargo, se nos permitía ir y venir por el patiecillo, donde los austríacos nos examinaban con más curiosidad que simpatía, bien puede creerse. Yo, delante de ellos, procuraba mantener buena compostura. Así que me paseaba, con las manos en los bolsillos, silbando las marchas más alegres del Royal-Picardie.

¿Y no habría debido más bien decirme?:

— Anda, anda, silba, pobre mirlo enjaulado... ¡Pronto te cortarán el silbido!

A mediodía, nueva sopera de pan remojado. Nuestro rancho no era variado, y llegué a añorar las castañas de la Argonne. Hubo que conformarse con ello. Tanto más cuanto que aquella especie de mísero tacaño, aquel vivandero de cara de garduña, parecía decir: «¡Esto es todavía demasiado bueno para vosotros!»

¡Voto a Dios! ¡Con gusto le habría tirado la escudilla a la cabeza! Pero más valía no desperdiciar lo que uno tenía, y reponer fuerzas para no flaquear en el último momento.

Incluso logré que el señor Jean compartiera conmigo aquella magra comida. Comprendió mis razones y comió un poco. Pensaba en algo muy distinto. Su espíritu estaba en otra parte, allá, en la casa de Hans Stenger, con su madre, con su prometida. Pronunciaba sus nombres, las llamaba. A veces, en una suerte de delirio, se lanzaba hacia la puerta como para ir a re-

unirse con ellas. Era más fuerte que él. Y luego volvía a desplomarse. Si no lloraba, no por eso resultaba menos aterrador de ver, y las lágrimas lo habrían aliviado. ¡Pero no! Y eso me destrozaba el corazón.

Mientras tanto, pasaban filas de soldados, marchando sin orden, con el arma a discreción, y luego otras columnas que atravesaban Longwy. Las trompetas callaban, los tambores también. El enemigo se deslizaba sin ruido para ganar la línea del Aisne. Debieron de desfilas por allí muchos millares de hombres. Si eran austríacos o prusianos, eso es precisamente lo que yo habría querido saber. Por lo demás, ni un solo disparo más en la vertiente occidental de la Argonne. ¡La puerta de Francia estaba abierta de par en par!... Ya ni siquiera la defendían.

Hacia las diez de la noche, una escuadra de soldados apareció en nuestro cuarto. Esta vez eran prusianos. Y, lo que me dejó cortado en dos, reconocí el uniforme del regimiento de Leib, llegado a Longwy tras su encuentro con los voluntarios en la Argonne.

Nos hicieron salir, al señor Jean y a mí, después de habernos atado las manos a la espalda.

El señor Jean se dirigió al cabo que mandaba la escuadra.

—¿Adónde nos llevan? —dijo.

Por toda respuesta, aquel granuja nos echó afuera de un empujón. Teníamos bien el aire de pobres diablos a los que se iba a ejecutar sin juicio. Y, sin embargo, a mí no me habían cogido con las armas en la mano. ¡Pero id a decirle eso a semejantes bárbaros! ¡Se os reirían en la cara como uhlanes!

Nuestra escuadra siguió la calle de Longwy, que baja hacia la linde de la Argonne, y enlaza, un poco más allá del pueblo, con la carretera de Vouziers.

Al cabo de quinientos pasos, nos detuvimos en medio de un calvero, donde acampaba el regimiento de Leib.

Pocos instantes después, comparecíamos ante el coronel von Grawert.

Se limitó a mirarnos, sin pronunciar una sola palabra. Luego, dando media vuelta, dio la señal de partida, y todo el regimiento se puso en marcha.

Comprendí entonces que querían hacernos comparecer ante un consejo de guerra, que se pondrían algunas formas para administrarnos doce balas en el pecho, y que aquello se habría hecho de inmediato si el regimiento se hubiera quedado en Longwy. Pero, según parece, las cosas urgían, y los coaligados no tenían tiempo que perder si querían adelantarse a los franceses en el Aisne.

En efecto, Dumouriez, al saber que los imperiales eran dueños del desfiladero de la Croix-aux-Bois, acababa de poner en ejecución un nuevo plan. Ese plan consistía en bajar de nuevo por la linde izquierda de la Argonne hasta la altura del desfiladero de las Islettes, a fin de apoyarse en Dillon, que lo ocupaba. De ese modo, nuestros soldados harían frente a las columnas de Clairfayt, que vendrían de la frontera, y a las columnas de Brunswick, que se presentarían por el lado de Francia. Había, en efecto, que esperar ver a los prusianos atravesar la Argonne en cuanto se levantara el campamento de Grand-Pré, con el fin de cortar la ruta de Châlons.

Así, Dumouriez había evacuado su cuartel general, sin ruido, la noche del 15 al 16. Tras cruzar los dos puentes del Aisne, fue a detenerse con sus tropas en las alturas de Autry, a cuatro leguas de Grand-Pré. Desde allí, pese a dos pánicos que sembraron por un instante el desorden entre nuestros soldados, continuó hacia Dammartin-sur-Hans, de manera que pudiera alcanzar las posiciones de Sainte-Menehould, situadas en el extremo del paso de las Islettes.

Al mismo tiempo, como los prusianos iban a salir de la Argonne por el desfiladero de Grand-Pré, tomaba todas sus precauciones para que el campamento de L'Épine, asentado sobre la ruta de Châlons, no pudiera ser tomado, en caso de que el enemigo lo atacara en lugar de replegarse sobre Sainte-Menehould.

En aquel momento, los generales Beurnonville, Chazot y Dubouquet recibían la orden de reunirse con Dumouriez, y este apremiaba a Kellermann, que había partido de Metz el día 4, para que apresurase su marcha hacia adelante.

Si todos aquellos generales acudían puntuales a la cita, Dumouriez tendría consigo más de treinta y cinco mil hombres, y podría hacer frente a los imperiales.

En efecto, Brunswick y sus prusianos habían vacilado algún tiempo antes de fijar definitivamente su plan de campaña. Por fin, se decidieron a atravesar Grand-Pré, a salir de la Argonne, para apoderarse de la ruta de Châlons, cercar al ejército francés en Sainte-Menehould y obligarlo a deponer las armas.

He ahí por qué el regimiento de Leib había abandonado Longwy tan precipitadamente, y por qué nosotros remontábamos el curso del Aisne.

Hacía un tiempo horrible, con niebla y lluvia. Los caminos estaban destrozados. El barro os cubría hasta el espinazo. ¡Marchar así, con los brazos atados, era bien penoso! En verdad, ¡más habría valido fusilarnos en el acto!

¡Y los malos tratos que aquellos prusianos apenas nos ahorran! ¡Y los insultos que nos arrojaban a la cara! ¡Aquello era peor que el barro!

¡Y aquel Frantz von Grawert, que diez veces vino a plantársenos delante de las narices! El señor Jean no podía contenerse. Bajo las cuerdas, las manos le picaban por agarrar al teniente por el cuello, por estrangularlo como a una bestia dañina.

Bordeamos el Aisne caminando a marchas forzadas. Hubo que vadear, con el agua a media pierna, los arroyos del Dormoise, del Tourbe y del Bionne. No se hacía alto, con el fin de llegar a tiempo para ocupar las alturas de Sainte-Menehould. Pero la columna no podía avanzar deprisa. Se atascaba con frecuencia en el barro. Y, cuando los prusianos se hallaran frente a Dumouriez, era lícito esperar que los franceses ya estuvieran apoyados en las Islettes.

Anduvimos así hasta las diez de la noche. Los víveres apenas se repartían, y, si les faltaban a los propios prusianos, ya se figurará lo que podía quedar para los dos prisioneros a quienes arrastraban como a bestias.

El señor Jean y yo apenas podíamos hablarnos. Además, cada palabra que cruzábamos nos valía algún empujón. Aquella gente es de una raza verdaderamente cruel. Sin duda querían agradar al teniente Frantz von Grawert, ¡y en ello no hacían sino demasiado bien!

Aquella noche del 19 al 20 de septiembre fue una de las más penosas que hubiéramos pasado hasta entonces. Casi se echaban de menos nuestros altos bajo la maleza de la Argonne, cuando aún no éramos más que fugitivos. Por

fin, antes de amanecer, se había llegado, a la izquierda de Sainte-Menehould, a una especie de terreno pantanoso. Allí se instaló el campamento, en más de medio metro de barro. No se había encendido ningún fuego, porque los prusianos no querían delatar su presencia.

Un olor infecto se alzaba de aquella masa de hombres hacinados. Como se dice, se habría cogido más con la nariz que con una pala.

Por fin reapareció el día —aquel día en que, sin duda, se libraría la batalla—. Tal vez el Royal-Picardie estaba allí, ¡y yo no estaría en la fila, en medio de mis camaradas!

Había un gran movimiento de idas y venidas por todo el cantonamiento. Correos y ayudantes de campo cruzaban a cada instante el pantano. Los tambores redoblaban, las trompetas sonaban. También se oían algunos disparos por la derecha...

¡Por fin! ¡Los franceses se habían adelantado a los prusianos en Sainte-Menehould!

Eran cerca de las once cuando una escuadra de soldados vino a buscar-nos, al señor Jean y a mí. Ante todo, nos condujeron delante de una tienda donde estaban reunidos media docena de oficiales, presididos por el coronel von Grawert. ¡Sí! ¡Presidía en persona aquel consejo de guerra!

No fue largo. Simple formalidad para establecer nuestra identidad. Por lo demás, Jean Keller, ya condenado a muerte por haber golpeado a un oficial, lo fue una segunda vez como desertor, ¡y yo, como espía francés!

No había nada que discutir, y, cuando el coronel hubo añadido que la ejecución tendría lugar en el acto:

—¡Viva Francia! —exclamé.

—¡Viva Francia! —repitió Jean Keller.

CAPÍTULO XXIII

Esta vez sí que se había acabado. Podía decirse que los fusiles ya estaban apuntándonos. Solo faltaba la orden de fuego. Bueno, Jean Keller y Natalis Delpierre sabrían morir.

Fuera de la tienda se encontraba el pelotón que debía fusilarnos —una docena de hombres del regimiento de Leib a las órdenes de un teniente.

No nos habían vuelto a atar las manos. ¿Para qué? No podíamos huir. Unos pasos, sin duda, y allí, contra un muro o al pie de un árbol, caeríamos bajo las balas prusianas. ¡Ah, lo que hubiera dado por morir en plena batalla, alcanzado por veinte sablazos, o partido en dos por una bala de cañón! Recibir la muerte sin poder defenderse, ¡qué duro es!

Nosotros dos, el señor Jean y yo, caminábamos en silencio. Él pensaba en Marthe, a quien ya no volvería a ver, en su madre, a quien este último golpe iba a matar.

Yo pensaba en mi hermana Irma, en mi otra hermana Firminie, en todo lo que quedaba de nuestra familia... Volvía a ver a mi padre, a mi madre, mi pueblo, todos los seres que amaba, mi regimiento, mi patria...

Ni el uno ni el otro mirábamos adónde nos llevaban los soldados. Por lo demás, que fuera allí o aquí, ¡poco importaba! Había que morir como perros. ¡Ah, qué rabia!

Evidentemente, puesto que os hago yo mismo este relato, puesto que lo he escrito de mi propia mano, es que escapé de aquello. Pero lo que iba a ser el desenlace de esta historia, aunque hubiera tenido yo toda la inventiva de un narrador, me habría sido imposible imaginarlo. Ya lo veréis pronto.

Unos cincuenta pasos más allá, tuvimos que pasar por en medio del regimiento de Leib. Todos conocían a Jean Keller. Pues bien, no hubo ni siquiera un asomo de piedad hacia él, esa piedad que nunca se niega a los que van a morir. ¡Qué caracteres! Bien dignos eran esos prusianos de ser mandados por los Grawert. El teniente nos vio. Miró al señor Jean, que le devolvió la mirada. En uno estaba la satisfacción de un odio a punto de saciarse; en el otro, el desprecio...

Por un instante creí que aquel miserable iba a acompañarnos. En verdad, me preguntaba si no querría mandar él mismo el fuego. Pero se oyó una llamada de trompeta... y se perdió entre los soldados.

Doblábamos entonces una de las alturas que el duque de Brunswick había venido a ocupar. Esas alturas, que dominan la pequeña ciudad y la rodean en un círculo de tres cuartos de legua, se llaman las colinas de la Luna. Al pie de ellas pasa la carretera de Châlons. En cuanto a los franceses, se escalonaban en las lomas vecinas.

Más abajo se desplegaban numerosas columnas, dispuestas a escalar nuestras posiciones, de modo que dominaran Sainte-Menehould. Si los prusianos lo lograban, Dumouriez quedaría muy comprometido, ante un enemigo superior en número, que podría abrumarlo con sus fuegos.

Con tiempo despejado, habría podido distinguir los uniformes franceses en las alturas. Pero todo seguía desapareciendo entre una bruma espesa que el sol no había logrado disipar. Ya se oían algunas detonaciones, y apenas se distinguían sus fogonazos.

¿Quién lo diría? Me quedaba una esperanza, o más bien me forzaba a no desesperar.

Y, sin embargo, ¿qué apariencia había de que pudiera venirnos socorro por el lado adonde nos llevaban? ¿No estaban todas las tropas, llamadas por Dumouriez, bajo su mano, alrededor de Sainte-Menehould? ¿Qué queréis? Uno tiene tantas ganas de escapar de la muerte que se hace esas ideas.

Serían las once y cuarto. ¡El mediodía del 20 de septiembre no sonaría nunca para nosotros!

En efecto, habíamos llegado. La escuadra acababa de dejar la carretera general de Châlons, a la izquierda. La niebla era todavía bastante espesa

como para que los objetos no fueran visibles a unos centenares de pies. Se notaba, sin embargo, que no tardaría en fundirse al sol.

Habíamos entrado en un pequeño bosque, señalado como lugar de ejecución y del que ya no debíamos salir.

A lo lejos se oían redobles de tambor, toques de trompeta, mezclados con detonaciones de artillería, con el crepitar de fuegos de fila y de pelotón.

Yo trataba de darme cuenta de lo que ocurría, ¡como si aquello hubiera de interesarme en un momento semejante! Observaba que aquellos ruidos de batalla venían de la derecha y que parecían acercarse. ¿Habría entonces un combate en la carretera de Châlons? ¿Habría salido una columna del campamento de L'Épine para tomar a los prusianos de flanco? No me lo explicaba.

Si os cuento esto con cierta precisión, es porque quiero haceros saber cuál era entonces el estado de mi ánimo. En cuanto a los detalles, se han quedado grabados en mi memoria. Por lo demás, no se olvidan cosas así. Para mí es como si hubiera sido ayer.

Acabábamos de entrar en el pequeño bosque. Al cabo de un centenar de pasos, la escuadra se detuvo ante una tala de árboles.

Era en ese lugar donde el señor Jean y yo debíamos ser pasados por las armas.

El oficial que mandaba —un hombre de rostro duro— hizo hacer alto. Los soldados se colocaron a un lado, y todavía oigo las culatas de sus fusiles resonar en el suelo cuando presentaron el arma al pie.

—Es aquí —dijo el oficial.

—¡Bien! —respondió Jean Keller.

Lo dijo con voz firme, la frente alta, la mirada segura.

Y entonces, acercándose a mí, me habló en aquella lengua francesa que tanto amaba, y que iba a oír por última vez.

—Natalis —me dijo—, vamos a morir. Mi último pensamiento será para mi madre, para Marthe, a quien, después de ella, más amaba en el mundo. ¡Pobres mujeres! ¡Que el cielo se apiade de ellas! En cuanto a usted, Natalis, perdóneme...

—¿Que le perdone, señor Jean?

—Sí, puesto que soy yo quien...

—¡Señor Jean! —respondí—, no tengo nada que perdonarle. Lo que hice, lo hice libremente, y volvería a hacerlo. ¡Déjeme abrazarle, y muramos los dos como valientes!

Caímos el uno en brazos del otro.

Y nunca olvidaré cuál fue la actitud de Jean Keller cuando, volviéndose hacia el oficial, le dijo con voz que no temblaba:

—¡A sus órdenes!

El oficial hizo una señal. Cuatro soldados se destacaron del pelotón, nos empujaron por la espalda y nos llevaron a los dos al pie del mismo árbol. Debíamos ser abatidos por el mismo disparo y caer juntos... Pues bien, ¡lo prefería así!

Recuerdo que aquel árbol era un haya. Todavía la veo, con todo un trozo de corteza pelada. La niebla empezaba a disiparse. Los demás árboles emergían de la bruma.

El señor Jean y yo estábamos de pie, la mano en la mano, mirando de frente al pelotón.

El oficial se apartó un poco. El chasquido de los fusiles al armarse me entró por el oído. Yo apretaba la mano de Jean Keller, y os juro que no temblaba en la mía.

Los fusiles se alzaron a la altura del hombro. A una primera orden, se bajarían. A una segunda, harían fuego, y todo habría terminado.

De pronto, unos gritos estallan bajo el bosque, detrás de la escuadra de soldados.

¡Dios del cielo! ¿Qué veo?... A la señora Keller, sostenida por la señorita Marthe y por mi hermana Irma. Su voz apenas podía oírse. Su mano agitaba un papel, y la señorita Marthe, mi hermana, el señor de Luranay, repetían con ella:

—¡Franceses!... ¡Franceses!

En ese instante retumbó una formidable detonación, y vi que la señora Keller se desplomaba.

Sin embargo, ni el señor Jean ni yo habíamos caído. ¿Es que no eran los soldados del pelotón los que habían disparado?...

¡No! Media docena de ellos yacían en el suelo, mientras el oficial y los demás huían a toda prisa.

Al mismo tiempo, por varios lados, a través del bosque, estallaban esos gritos que todavía oigo:

— ¡Adelante! ¡Adelante!

Era, sí, el grito francés, y no el ronco «vorwaertz» de los prusianos.

Un destacamento de nuestros soldados, que se había lanzado fuera de la carretera de Châlons, acababa de llegar al bosque, ¡y en buen momento, me atrevo a decirlo! Sus disparos se habían adelantado solo unos segundos a los que iba a hacer el pelotón... Con eso bastó. Ahora bien, ¿cómo se habían encontrado allí, tan a propósito, nuestros valientes compatriotas?... No lo sabría hasta más tarde.

El señor Jean había corrido hacia su madre, a quien la señorita Marthe y mi hermana sostenían entre sus brazos. La pobre mujer, creyendo que aquella detonación acababa de darnos el golpe de muerte, había caído sin conocimiento.

Pero, bajo los besos de su hijo, iba reanimándose, volvía en sí, y estas palabras seguían escapándose de su boca con un acento que no olvidaré en toda mi vida:

— ¡Francés!... ¡Es francés!

¿Qué quería decir? Me había vuelto hacia el señor de Lauranay... No podía hablar.

Entonces la señorita Marthe cogió el papel que la señora Keller tenía en la mano, todavía apretado como el de una muerta, y se lo tendió al señor Jean.

Todavía veo aquel papel. Era un periódico alemán, el *Zeitblatt*.

El señor Jean lo había tomado. Lo leía. Lágrimas corrían de sus ojos.
¡Dios del cielo! ¡Qué dicha saber leer en ocasiones así!

Y entonces, la misma palabra salió de sus labios. Se incorporaba. Tenía el aire de un hombre que se hubiera vuelto loco de repente. Lo que decía, yo no podía entenderlo, tan atenazada tenía la voz por la emoción.

—¡Francés!... ¡Soy francés!... —exclamaba—. ¡Ah, madre mía!...
Marthe... ¡Soy francés!...

Luego cayó de rodillas, en un arrebato de gratitud hacia Dios.

Pero la señora Keller acababa de incorporarse a su vez, diciendo:

—Ahora, Jean, ya no te obligarán a combatir contra Francia.

—¡No, madre!... ¡Ahora es mi derecho y mi deber combatir por ella!

CAPÍTULO XXIV

El señor Jean me había arrastrado sin tomarse tiempo para explicarse. Nos habíamos unido a los franceses que se lanzaban fuera del bosque, y marchábamos hacia el cañón, que empezaba a rodar en fragor continuo.

En vano trataba yo de reflexionar. ¿Cómo podía ser que Jean Keller, hijo del señor Keller, de origen alemán, fuese francés? ¡No lo entendía! Todo lo que puedo decir es que iba a batirse como si lo fuera, y yo con él.

Ahora hay que contar qué sucesos habían marcado aquella mañana del 20 de septiembre, y cómo un destacamento de nuestros soldados se había encontrado tan a propósito en el pequeño bosque que bordea la carretera de Châlons.

Se recordará que, en la noche del 16, Dumouriez había hecho levantar el campamento de Grand-Pré para dirigirse hacia las posiciones de Sainte-Menehould, adonde había llegado al día siguiente, tras una marcha de cuatro a cinco leguas.

Ante Sainte-Menehould se redondean varias alturas, separadas por profundos barrancos.

Su pie está defendido por cenagales y pantanos, formados por el Aure hasta el punto donde este río desemboca en el Aisne.

Estas alturas son, a la derecha, las de l'Hyron, situadas frente a las colinas de la Luna; a la izquierda, las de Gizaucourt. Entre ellas y Sainte-Menehould se extiende una especie de cuenca pantanosa que atraviesa la carretera de Châlons. En su superficie, esta cuenca está accidentada por algunos altozanos de menor importancia —entre otros, el del molino de Valmy, que

domina el pueblo de ese nombre, tan célebre desde el 20 de septiembre de 1792.

Nada más llegar, Dumouriez ocupó Sainte-Menehould. En esta posición se apoyaba en el cuerpo de Dillon, dispuesto a defender el desfiladero de Les Islettes contra cualquier columna, austríaca o prusiana, que quisiera tomar la Argonne por la espalda. Allí, los soldados de Dumouriez, bien provistos de víveres, agasajaron a su general, cuya disciplina era muy severa. Y se mostró tal, en efecto, contra los voluntarios llegados de Châlons, que en su mayoría no valían la cuerda para ahorcarlos.

Sin embargo, Kellermann, tras el abandono del campamento de Grand-Pré, había hecho un movimiento de retirada. Así, el día 19, se hallaba todavía a dos leguas de Sainte-Menehould, cuando Beurnonville ya se encontraba allí con nueve mil hombres del ejército auxiliar del campamento de Maulde.

En el pensamiento de Dumouriez, Kellermann debía establecerse en las alturas de Gizaucourt, que dominan las de la Luna, hacia las cuales se dirigían los prusianos. Pero, al haberse comprendido mal la orden, fue la meseta de Valmy la que vino a ocupar Kellermann, con el general Valence y el duque de Chartres, el cual, al mando de doce batallones de infantería y doce escuadrones de artillería, se distinguió especialmente en esta batalla.

Entretanto, Brunswick llegaba con la esperanza de cortar la carretera de Châlons y rechazar a Dillon fuera del desfiladero de Les Islettes. Una vez que Sainte-Menehould estuviera rodeada por ochenta mil hombres, a los que se había unido la caballería de los emigrados, Dumouriez y Kellermann pronto se verían forzados a rendirse.

Y esto había que temerlo, puesto que las alturas de Gizaucourt no estaban en poder de los franceses, como había querido Dumouriez. En efecto, si los prusianos, ya dueños de las colinas de la Luna, se apoderaban de las colinas de Gizaucourt, su artillería podría fulminar todas las posiciones francesas.

Esto fue precisamente lo que comprendió el rey de Prusia. Por eso, en lugar de dirigirse hacia Châlons, y pese a la opinión de Brunswick, dio la orden de atacar, esperando arrojar a Dumouriez y a Kellermann a los cenagales de Sainte-Menehould.

Hacia las once y media de la mañana, los prusianos empezaron a bajar las colinas de la Luna, en buen orden, y se detuvieron a media ladera.

Fue en ese momento, es decir, al comenzar la batalla, cuando una columna prusiana se topó, en la carretera de Châlons, con la retaguardia de Kellermann, algunas de cuyas compañías, lanzándose a través del pequeño bosque, pusieron en fuga al pelotón prusiano que iba a fusilarnos.

Ahora, nosotros dos, el señor Jean y yo, estábamos en lo más recio de la refriega, allí donde precisamente había vuelto a encontrar a mis camaradas del Royal-Picardie.

—¿Delpierre?... —había exclamado uno de los oficiales de mi escuadrón, al verme, en el momento en que las balas de cañón empezaban a arar nuestras filas.

—¡Presente, mi capitán! —respondí.

—¡Vaya, has vuelto a tiempo!

—Como veis, ¡para batirme!

—Pero ¿estás a pie?...

—Bueno, mi capitán, me batiré a pie, y no lo haré peor por ello.

Nos habían dado armas al señor Jean y a mí, a cada uno un fusil y un sable. Las correas se cruzaban sobre nuestras ropas hechas jirones, y si no llevábamos uniforme era porque el sastre del regimiento no había tenido tiempo de tomarnos las medidas.

Debo decir que los franceses fueron rechazados al principio de la acción; pero los carabineros del general Valence acudieron y restablecieron el orden, turbado por un instante.

Y, mientras tanto, la niebla, desgarrada por las descargas de artillería, se había disipado. Se combatía a pleno sol. En el espacio de dos horas se cruzaron veinte mil cañonazos entre las alturas de Valmy y las de la Luna. — ¿Se ha dicho veinte mil?... ¡Bueno!... Pongamos veintiún mil, y no se hable más. En todo caso, como dice el refrán, más valía oír aquello que ser sordo.

En ese momento, el lugar próximo al molino de Valmy era difícil de sostener. Las balas de cañón barrían filas enteras. Al caballo de Kellermann acababan de destriparlo. No solo las colinas de la Luna pertenecían a los

prusianos, sino que estaban a punto de apoderarse de las de Gizaucourt. Nosotros teníamos, es cierto, las de l'Hyron, de las que Clairfayt trataba de adueñarse con veinticinco mil austríacos, y si lo lograba, los franceses quedarían fulminados de flanco y de frente.

Dumouriez vio ese peligro. Envío a Stengel con dieciséis batallones, para rechazar a Clairfayt, y a Chazot, con el fin de ocupar Gizaucourt antes que los prusianos. Chazot llegó demasiado tarde. La plaza ya estaba tomada, y Kellermann se vio reducido a defenderse en Valmy contra una artillería que lo trituraba por todas partes. Un carro de municiones estalló cerca del molino. Hubo un momento de desorden. Allí estábamos nosotros, el señor Jean y yo, con la infantería francesa, y fue un milagro que no nos mataran.

Fue entonces cuando el duque de Chartres acudió con una reserva de artillería y pudo responder con fortuna al cañón de la Luna y de Gizaucourt.

Sin embargo, la cosa iba a ponerse todavía más caliente. Los prusianos, formados en tres columnas, subían al asalto del molino de Valmy para desalojarnos de él y arrojarnos al pantano.

Todavía veo a Kellermann, y también lo oigo. Dio la orden de dejar llegar al enemigo hasta la cresta, antes de arremeter contra él. Se está listo, se espera. Ya no queda más que tocar la carga.

Y entonces, en el momento justo, este grito se escapa de la boca de Kellermann:

—¡Viva la nación!

—¡Viva la nación! —respondimos.

Y esto se gritó con tal fuerza que las descargas de artillería no impidieron oírlo.

Los prusianos habían llegado a la cresta del altozano. Con sus columnas bien alineadas, su paso acompasado, la sangre fría que mostraban, eran terribles de afrontar. Pero el ímpetu francés se impuso. Nos lanzamos sobre ellos. La refriega fue horrible, y, de ambos lados, el encarnizamiento, espantoso.

De pronto, en medio del humo de los disparos que estallaban a nuestro alrededor, vi a Jean Keller lanzarse con el sable en alto. Había reconocido a

uno de los regimientos prusianos que empezábamos a rechazar por las pendientes de Valmy.

Era el regimiento del coronel von Grawert. El teniente Frantz se batía con gran valor, pues no es el valor lo que falta a los oficiales alemanes.

El señor Jean y él se encontraron frente a frente.

El teniente debía de creer que habíamos caído bajo las balas prusianas, ¡y ahora nos encontraba allí! Ya se juzgará lo estupefacto que debió de quedarse. Pero apenas tuvo tiempo de reponerse. De un salto, el señor Jean se arrojó sobre él y, con el revés de su sable, le partió la cabeza...

El teniente cayó muerto, y siempre he pensado que era justo que fuera abatido por la misma mano de Jean Keller.

Sin embargo, los prusianos seguían tratando de conquistar la meseta. Atacaban con un vigor extraordinario. Pero nosotros no les íbamos a la zaga, y hacia las dos de la tarde tuvieron que cesar sus fuegos y volver a bajar a la llanura.

La batalla, sin embargo, solo estaba suspendida. A las cuatro, el rey de Prusia, marchando en cabeza, reorganizó tres columnas de ataque con lo mejor que tenía en infantería y caballería. Entonces, una batería de veinticuatro piezas, emplazada al pie del molino, fulminó a los prusianos con tal violencia que no pudieron subir por las pendientes barridas por las balas de cañón. Luego, al caer la noche, se retiraron.

Kellermann había quedado dueño de la meseta, y el nombre de Valmy corría por toda Francia el mismo día en que la Convención, celebrando su segunda sesión, decretaba la República.

CAPÍTULO XXV

Llegamos al desenlace de este relato, al que hubiera podido titular: *Historia de un permiso en Alemania*.

Aquella misma noche, en una casa del pueblo de Valmy, la señora Keller, el señor y la señorita de Luranay, mi hermana Irma, el señor Jean y yo nos encontrábamos todos reunidos.

¡Qué alegría fue volver a vernos, después de tantas pruebas! Lo que pasó entre nosotros, ya podéis figurároslo.

—¡Un momento! —dije entonces—. Yo no soy curioso, y, sin embargo, ¡eso de quedarme así, sin enterarme de nada!... Quisiera comprender bien...

—¿Cómo es que Jean es compatriota tuyo, Natalis? —respondió mi hermana.

—Sí, Irma, y esto me parece tan singular que os habréis equivocado...

—No se cometen errores de esos, mi buen Natalis —replicó el señor Jean.

Y esto es lo que me contaron, en pocas palabras.

En el pueblo de la Croix-aux-Bois, donde habíamos dejado al señor de Luranay y a sus compañeras, vigiladas de cerca en casa de Hans Stenger, no tardaron los austríacos en ser reemplazados por una columna prusiana. Esta columna contaba en sus filas con cierto número de jóvenes a quienes la leva del 31 de julio había arrancado de sus familias.

Entre estos jóvenes se encontraba un buen muchacho, llamado Ludwig Pertz, natural de Belzingen. Conocía a la señora Keller y fue a verla en cuanto supo que era prisionera de los prusianos. Le contaron entonces lo

que le había ocurrido al señor Jean, y cómo había tenido que huir a través del bosque de Argonne.

Y entonces Ludwig Pertz exclamó:

—¡Pero su hijo ya no tiene nada que temer, señora Keller!... ¡No tenían derecho a incorporarlo a filas!... ¡No es prusiano!... ¡Es francés!

Ya podéis figuraros el efecto que produjo esta declaración. Y cuando se le pidió a Ludwig Pertz que justificara lo que decía, presentó a la señora Keller un número del *Zeitblatt*.

Aquella gaceta recogía la sentencia que se acababa de dictar, con fecha 17 de agosto, en el pleito Keller contra el Estado. La familia Keller veía desestimada su demanda, por el motivo de que la comisión de suministros solo podía concederse a un alemán de origen prusiano. Ahora bien, se había establecido que los antepasados del señor Keller nunca habían solicitado ni obtenido la naturalización desde que se establecieron en Güeldres, tras la revocación del Edicto de Nantes; que dicho Keller nunca había sido prusiano, que siempre había sido francés, y que, por consiguiente, el Estado no le debía nada.

¡Vaya sentencia aquella! Que el señor Keller hubiera seguido siendo francés, ya no cabía la menor duda. ¡Pero eso no era razón para no pagarle lo que se le debía! En fin, así se juzgaba en Berlín en 1792. Os aseguro que al señor Jean ni se le pasaba por la cabeza recurrir. Daba su pleito por perdido, bien perdido. Lo que era indiscutible es que, nacido de padre y madre franceses, era lo más francés que había en el mundo. Y si necesitaba un bautismo para serlo, acababa de recibirlo en la batalla de Valmy: ¡ese bautismo de fuego que bien vale otro!

Se comprende que, tras lo que contó Ludwig Pertz, importaba encontrar al señor Jean a toda costa. Precisamente, acababan de saber en la Croix-aux-Bois que lo habían apresado en Argonne, llevado a Longwy, y trasladado después al campamento prusiano junto con vuestro servidor. No había una hora que perder. La señora Keller recobró fuerzas ante el peligro que amenazaba a su hijo. Tras la partida de la columna austríaca, acompañada del señor de Luranay, de la señorita Marthe, de mi hermana, y guiada por el honrado Hans Stenger, salió de la Croix-aux-Bois, atravesó el desfiladero, y llegó a los acantonamientos de Brunswick la misma mañana en que

iban a fusilarnos. Acabábamos de salir de aquella tienda donde se había reunido el consejo de guerra, cuando ella se presentó allí.

En vano reclamó, apoyándose en aquella sentencia que hacía francés a Jean Keller. La rechazaron. Se lanzó entonces por la carretera de Châlons, hacia donde nos llevaban... Ya sabéis lo que ocurrió.

En fin, cuando todo se arregla para que la buena gente sea feliz, cuando tan dignos son de serlo, reconoceréis conmigo que Dios hace bien las cosas.

En cuanto a la situación de los franceses después de Valmy, esto es lo que tengo que decir en pocas palabras.

Ante todo, durante la noche, Kellermann hizo ocupar las alturas de Gizaucourt, lo que aseguraba definitivamente las posiciones de todo el ejército.

Sin embargo, los prusianos nos habían cortado la carretera de Châlons, y ya no se podía comunicar con los depósitos. Pero, como éramos dueños de Vitry, los convoyes pudieron llegar siempre, y el ejército no tuvo que sufrir penurias en el campamento de Sainte-Menehould.

Los ejércitos enemigos permanecieron en sus acantonamientos hasta los últimos días de septiembre. Se habían celebrado negociaciones, que no llegaron a nada. Sin embargo, en el campo prusiano tenían prisa por volver a cruzar la frontera. Faltaban víveres, la enfermedad hacía grandes estragos, de modo que el duque de Brunswick levantó el campo el 1 de octubre.

Hay que decir que, mientras los prusianos volvían a tomar los desfiladeros de Argonne, se les acompañó, sin demasiado ímpetu. Se les dejaba batirse en retirada, sin presionarlos. ¿Por qué? Lo desconozco. Ni yo ni otros muchos comprendimos nada de la actitud de Dumouriez en aquella circunstancia.

Sin duda había política de por medio, y, lo repito, yo no entiendo ni jota de política.

Lo importante era que el enemigo hubiese vuelto a cruzar la frontera. Se hizo despacio, pero se hizo, y no quedó un solo prusiano en Francia, ni siquiera el señor Jean, puesto que era, bien mirado, compatriota nuestro.

En cuanto fue posible partir, a mediados de la primera semana de octubre, volvimos todos juntos a mi querida Picardía, donde se celebró por fin la

boda de Jean Keller y Marthe de Laurant. Como recordaréis, yo debía ser testigo del señor Jean en Belzingen, y no os extrañará que lo fuera en Saint-Sauflieu. Y si alguna vez hubo unión destinada a ser feliz, fue sin duda aquella, o no la habrá jamás.

En cuanto a mí, me reincorporé a mi regimiento pocos días después. Aprendí a leer, a escribir, y llegué a ser, como ya he dicho, teniente, y luego capitán durante las guerras del Imperio.

Esta es mi historia, que he escrito para poner fin a las discusiones de mis amigos de Grattepanche. Si no he hablado como un libro de iglesia, al menos he contado las cosas tal como sucedieron. Y ahora, lectores, permitidme que os salude con mi espada.

NATALIS DELPIERRE, Capitán de caballería retirado.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB